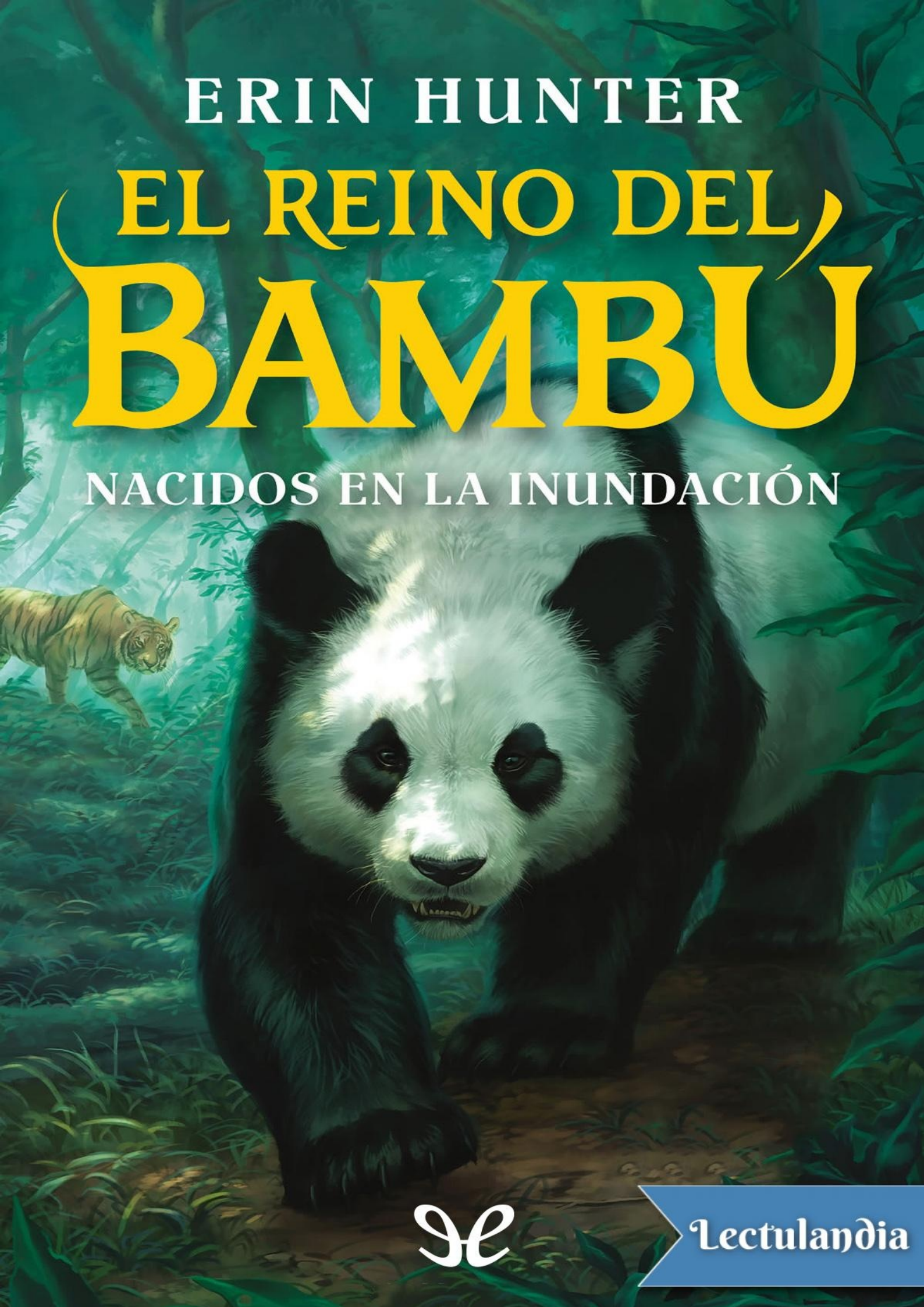
ERIN HUNTER

EL REINO DEL BAMBÚ

NACIDOS EN LA INUNDACIÓN



Lectulandia

Descubre la nueva serie de Erin Hunter, autora de la saga «Los Gatos Guerreros».

Los pandas del Reino del Bambú no han olvidado la gran inundación que terminó con la armonía de sus vidas. Pero, para los tres jóvenes que nacieron ese día, la inundación no marca un final sino el principio de la lucha para encontrar su lugar en mundos muy distintos.

Hoja, criada en el empobrecido Bosque del Norte, trabaja sin descanso para ayudar a su familia a recolectar bambú. La temperamental Lluvia, por su parte, se niega a aceptar al nuevo líder de su comunidad en el Bosque del Sur. Y Fantasma, torpe y descoordinado, se pregunta si algún día encajará en su familia de cazadores.

Ninguno sabe nada de los otros dos, pero, gracias a un misterioso tigre que ha estado amenazando al reino, pronto se conocerán y cumplirán una profecía que data de antes de su nacimiento.

Erin Hunter

Nacidos de la inundación

El Reino del Bambú - 1

ePub r1.0
Marethyu 10.02.2024

Título original: *Creatures of the Flood*
Erin Hunter, 2021
Traducción: Begoña Hernández Sala
Ilustraciones: Johanna Tarkela
Diseño de cubierta: Johanna Tarkela
Mapa: Virginia Allyn

Editor digital: Marethyu
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Nacidos de la inundación

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

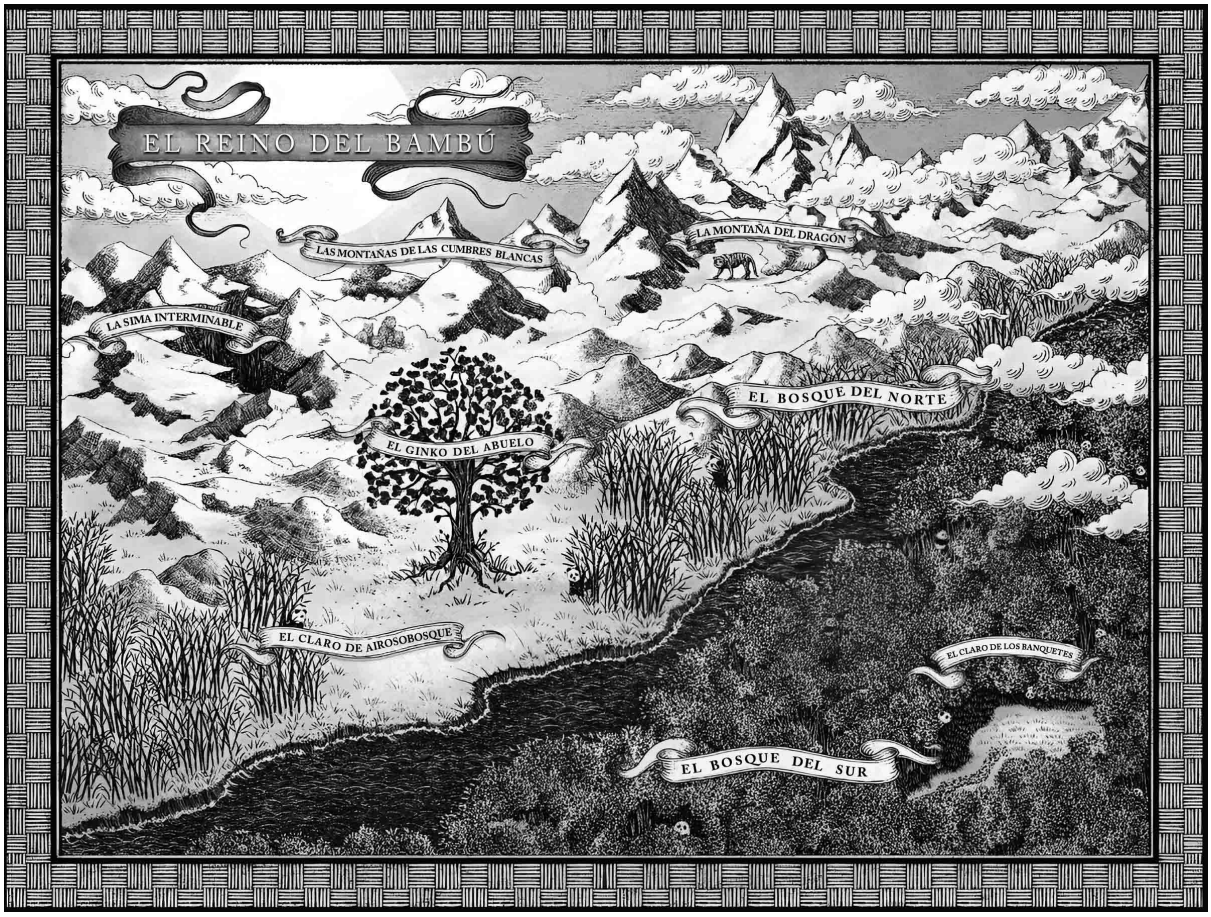
Capítulo 21

Epílogo

Para Zhong Jianto, Xu Wei y Wolffeather,
por toda vuestra ayuda y por ser
unos anfitriones tan amables y acogedores.
Y para las niñas grandes que trepan a los árboles.

También quiero mostrar mi gratitud al
China Children's Press & Publication Group, por su
inspiración y creatividad, y por hacer posible que
Erin Hunter creara el Reino del Bambú.

Un agradecimiento especial para Rosie Best.


EL REINO DEL BAMBÚ
LAS MONTAÑAS DE LAS CUMBRES BLANCAS
LA MONTAÑA DEL DRAGON
LA SIMA INTERMINABLE
EL BOSQUE DEL NORTE
EL GINKO DEL ABUELO
EL CLARO DE AIROSOBOSQUE
EL CLARO DE LOS BANQUETES
EL BOSQUE DEL SUR

PRÓLOGO

Orquídea Altoárbol alargó una pata buscando un asidero y se izó por la resbaladiza ladera usando las garras. La lluvia empapaba su espeso pelaje calándolo hasta la piel, y aunque a ella le habría encantado sacudirse el agua de encima, sabía que eso era impensable. Si perdía pie…

—¡Orquídea! —gruñó Bulbo—. ¡Cuidado!

La osa alzó la vista justo a tiempo. Una mata de bambú, arrancada por el incesante torrente de agua, descendía por la montaña en su dirección con las ramas agitándose peligrosamente. Orquídea rugió y se echó a un lado, y el bambú pareció rugirle a su vez cuando pasó cortando el aire cerca de sus orejas. La osa empezó a resbalar de nuevo, pero logró agarrarse a un tronco arraigado con más firmeza y miró hacia abajo. En su frenético descenso, el bambú también iba a pasar muy cerca de Bulbo, pero él ya se había apartado para evitar que se lo llevara por delante. Orquídea vio cómo la mata de bambú saltaba por el borde del precipicio, caía con estrépito al caudaloso río y se veía arrastrada al instante por la espantosa corriente.

Se quedó inmóvil un momento, aferrada al árbol e intentando recuperar el aliento, mientras su pareja trepaba hacia ella con su pelaje blanco y negro lleno de barro y hojas. La cortina de lluvia martilleaba en sus nucas. El Reino del Bambú al completo parecía huir del río desbordado, que ahora llenaba de lodo las orillas de musgo suave y las cómodas rocas donde se tumbaban al sol de la tarde. Las criaturas del bosque se desperdigaban tratando de escapar de la subida de las aguas. Orquídea vio a un panda rojo a poca distancia, con la peluda cola empapada por el barro y muerto de miedo mientras intentaba encaramarse a uno de los árboles. A la osa panda le habría gustado ayudarlo, pero no podía hacer nada por él.

Tenía que proteger a sus cachorros.

—No podemos ir mucho más lejos… —resolló cuando Bulbo llegó a su lado—. Nuestros hijos no tardarán en nacer; lo noto.

—Encontraremos algún sitio seguro, Orquídea —respondió él—. Mira, ahí arriba hay un saliente rocoso. La corriente no llegará hasta allí. Sólo un

poco más.

Ella asintió, muy seria, y continuó impulsándose con sus potentes patas traseras para alcanzar el siguiente asidero en la resbaladiza senda. Esperaba que Bulbo tuviese razón. Ya no había nada seguro. Quizá todo el Reino del Bambú acabaría viéndose arrastrado por la riada.

Pero no tenían otra opción que seguir ascendiendo, así que Orquídea continuó trepando paso a paso por la devastada ladera con la vista clavada en el saliente rocoso. Estaban tan cerca que ya podía imaginar la sensación del suelo firme bajo sus patas. Con un poco de suerte, allí encontrarían un refugio. Sólo necesitaba un árbol robusto o una pequeña repisa donde traer al mundo a sus cachorros sin temer que los arrastrase el agua…

—¡Eh! —chilló una voz desconocida por encima de Orquídea.

La osa levantó la cabeza y soltó un respingo cuando la lluvia la cegó por un instante.

—¡Mirad eso, son osos panda!

Orquídea parpadeó para aclararse la vista y distinguió un grupo de desaliñadas figuras de cola larga agarradas a las oscilantes ramas de los árboles. Eran monos dorados, unos diez… quizá los únicos que quedaban de su manada. Miraban a Orquídea y a Bulbo mostrándoles sus afilados colmillos, con aquellas extrañas caras azules de nariz chata contraídas de rabia.

—¡Esto es culpa vuestra! —gritó uno de ellos por encima del rugido de la lluvia, señalándolos con un largo dedo—. ¡Se supone que teníais que avisarnos!

—¡No lo sabíamos! —repuso Orquídea, alzando la voz para hacerse oír.

—¿Dónde está vuestro portavoz del Dragón? —quiso saber otro de los monos.

Orquídea se puso tensa cuando los primates empezaron a bajar de los árboles, primero despacio y luego más rápido, saltando de tronco en tronco como si estuvieran tan enfadados que ya no les importara si resbalaban o caían.

—¿Por qué el portavoz no nos contó lo que iba a suceder?

—No es culpa de Ocaso —gruñó Bulbo, cambiando cautelosamente de posición e interponiéndose entre Orquídea y el avance de los monos—. El Gran Dragón no dijo nada sobre esto.

«Eso no es cierto —pensó Orquídea, desesperada—. O, por lo menos, no sabemos si es lo que pasó… ¿Dónde se ha metido Ocaso Bosqueprofundo?».

—Pata Ligera está muerta… —se lamentó una mona que había saltado al suelo y se había quedado allí, sacudiendo la cola—. Corazón Veloz está muerto… Muchos han desaparecido…

—Y todo porque los pandas han dejado que suceda —gruñó otro mono—. Ellos nos han hecho esto. ¡Nunca volveremos a hacer caso a ningún panda! ¡A por ellos!

—¡Corre! —bramó Bulbo cuando los monos se lanzaron tras ellos, chapoteando en el barro.

Orquídea se giró y clavó de nuevo la vista en la cornisa rocosa. Si lograba llegar hasta allí, si alcanzaba un lugar donde plantar bien las zarpas, entonces esos monos ya podían abalanzarse… porque si ella tenía suelo firme bajo las patas los partiría en dos a dentelladas.

Miró hacia atrás y el pánico la invadió al descubrir que su compañero no la seguía.

—¡Bulbo, no! —bramó.

Pero él ya estaba enfrentándose a los monos, soltándoles gruñidos mientras ellos atacaban. Agarró a uno por la cola y lo lanzó a varios osos de distancia con una fuerte sacudida de la cabeza, y aun así enseguida se vio rodeado por varios más, que se arrojaron sobre su lomo, lo cogieron del pelo y las orejas y empezaron a morderlo y a arañarlo. Orquídea se dispuso a correr a su lado, pero justo en ese momento su compañero resbaló…

El instante pareció prolongarse una eternidad: Bulbo siguió retorciéndose en el barro incluso al tiempo que caía, tratando de liberarse de las garras de los monos.

Un poco más abajo, la cuadrilla de primates se separó de él de un brinco mientras rodaban por la ladera, pero Bulbo no podía frenar…

Y Orquídea vio cómo se estrellaba contra el borde del precipicio, igual que lo había hecho la mata de bambú unos momentos antes. El impacto fue espeluznante y, a pesar de la distancia, pudo oírlo perfectamente. Su compañero rodó y cayó por el despeñadero hasta la corriente crecida. Durante unos segundos, un destello blanco y negro cabeceó en la superficie y finalmente desapareció.

Orquídea soltó un rugido lleno de dolor, pero el estruendo de la lluvia engulló su lamento.

La osa casi deseó que los monos se volvieran contra ella; así podría llevarse por delante a unos cuantos antes de caer también… Pero se habían apiñado de golpe en las ramas más altas y habían enmudecido.

Y, antes de que Orquídea se diese cuenta, se habían esfumado y ella se había quedado completamente sola.

«No, sola no…».

¿Era la voz de Bulbo abriéndose paso a través de su conmoción? ¿O era la suya propia? ¿U otra cosa? Viniera de donde viniese, tenía razón: Orquídea únicamente estaría sola si no conseguía salvar a sus cachorros. Tenía que alcanzar aquel saliente rocoso.

El ascenso era difícil y duro, pero no podía dejar de intentarlo. Lo haría por Bulbo. Y por sus cachorros.

Cuando por fin tocó suelo firme con las garras y se izó desde la resbaladiza senda a lo alto de la cornisa rocosa, le temblaban tanto las patas que estuvo a punto de desplomarse allí mismo. Pero justo delante vio algo que la animó con un alivio doloroso. Una cueva. Parecía profunda y sólida, incrustada en el corazón de la montaña. Una energía renovada impulsó sus músculos y corrió a olfatear la entrada. No estaba seca… ya nada en el Reino del Bambú lo estaba y quizá nunca volviera a estarlo, pero se encontraba resguardada de la incesante lluvia.

Seguro que se estaba más caliente. Y a salvo.

Orquídea se apresuró a entrar y siguió internándose en ella hasta que se vio engullida por la oscuridad. Bajo sus zarpas, la piedra gastada resultaba tranquilizadora. Aquél sería el lugar en el que nacerían sus cachorros.

«Pero…».

De lo más hondo de la cueva le llegó un olor, algo que le provocó un hormigueo de inquietud. Olía a sangre y carne desgarrada.

Aquella cueva era la guarida de un depredador.

La luz del interior disminuyó todavía más y Orquídea giró en redondo. Algo había cruzado la entrada. Algo más grande que un panda. Su silueta casi bloqueaba la débil luz gris del cielo exterior.

Orquídea se agazapó mostrando los colmillos. Protegería a sus hijos sin importarle qué criatura fuese aquélla… Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, comprendió que se trataba de algo que jamás había visto. Enorme, de zarpas gigantescas y cola larga, pero no redondeado como un oso ni de pelaje espeso como un leopardo de las nieves. Era esbelto y lustroso. Dos grandes ojos verdes relucían en un rostro de rayas negras y naranjas.

La bestia entró en la cueva.

1

Hoja Airosobosque rodó sobre sí misma y estiró las patas hacia delante, arañando la fina capa de tierra. Luego volvió a rodar hasta quedarse boca arriba y abrió los ojos despacio. El cielo era de un suave gris resplandeciente, no había una sola nube. Lo único que podía ver con el rabillo del ojo era la copa de un árbol muy alto. Casi tenía la sensación de que podía dar volteretas por el cielo.

Le rugió el estómago.

«Ya habrá tiempo de contemplar el cielo después del primer banquete», pensó mientras bostezaba con ganas y volvía a rodar. Se levantó, se dirigió hacia el árbol a grandes zancadas y se rascó la parte trasera de las orejas contra la rugosa superficie del tronco.

A través de los escasos árboles que crecían en las laderas del norte, vio a la tía Pruna y a los demás Airosobosque levantándose de sus cómodos montones de hojas o bajando de los salientes de roca para dirigirse hacia las finas cañas de bambú que se alzaban entre los árboles. Hoja sacudió su pelaje y trotó hacia el lugar en el que, la noche anterior, había visto que crecían unos cuantos brotes. Sí, ahí estaban. Sin apenas moverse, empezó a arrancar tiernos tallos de delicadas hojas verdes y a formar un manojo con ellos, pero se detuvo antes de recolectarlos todos.

«Cachorro glotón ahora, cachorro hambriento después», decía siempre la tía Pruna, y tenía razón.

Así que sujetó con firmeza el manojo de brotes con una zarpa y cruzó el bosque a la carrera hasta el gran claro. Los demás pandas Airosobosque ya estaban allí reunidos, cada uno con la espalda apoyada en un árbol y a una distancia respetuosa los unos de los otros.

—Ven aquí, Hoja —le dijo Pruna con un bostezo—. El Gran Dragón no te esperará.

Eso también lo decía mucho. Hoja sonrió de oreja a oreja y se sentó al pie del mismo árbol que Carrizo y su madre, Jacinta. El pequeño se arrastró

retorciéndose hacia el escaso montón de brotes que su madre tenía delante, pero ella alargó una pata con delicadeza y lo apartó.

—Todavía no, pequeñín —le dijo.

Carrizo gimoteó decepcionado, y Hoja entendió perfectamente cómo se sentía. El bambú despedía un olor delicioso, pero ningún panda podía empezar a comer antes de la bendición.

Tía Pruna se rascó la espalda contra el tronco del árbol y carraspeó.

—Gran Dragón —empezó, sujetando su manojo de brotes con una zarpa —, en el Banquete de la Luz Gris, tus humildes pandas se inclinan ante ti. Gracias por el regalo del bambú y por la sabiduría que nos concedes.

Hoja inclinó la cabeza, igual que el resto de los pandas del claro, y Carrizo bajó tanto el hocico que acabó apoyándolo en el suelo forestal. Se produjo una breve pausa antes de que todos volvieran a levantar la vista, y sólo entonces el claro se llenó de crujidos de satisfacción. Hoja se llevó el bambú a la nariz, aspiró su fresco aroma y comenzó a quitarle las hojas. Luego formó un pequeño ramillete y se puso a mascar los sabrosos tallos verdes del extremo. Jacinta retiró la capa más dura de la corteza de su manojo de bambú y le pasó las tiras más tiernas del interior a Carrizo, que las masticó con entusiasmo.

—El Dragón podría ser un poco más generoso con sus regalos —rezongó uno de los pandas más viejos con la boca llena de trocitos de bambú.

—Y tú podrías sentirte más agradecido por lo que tienes, Enebro Airosobosque —replicó Pruna, mirándolo con severidad a través de su puñado de hojas verdes.

—Enebro Estanqueclaro —la corrigió él, sin dejar de masticar.

—Ahora ya no hay ningún estanque claro, Enebro —le respondió Jacinta con delicadeza—. Ahora todos somos Airosobosque.

—Sí, si no fueras un Airosobosque deberías ser un Ríoprofundo o un Aguascrecidas —contestó Hierba, burlona, señalando por encima del hombro hacia el río.

Enebro se incorporó con un resoplido, les dio la espalda a los demás y se acomodó al otro lado del árbol para mascar los fibrosos tallos de su primer banquete del día.

Hoja lo miró con el corazón encogido. El comentario de Hierba había sido cruel. Enebro era un anciano huraño, pero no podía culparlo por eso… Hoja no podía ni imaginarse cómo sería tener un hogar y que, al día siguiente, se lo hubiera tragado una riada. Ella no había conocido otro hogar que Airosobosque, con sus árboles altos y ondeantes y su escaso bambú.

—Todos vosotros estáis anclados en el pasado —bufó Hierba rodando sobre sí misma y relamiéndose el hocico—. Nueve veces al día le damos las gracias al Gran Dragón por alimentarnos, pero ¿por qué? Desde la inundación, ¿alguien ha visto aunque sólo sea una nube en forma de dragón? Estoy de acuerdo con Enebro: el Dragón nos ha abandonado.

—Yo no he dicho eso —protestó él sin girarse siquiera.

Hoja se volvió hacia Pruna y casi todos los demás la imitaron. La joven panda imaginaba que su tía respondería con dureza a las palabras de Hierba, pero se limitó a negar con la cabeza.

—No funciona así, Hierba —dijo Pruna con calma—. El Dragón no puede abandonarnos. El Gran Dragón es el Reino del Bambú. Mientras haya pandas y bambú para alimentarnos, el Dragón estará ahí, vigilándonos.

Levantó el siguiente tallo de su manojo, como si eso resolviera la cuestión. Durante unos instantes todos se quedaron en silencio, roto sólo por los sonidos que hacían al masticar.

—¿Recordáis aquel verano antes de la inundación, cuando se secó el estanque de Enebro? —intervino Maguillo, usando una de sus largas garras negras para sacarse una fibra de bambú de entre los dientes—. El Dragón nos avisó y encontrasteis un estanque más profundo antes de que fuera demasiado tarde… ¿Te acuerdas, Enebro?

El anciano panda se limitó a gruñir de nuevo, pero Jacinta sonrió para sí mientras empujaba un puñado de hojas hacia Carrizo.

—Oh, ¿y os acordáis de lo de los zorros de arena? —preguntó—. El viejo Roble Paisajerrocoso tuvo que llevarles el mensaje a pie hasta lo alto de las Cumbres Blancas. Logró llegar justo a tiempo para avisarlos de la avalancha.

—Creo que era una ventisca, ¿no? —repuso Hierba; su expresión cínica se había ablandado un poco.

—No, fue una avalancha —gruñó Arrayán, retorciéndose contra su árbol para rascarse la espalda—. «Cuidado con la ola blanca…», ése fue el mensaje del portavoz. Lo recuerdo como si fuera ayer.

Hoja volvió a tumbarse boca arriba, tratando de tomarse su tiempo con los últimos bocados de comida. Cuando los pandas más viejos comenzaban a hablar de ese tema, podían pasarse horas. Y aún seguirían hablando de esas cosas cuando llegase el Banquete de la Luz Dorada y luego el Banquete de la Salida del Sol.

Hoja sabía que Pruna tenía razón y que el Gran Dragón todavía estaba allí, vigilándolos. Ella lo creía. Lo creía de verdad. Pero cuando Pruna y los demás contaban historias de antes de la inundación, de los días en que el río discurría

tranquilo y era lo bastante estrecho para cruzarlo, cuando el bambú abundaba y todos los pandas contaban con suficiente comida y espacio para tener su propio territorio, Hoja no podía evitar preguntarse por qué las cosas ya no eran así.

Roble Paisajerrocoso había ido al lugar sagrado de su territorio para recibir el mensaje del portavoz del Dragón sobre el peligro que acechaba a los zorros, como hacían todos los pandas. Así funcionaba, según le había contado Pruna: el Gran Dragón revelaba sus profecías al portavoz y él se las transmitía a los demás pandas, que difundían la palabra del Dragón a todas las otras criaturas del Reino del Bambú. Los pandas eran especiales, eran los mensajeros que había escogido el Dragón.

Y, sin embargo, ninguno de ellos había sabido nada de la inundación hasta que la tuvieron encima. ¿Por qué había fallado el antiguo método en aquella ocasión? ¿Acaso el Gran Dragón no había avisado a su portavoz? ¿O es que el portavoz lo sabía y no había avisado a los demás pandas?

—¿Qué creéis vosotros que ocurrió con el portavoz del Dragón? —preguntó Hoja, aunque era consciente de que no había una respuesta clara a esa pregunta, porque ningún panda sabía adónde había ido Ocaso Bosqueprofundo.

—Yo creo que es evidente —sentenció Arrayán con un hondo suspiro—. Ya ha pasado un año y debemos enfrentarnos a la verdad: Ocaso Bosqueprofundo debió de morir en la inundación.

Hoja esperaba que al menos algunos de los pandas allí presentes estuvieran en desacuerdo con Arrayán, pero no fue así. Incluso la tía Pruna se quedó cabizbaja, envuelta en una pesadumbre silenciosa.

—Yo lo vi una vez —dijo Jacinta—. Era sólo una cachorra, pero siempre recordaré cómo me habló. Se dirigió a mí como si fuese una panda adulta. Me contó que un día yo también vería las señales y que quizá fuera quien impidiese que se propagara una enfermedad o quien salvara un nido o… En su boca sonaba como si pudiera ser una heroína.

—Era uno de los portavoces más sabios —añadió Pruna en voz baja.

—Pero, si Ocaso está muerto, ¿por qué el Dragón no ha elegido a un nuevo portavoz? —preguntó Hierba—. A lo mejor lo hemos enfadado tanto que nos ha dejado solos.

Pruna negó con la cabeza.

—No debemos perder la fe. El Dragón nos enviará a un nuevo portavoz cuando llegue el momento.

El silencio que siguió a esas palabras estaba lleno de incertidumbre. Hoja sospechó que todos los pandas Airosobosque estaban haciéndose la misma pregunta: «¿Cuánto tardará en llegar ese momento?».

La joven panda se puso en pie y se sacudió de la cabeza a la cola. El banquete había terminado, y ella ya no quería quedarse allí dándole vueltas al pasado.

—Me voy a ver a Rayo —anunció.

—Si no vuelves para el Banquete de la Luz Dorada —empezó la tía Pruna —, no te olvides de…

—No me olvidaré de la bendición —la tranquilizó Hoja, que cruzó el claro y hundió el hocico en la mejilla de la osa panda al pasar—. No te preocupes, tía Pruna.

En cuanto se puso en camino, Hoja sintió como si le hubieran quitado un peso de encima. Vale, no había portavoz del Dragón, pero eso no significaba que las cosas le fueran mal. Aún tenía a la tía Pruna, y a sus amigos.

Caminó unos cuantos minutos hasta que dejó atrás el Airosobosque y entró en Hojadorada, el territorio de los pandas rojos. Allí también había muy poco bambú, pero los árboles eran más frondosos y robustos.

Hoja iba olfateando los troncos al pasar, buscando el rastro de Rayo, pero antes de captar el olor de sus amigos oyó sus voces en lo alto. Levantó la vista. Las ramas de los árboles se sacudían mientras las recorrían pequeños destellos rojos y negros que se reían y se ocultaban entre las hojas.

—¡Rayo! —llamó Hoja.

Una de las criaturas rojas miró hacia abajo enroscándose en una rama, con la cabeza del revés y la cola colgándole por el otro extremo.

—¡Hoja Airosobosque! —exclamó Rayo Trepador—. ¡Sube aquí!

Ella le sonrió y se giró para olisquear el tronco del árbol más cercano. Aquél podía servir. Era mucho más grande que sus amigos pandas rojos, así que debía tener cuidado con dónde ponía las patas. Sin embargo, en cuanto Hoja comenzaba a trepar, no había panda en el Bosque del Norte que la igualara. Enseguida encontró agarre, hundió las zarpas en la corteza y empezó a ascender izándose a una rama y usando luego un nudo en el tronco como apoyo para alcanzar la siguiente. Al cabo de poco ya estaba a mucha distancia del suelo, y finalmente alcanzó la copa, donde el balanceo de los árboles habría bastado para aterrorizar a una criatura con menos seguridad. La primera luz del sol resplandecía a través de las hojas, iluminando el mundo que la rodeaba de verde y dorado.

—¡Vamos a subir al Ginkgo del Abuelo! —anunció Brinco Trepador cuando Hoja llegó a la misma rama en la que se encontraban los pandas rojos —. ¡Echaremos una carrera hasta lo más alto! ¿Listos?

Glotona Zapador negó con la cabeza.

—Eso no es justo para Hoja. Acaba de trepar hasta la copa de un árbol mientras vosotros estabais sentados comiendo bellotas.

—Bueno, pues eso os da a las dos la posibilidad de competir contra nosotros, ¿no es así, Hoja? —contestó Rayo, balanceándose con habilidad en la gruesa rama.

—¡Claro! —resolló ella—. ¡Yo estoy lista cuando lo estéis vosotros!

—¡Adelante! —chilló Brinco, y él y Glotona se alejaron saltando de una rama a otra entre risas.

Rayo y Hoja intercambiaron una sonrisa.

—¡Vamos a por ellos!

Rayo ondeó la cola y salió disparado, y Hoja lo siguió de inmediato. La panda sabía que no podía ir tan rápido ni saltar tan lejos como sus amigos, pero no le importaba. Vio que los otros dos habían escogido una rama demasiado corta y que se verían obligados a dar media vuelta, mientras que ella, mucho más reflexiva, siempre tomaba la mejor elección.

El Ginkgo del Abuelo era el árbol más alto de todo el Bosque del Norte y se elevaba por encima del resto como un brillante amanecer dorado. Hoja se encaminó hacia él usando siempre las ramas más gruesas, abrazándose a los troncos y subiendo cada vez más. Estuvo a punto de resbalar cuando, por accidente, metió la pata en un hueco donde había anidado un arrendajo. El pájaro chilló y le picoteó las zarpas, y, con un respingo, ella retrocedió patinando un poco. Al hacerlo miró hacia abajo y vio la larguísima caída que había hasta el suelo, pero clavó las uñas y se frenó.

—¡Perdona! —le dijo al arrendajo mientras comenzaba a trepar de nuevo, procurando no volver a meter las patas en el nido.

El pájaro se limitó a responder con un parloteo e, indignado, hinchó las tiznadas plumas grises del cuello.

El último tramo hasta la copa del ginkgo era uno de los más complicados del bosque, pero Hoja ya lo había subido en otras ocasiones. El árbol parecía cada día más alto y más poderoso, pero la joven panda sabía por qué ramas debía seguir para llegar hasta la cima. Rayo iba justo a su lado, aferrándose a las que se quebrarían bajo el peso de su amiga, y los otros dos pandas rojos no andaban muy lejos. Al llegar a la copa, Hoja se izó hasta la horcadura de una

de las ramas más altas y se sentó allí, triunfal, recuperando el aliento mientras contemplaba el bosque a través de las hojas doradas.

El Ginkgo del Abuelo se alzaba sobre el Bosque del Norte. Las zonas de árboles altos y fuertes estaban salpicadas de espacios más despejados, como el claro de Airosobosque, donde el bambú crecía en matas dispersas. Más allá de los árboles se veía el valle por el que discurría el río, tan ancho que ninguna criatura podía cruzarlo nadando. Sus corrientes, veloces y peligrosas, formaban ondas que parecían serpientes —o dragones— que centelleaban bajo la luz del amanecer.

Al otro lado del río se extendía el Bosque del Sur. Sus laderas eran tan empinadas como las que había en la zona de Hoja, pero sus árboles se veían frondosos y verdes, mientras que el Bosque del Norte parecía gris y escaso. Incluso desde aquella distancia, si escudriñaba detenidamente aquel bosque lejano le parecía ver enormes matas de bambú, tan grandes que ni siquiera el panda más hambriento podría comérselas todas.

Pensar en el bambú hizo que le rugiera el estómago, y Hoja se relamió al ver el sol naciente. Era la hora del Banquete de la Luz Dorada. Allí arriba no tenía bambú, pero no podía saltarse una comida, así que miró alrededor hasta que encontró un racimo de pequeños frutos amarillos que colgaba de una de las ramas del ginkgo. No eran ni por asomo tan sabrosos como el bambú, pero no tenía mucho donde elegir. Tomó uno de los frutos y lo sostuvo mientras inclinaba la cabeza.

—Gran Dragón, en el Banquete de la Luz Dorada, tu humilde panda se inclina ante ti —recitó—. Gracias por el regalo del bambú… quiero decir, por este apestoso fruto amarillo… y por la fuerza que nos concedes.

Los pandas rojos se sentaron a su alrededor balanceando la cola, y Hoja le dio un mordisco al fruto y arrancó la blanda pulpa amarilla hasta su crujiente corazón. La verdad es que no era gran cosa comparado con el bambú, pero lo importante era comer algo.

—He oído decir a Fisgón que el río se ha calmado un poco desde las últimas lluvias —dijo Brinco después de haberse tragado todos los frutos que era capaz de comer.

—¿En serio? —Hoja plantó las orejas y miró hacia la ladera del norte, que descendía hasta las relucientes aguas del río.

A ella aún le parecía que la corriente era muy rápida, pero tal vez hubiese llegado la hora… Tal vez…

—Bueno, Fisgón dice muchas cosas… —contestó Rayo—. Es probable que se lo esté imaginando.

—Lo haremos —anunció Hoja con firmeza—. Puede que hoy no, pero tarde o temprano cruzaremos el río. Estoy segura.

—No se trata tanto de estar segura como de saber nadar —respondió Brinco colgándose de su rama—. ¿Tú sabes nadar?

—¡Claro que sí! —bufó Hoja.

«No maravillosamente… —añadió para sí misma—, y por supuesto no tan bien como trepar. Pero ¡encontraremos la manera!».

—¿De verdad crees que tu madre y tu gemelo están al otro lado del río? —le preguntó Rayo con escepticismo.

Hoja se quedó mirando el Bosque del Sur hasta que sus árboles de color verde oscuro empezaron a emborronarse y a temblar delante de sus ojos.

—Sí —contestó—. Es lo que me contó la tía Pruna. Que su hermana Orquídea acudió a ella con dos cachorros, le pidió que me mantuviera a salvo y luego se marchó con el otro. ¿A qué otro sitio podrían haber ido?

Los pandas rojos no respondieron, y Hoja se alegró. Evidentemente, cabía la posibilidad de que su madre y su gemelo no estuviesen en el Bosque del Sur y que, aparte de Pruna, toda su familia hubiese desaparecido, igual que Ocaso Bosqueprofundo.

Pero se negaba a creerlo, al menos mientras hubiese un bosque entero justo al otro lado de las resplandecientes aguas.

—Un día, Rayo —repitió—, cruzaremos el río… Y yo encontraré a mi familia.

2

—No podría comer ni un bocado más… —dijo Lluvia estirando las patas con un bostezo de satisfacción.

Se recostó de nuevo contra la gran mata de bambú, cuyas fuertes cañas crujieron bajo su peso mientras ella encontraba una postura más cómoda, y entonces vio un manojo de brotes de hojas nuevas asomando entre los largos tallos, justo a su alcance.

«Bueno, quizá un puñado…», pensó, y lo arrancó de un tirón.

Pero, antes de que pudiera comérselo, alguien apareció a su lado y le quitó el bambú de un manotazo.

—¡Eh! —protestó Lluvia mientras la otra panda trepaba por ella usando sus hombros como pasadero, para luego acomodarse en una roca que sobresalía a unos pocos osos de distancia ladera arriba.

Lluvia se levantó, gruñendo, y fue tras ella.

Biznaga estaba ya a punto de introducirse las verdes hojas en la boca cuando Lluvia se subió a la roca y agarró con los dientes uno de los extremos de la caña.

—¡Mmmf! ¡Esto es mío! —gruñó la joven panda—. ¡Búscate tu propio bambú!

—Te equivocas, querida —replicó Biznaga con una dulzura repulsiva—. Soy mayor que tú. Esta caña es mía y esta roca también. ¿Por qué no vuelves a las laderas inferiores con los demás cachorros? Ahí abajo hay bambú de sobra.

Lluvia volvió a gruñir entre dientes. Había bambú de sobra, sí, pero ésa no era la cuestión. Tiró con fuerza de la caña y notó cómo se resquebrajaba.

—Lluvia tiene razón… Ese brote es suyo —dijo otra voz; era Guijarro, que estaba trepando por una horcadura que se entrelazaba entre dos árboles y miraba a Biznaga con el ceño fruncido—. He visto cómo lo cortaba.

La sonrisa condescendiente de Biznaga se esfumó de inmediato, y sus garras se enroscaron más aún alrededor de la caña de bambú. Lluvia gruñó de nuevo y volvió a tirar, y el tallo crujió un segundo antes de partirse en dos. La

joven panda perdió pie y se deslizó torpemente rocas abajo, hasta aterrizar sobre las hojas que alfombraban el suelo. A pesar del golpe, en cuanto se puso en pie soltó un bufido de satisfacción. Se había quedado con las hojas más jugosas y Biznaga con el tallo más fibroso.

—¡Qué falta de respeto! —gruñó Biznaga.

—¡Sí, tienes razón! —replicó Lluvia—. ¡No te respeto ni una pizca!

—¡Lluvia! —exclamó otra voz, y en esta ocasión la joven panda se giró despacio, alisando el pelo. Su madre, Peonía, estaba justo detrás de ella—. Discúlpate con Biznaga.

—No voy a disculparme —masculló—. Es una ladrona, mamá. Cree que porque es mayor que yo…

—Lluvia —repitió su madre, y esta vez un gruñido de advertencia le vibró en el pecho—. Discúlpate.

La joven panda bajó la cabeza.

Luego miró a Biznaga, que se había desplazado en la roca hasta quedarse casi por completo de espaldas a ella, como si estuviese de lo más ofendida… Aunque seguía echando miraditas por encima del hombro.

Lluvia arrugó el hocico, irritada, y se incorporó.

—Perdona, Biznaga —dijo con la voz clara y firme.

Pero de inmediato le hizo una mueca, se metió en la boca el puñado de sabrosas hojas verdes y masticó con ganas, clavando los ojos en la vieja osa, hasta que la deliciosa planta desapareció por completo.

Biznaga lanzó un gruñido y se tumbó en su roca.

Lluvia pudo oír cómo su madre y Guijarro suspiraban a la vez.

—Venid conmigo. Los dos —ordenó Peonía, haciendo una seña con las orejas a su hija.

La joven la siguió, muy ufana, y su mejor amigo fue tras ella.

Tomaron el sendero hollado que serpenteaba colina abajo, el camino más llano para llegar al río. Habría sido más rápido ir por las pendientes más inclinadas, en una especie de caída apenas controlada, usando el bambú y los árboles para sujetarse cuando resbalaran, pero Lluvia estaba un poco escocida por la caída de la roca de Biznaga, así que siguió obediente a Peonía.

—¿Qué te tengo dicho, Lluvia? —le preguntó su madre mientras pasaban a través de un hueco entre las peñas, rodeadas de exuberantes cortinas verdes de hiedra.

—Que no nade en el centro del río —recitó—. Y que no me quede dormida con la boca abierta.

Peonía negó con la cabeza.

—La vida sería mucho más fácil si intentaras llevarte bien con los demás.

—Y lo hago. Me llevo muy bien con Guijarro, ¿no? Y con Horizonte. Y los cachorros más pequeños son muy simpáticos.

Los tres llegaron a un espacio plano, donde el sendero transcurría junto a un árbol caído. Peonía trepó al tronco, se sentó y empezó a rascarse detrás de la oreja con una de las patas delanteras.

—Lluvia, ahora hay más de veinte pandas viviendo en Lomaprόspera. En los viejos tiempos… Hazte a un lado, Guijarro; sé buen chico.

Lluvia vio que una vieja panda subía por el camino. Bruma Lomaprόspera casi la rozó al pasar, y Guijarro tuvo que retroceder un poco hacia la vegetación para quitarse de en medio.

—Buena Luz Larga, Peonía —la saludó la anciana con voz cascada.

—Lo mismo digo, Bruma —respondió ella, inclinando levemente la cabeza. Esperó a que la anciana desapareciera ladera arriba antes de seguir con su sermón, y luego añadió—: Las cosas no han sido siempre así. Antes de la inundación, jamás hubiésemos vivido todos juntos de esta forma. Los pandas como Biznaga no están acostumbrados a compartir… En los viejos tiempos no veían a otros pandas durante estaciones si no querían.

—Bueno, pues ha tenido todo el tiempo que yo llevo viva para acostumbrarse —dijo Lluvia.

—Y tú has tenido toda una vida para acostumbrarte a ella —replicó Peonía con un suspiro—. El Banquete del Descenso del Sol está al caer. ¿No tenéis tareas que hacer? Estoy segura de que a los lechos les irían bien unos cuantos juncos nuevos antes de la Salida de la Luna.

Lluvia sabía que su madre estaba cambiando de tema, pero no le importó. Eso sólo significaba que la discusión la había ganado ella.

—Venga —le dijo Guijarro—. Vamos a buscar a los cachorros y a recoger unos cuantos juncos.

—Volved para el banquete —les ordenó Peonía antes de tumbarse en el tronco y cerrar los ojos.

Lluvia soltó un resoplido y continuó por el sendero a través de la vegetación, acompañada de Guijarro. Poco después llegaron a un lugar llano y resguardado en el que estaban sentadas Horizonte y Aurora… «Dos amigas que se llevan a la perfección sin robarle bambú a nadie», pensó Lluvia. Sus pequeños cachorros, Anuro y Piña, retozaban rodando por el suelo a sus pies. Anuro era el mayor, pero siempre dejaba ganar a Piña.

Los dos se alegraron de unirse a Guijarro y a Lluvia para bajar al río, y fueron saltando por el camino delante de ellos, hasta que, de repente, Lluvia

se detuvo y patinó un poco en el húmedo suelo.

—¡Esperad! —exclamó con un respingo antes de dejarse caer.

Anuro y Piña giraron en redondo y regresaron corriendo a su lado con los ojos dilatados de inquietud.

—Yo… yo… —tartamudeó Lluvia—. Estoy teniendo… ¡una visión! —Rodó hasta quedarse boca arriba y contempló el cielo con la mandíbula desencajada.

—¡¿Qué?! —chilló Anuro.

—¿Qué ves?

Piña intentó apoyar las patas en la barriga de Lluvia, pero la osa la apartó de un manotazo.

—¡Silencio! ¡Es el Gran Dragón! ¡Háblame, oh, grande entre los grandes…!

Los cachorros se agazaparon delante de ella con la cara temblando de emoción. Con el rabillo del ojo, Lluvia también podía ver a Guijarro, sentado a poca distancia, pero la joven panda prefirió ignorarlo.

—El Dragón dice… dice… ¡que no debo ir al río! ¡Sucederán cosas horribles si voy al río hoy! Oh, y Guijarro tampoco puede ir… ¡El Dragón dice que debéis recoger los juncos vosotros solos!

Lluvia se quedó desmadejada y se tumbó de lado, cerró los ojos y resolló lentamente. Luego se levantó tambaleándose y se quedó mirando a los cachorros frunciendo el ceño con preocupación.

—Pero… ¿cómo voy a dejar que vayáis solos a recoger juncos? ¿Sois lo bastante grandes y fuertes? Tal vez no debería seguir el consejo del Dragón…

—¡No! —gritó Piña—. Anuro y yo podemos hacerlo… Somos muy fuertes, ¿verdad, Anuro?

—Traeremos muchísimos juncos —coincidió Anuro levantándose de un brinco—. ¡El Dragón se sentirá muy orgulloso de nosotros!

—Estoy segura —dijo Lluvia con dulzura mientras los dos pequeños echaban a correr por la ladera a toda velocidad, como un par de diminutas rocas peludas que rodaran colina abajo.

Después se volvió hacia Guijarro y le sonrió de oreja a oreja. Su amigo puso los ojos en blanco, pero también se rió entre dientes.

—Anuro ya es mayor para estas cosas, ¿sabes? Un día acabará calándote y entonces tendrás que empezar a hacer tus tareas de nuevo.

—Bah, para cuando llegue ese momento, Sabina ya habrá dado a luz y podré entrenar a su cría para que también me crea.

—¿A esto es a lo que han llegado los pandas? —preguntó una voz despectiva por encima de sus cabezas.

Lluvia levantó la vista. Había un gran mono dorado colgando de una rama por la cola, balanceándose de un lado a otro. Se pellizcó la oreja izquierda, que tenía un desgarro de aspecto muy feo, e hizo una mueca desdeñosa.

—Lárgate, aliento apestoso —le soltó la osa.

El mono ni se inmutó. Tomó un fruto de la rama que tenía cerca de la cabeza, lo olfateó y luego lo lanzó a los arbustos.

—Según tengo entendido, en otro tiempo todo el Reino del Bambú respetaba a los pandas, ¿no es cierto, ridículas caras tiznadas? Erais importantes. Qué lástima que el Gran Dragón dejara de hablar con vosotros. Algo haríais para enfurecerlo, ¿no? En fin, supongo que da igual… Nadie va a volver a escucharos.

—Para empezar, a vosotros, con esas feas caras azules, nadie os ha escuchado jamás —contestó Lluvia—. ¿A quién le importa lo que opine un mono? Me voy al río a nadar un poco. ¿Vienes conmigo, Guijarro?

—Claro, ¿por qué no? —respondió él.

Los dos le dieron la espalda al mono y se alejaron entre la vegetación. Lo oyeron reírse tras ellos, pero ni Lluvia ni Guijarro volvieron la cabeza.

Al cabo de un rato, cuando ya había una ancha franja de árboles entre ellos y el irritante mono, llegaron a un peñasco desde el que se podía ver la orilla del río.

Lluvia contempló el reflejo del sol de la Luz Larga centelleando en las rápidas aguas y sintió un cosquilleo en las zarpas. Si no estuviera tan alto, habría saltado desde allí mismo para chapotear. Se giró para decirle a Guijarro que le echaba una carrera hasta el río, pero se detuvo al ver que su amigo también estaba mirando el agua, aunque con expresión pensativa y un poco triste.

—¿Qué te ocurre, Guijarro? —le preguntó.

—Ese mono tiene razón… —suspiró el panda—. Las cosas eran mejores cuando teníamos un portavoz del Dragón. Todos los animales del Reino del Bambú nos respetaban. Teníamos un cometido y éramos útiles.

—Supongo que no estaría mal poder decirles qué hacer o no hacer a criaturas como ese mono —coincidió Lluvia—. Pero, Guijarro… esas cosas son sólo imaginaciones. Me refiero a toda esa historia sobre el Gran Dragón que baja a contarle a un panda lo que va a suceder. Es imposible que eso sea cierto.

El joven panda la miró ladeando la cabeza.

—¿En serio no crees en el Gran Dragón?

Lluvia estiró las patas delanteras hasta que su espalda emitió un chasquido gratificante.

—No lo sé. Quizá. Pero lo que es evidente es que ahora no hay ningún portavoz del Dragón y, aun así, nos va bien. Hay bambú de sobra y cachorros crédulos que hacen las cosas por nosotros. ¿Quién necesita más? A mí, ser el altavoz de un poderoso dragón celestial me suena a tener que hacer un trabajo muy duro.

Su amigo vaciló y se quedó pensativo, pero Lluvia le dio un empujón con el hocico.

—En serio, Guijarro, ¿qué más da si hay un portavoz del Dragón o no? Lo importante es que Anuro cree que sí, ¡y que soy yo! Y ahora… ¡vamos allá! ¡El último en llegar al río es un ginkgo fétido!

Aquella ocurrencia hizo reír a Guijarro; Lluvia se bajó del peñasco de un salto y corrió hacia la orilla mientras oía los pasos de su amigo a sus espaldas.

Recorrió la maraña de rocas, raíces y piedras que conformaban la orilla y se lanzó al río con un resoplido feliz. El agua fresca le lamió el hocico, y oyó un gran estruendo cuando Guijarro se tiró al agua y se puso a chapotear con sus patas delanteras, procurando no perder pie.

La madre de Lluvia tenía razón con respecto al río: era peligroso adentrarse mucho en él.

Pero no siempre había sido así. Peonía le había contado muchas historias sobre cómo era el Reino del Bambú antes de que llegara la gran inundación. El cauce del río había aumentado tanto que ahora las colinas más bajas estaban sumergidas por completo. Habían desaparecido territorios enteros. Cuando llegó la tormenta, los pandas intentaron subir a los árboles más altos para escapar del agua, pero se quedaron atrapados allí o tuvieron que nadar desde las ramas superiores para salvar la vida, y al final las terroríficas corrientes acabaron arrastrándolos.

Todo aquello, sin embargo, había sucedido un año atrás. Lluvia había crecido con el río tal como se veía ahora, y conocía todos los recodos y los bajíos tan bien como los colores de su propio pelaje. En algunos lugares había riberas planas y rocosas, y en otros asomaban árboles y peñas que antes estaban en terreno seco y ahora interrumpían el caudal. Un panda prudente podría nadar con tranquilidad alrededor de todo eso sin acercarse demasiado a las peligrosas corrientes que fluían por el centro del río.

Así que Lluvia tomó aire y se zambulló.

Debajo del agua había un mundo completamente distinto. Las piedras y las raíces, cubiertas de suaves algas verdes, albergaban diminutos pececillos plateados y tortugas de caparazón opalino reluciente.

Era un espacio tranquilo, aunque también un poco inquietante. El agua era clara, pero no había olores ni sonidos, de modo que todo parecía blando y un poco irreal. Lluvia empleó sus grandes zarpas para impulsarse a lo largo del fondo y empezó a hurgar en las ramas submarinas que sobresalían del lecho fluvial. Un destello naranja, dorado y negro por encima de su cabeza la hizo mirar arriba y vio un banco de carpas que daba vueltas bajo la luz del sol.

Salió de nuevo a la superficie para tomar aire. Había nadado hasta la corriente más rápida del río, y Guijarro, que se había sentado en una roca cerca de la orilla, la miraba nervioso mientras ella se alejaba flotando. La joven panda soltó un bufido. Su amigo se preocupaba demasiado. Ella era la mejor nadadora de Lomapróspera y sabía justo hasta dónde podía nadar sin que el río la arrastrara. Volvió a sumergirse, avanzando con fuerza hacia la orilla, y unos instantes después emergió al lado de la roca en la que estaba Guijarro.

—¿Preocupado? —le preguntó apoyando las patas en la roca para sostenerse.

Pero su amigo ya no la miraba a ella; estaba observando la ribera y olfateaba el aire arrugando el hocico.

Lluvia también intentó olfatear el aire, pero su nariz estaba demasiado llena de los efluvios del río, en los que se mezclaban el olor a peces y a musgo mojado. Antes de que pudiera preguntarle a Guijarro qué olisqueaba, oyó una voz de panda, y luego varias más. Le pareció que eran las de Horizonte y Aurora, y quizá también la de Anuro.

—¡Un nuevo panda! —estaban gritando.

—¿Un nuevo panda? —repitió Lluvia.

No estaba segura de si lo decían en serio: era demasiado pronto para que hubiera nacido la nueva cría de Sabina, y cerca de allí no vivían más pandas.

—Venga, ¡vamos a ver de qué hablan!

Guijarro saltó a los bajíos y los dos chapotearon juntos hasta la orilla. No fue difícil encontrar el origen del alboroto. Para cuando subieron la cuesta, todos los pandas de Lomapróspera se habían apiñado sobre una repisa rocosa que daba al sendero.

—¿Qué está pasando? —le preguntó Lluvia a Peonía, y su madre la miró con absoluta sorpresa.

—¿Es que no lo hueles? Se acerca un forastero. Aunque… no sé, de algún modo su olor me resulta familiar. Pero no es un panda de Lomaprόspera, de eso estoy segura.

Lluvia volvió a olfatear el aire, pero le costaba distinguir el olor de un solo panda cuando todos los demás estaban apretujados a su alrededor y cambiaban nerviosos el peso de una pata a otra. Cuando consiguió colarse entre ellos hasta el borde de la roca, apareció una silueta borrosa entre los árboles de más abajo.

Era una figura grande, peluda y de color blanco y negro: no cabía la menor duda de que se trataba de un panda macho adulto. Su pelo era algo ralo, probablemente por la edad, y tenía una larga cicatriz en una de las ancas, pero sus pasos eran tan firmes y fuertes como los troncos de los árboles, y las manchas negras de sus ojos eran enormes.

El forastero se detuvo al llegar a la senda y ver a los pandas reunidos, y parpadeó con una expresión de felicidad en el rostro.

—Mis queridos pandas… —dijo—. Por fin os he encontrado.

Eso no significaba nada en absoluto para Lluvia, pero a su alrededor empezaron a elevarse gritos de sorpresa entre los pandas de más edad; gritos que se vieron seguidos de suspiros de emoción y de rugidos y exclamaciones.

—¿Ése es Ocaso?

—¡Es Ocaso!

—¡Ocaso Bosqueprofundo!

Lluvia se sentó en la roca y se quedó sola cuando los demás empezaron a bajar la cuesta a la carrera, saludando a voces al recién llegado.

—¡Estás vivo! ¡Has vuelto con nosotros!

—¡El portavoz del Dragón ha regresado!

3

Fantasma de Hibernal no hizo el menor ruido mientras avanzaba por la nieve cruzando la extensa cresta de las Montañas de las Cumbres Blancas. Delante de él, sus hermanos Carámbano y Cellisca eran dos sombras lustrosas y moteadas que corrían de una roca a otra y se detenían a olfatear el aire o a meter el hocico en los agujeros del suelo. Fantasma también se puso a olisquear, pero no logró captar ninguna presa en el viento helado.

Miró hacia atrás y se detuvo un instante para que Astilla lo alcanzara. Su hermana pequeña era la más enclenque de la camada; tenía las patas más cortas y el pelaje más fino que los demás, así que siempre corría a trechos y se paraba a menudo a recuperar el aliento.

—¿Ya han encontrado algo? —susurró sacudiéndose la nieve de los bigotes al llegar junto a Fantasma; su cabeza moteada apenas alcanzaba la altura de los hombros de su hermano.

—Todavía no —respondió él.

—Bueno, ¡pues quizá lo encontremos nosotros primero! —exclamó Astilla, radiante, y cerró los ojos con fuerza—. ¡Felino de las Nieves, muéstranos tus huellas!

Luego los abrió y miró alrededor, como si esperase ver las huellas del Felino de las Nieves guiándola hasta una madriguera repleta de jugosas presas.

—Vamos a reunirnos con ellos —sugirió Fantasma.

Astilla asintió y juntos avanzaron por el terreno nevado. A pesar de la diferencia de tamaño, sus pasos encajaban muy bien con las frecuentes pausas de ella para respirar y el ritmo más lento y pesado de él.

Sus dos hermanos se habían detenido al abrigo de una enorme peña, y Fantasma vio que Cellisca se giraba hacia ellos con las orejas plantadas y sacudiendo la cola: había localizado algo.

«Espéranos —pensó Fantasma—. ¡Se supone que tenemos que cazar juntos!».

Apretó el paso, pero Cellisca y Carámbano ya se habían puesto en marcha rodeando con sigilo la peña hasta quedar fuera de la vista.

—Mamá ha dicho que no deberían adelantarse demasiado… —resolló Astilla.

Su hermano se limitó a asentir. Hibernal les había dicho que permanecieran juntos, y era por una buena razón. Todos necesitaban practicar la caza si alguna vez querían salvar de un salto la Sima Interminable, convertirse en adultos y abandonar por fin la guarida de su madre.

Fantasma levantó la vista hacia las imponentes cumbres que se alzaban en el norte, negras y blancas allí donde la nieve se arremolinaba. Había tenido lugar otra avalancha apenas unas noches atrás. Ellos se encontraban a salvo en su guarida, pero todos habían oído el crujido y el retumbo de las blancas olas de nieve al rodar montaña abajo. Era sorprendente que todavía hubiera animales viviendo en lo alto de las Cumbres Blancas… Aunque Fantasma daba por hecho que les ocurría lo mismo que a él y a los demás leopardos de las nieves: no querían marcharse del lugar al que siempre habían llamado hogar.

Astilla y Fantasma se apresuraron a rodear la peña y se encontraron con sus hermanos al otro lado. Cellisca les hizo una señal con la cola.

—¿Lo veis? —siseó—. ¡Justo ahí!

Fantasma aguzó la vista a través de la nieve; sí, había un destello marrón junto a un montón de piedras grises, medio enterrado en un ventisquero. Las orejas marrones de una liebre de montaña. Era grande y de aspecto duro.

—Deberíamos rodearla sin que nos viera y atacar desde las rocas —dijo Carámbano, y se alejó arrastrándose deprisa, con el cuerpo tan pegado al suelo que iba dejando un surco en la nieve.

Fantasma intentó seguirlo, pero sus hombros, más anchos, y sus fornidas patas hacían que le resultara difícil moverse con rapidez, así que se centró en ser silencioso y fue posando las garras con mucho cuidado y dejando que la nieve acallara su avance.

Astilla optó por correr, pero fue incapaz de alcanzar a sus hermanos, que eran mucho más rápidos y ya habían trazado un amplio círculo para subir por las rocas sin hacer un solo ruido. La liebre no llegó a verlos ni a oírlos. Primero saltó Cellisca y luego Carámbano, y los dos atraparon a la criatura con sus zarpas.

Sin embargo, la liebre era más fuerte de lo que esperaban y se retorció pataleando, y una de sus potentes patas traseras impactó en la barbilla de Carámbano, que retrocedió tambaleándose.

—¡Uf! ¡Estate quieto, bicho…! ¡Fantasma, ayúdame! —gruñó Cellisca con los dientes clavados en el pellejo del animal.

Fantasma bajó la cabeza y corrió hacia ellos. Quizá no se le diera bien ser sigiloso y tampoco era muy veloz, pero estaba encantado de dar rienda suelta a su fuerza. Puso una de sus pesadas patas sobre la liebre para inmovilizarla, y acabó con ella dándole una dentellada limpia y potente en la nuca, tal como le había enseñado Hibernal.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó Astilla sin aliento cuando por fin logró alcanzarlos.

Fantasma vio que Cellisca y Carámbano intercambiaban una mirada y esperó que no le dijeran nada cruel a su hermana pequeña. Astilla habría sido capaz de atrapar su propia presa si ellos la hubieran dejado ir delante, en vez de correr para ser los primeros.

—Vamos a comérnosla —propuso Carámbano, relamiéndose—. Mamá ha dicho que debíamos comer si cazábamos algo…

Cellisca se plantó sobre las patas traseras y manoteó el aire alrededor de las orejas de su hermano, medio bromeando.

—¡Todavía no, tontorrón! Primero tenemos que darle las gracias al Felino de las Nieves.

Astilla se sentó entre ellos y amasó la nieve con las zarpas.

—Le agradecemos al Felino de las Nieves que nos dé esta presa… —empezó, y los otros tres se unieron a ella.

—Deja tus huellas en la nieve para que podamos seguirlas —recitaron al unísono.

De inmediato, Cellisca, Carámbano y Astilla se abalanzaron encantados sobre la liebre para empezar a comérsela. Fantasma sabía que él también necesitaba alimentarse. A menudo transcurrían varios días sin que tuvieran presas frescas, y le rugió el estómago ante la idea de sentirse saciado de nuevo. Arrancó bocados de la carne correosa de la liebre y los engulló tan deprisa como pudo.

Por un instante no se oyeron más sonidos que los de los cuatro cachorros hambrientos masticando y ronroneando, e incluso eso quedaba amortiguado por la nieve que seguía cayendo.

De pronto, un aullido atravesó el aire a sus espaldas. Fantasma se volvió en redondo, levantando una nube de nieve a su alrededor, y vio que dos figuras moteadas aparecían por detrás de una roca. Eran otros dos cachorros de leopardo, un poco más jóvenes que Fantasma y sus hermanos. Se le cayó el alma a los pies al reconocerlos.

—Mira, Granizo —dijo la hembra—. Son los bichos raros de Hibernal.

Fantasma soltó un gruñido ronco mientras Briosa y Granizo, los cachorros de Glacial, avanzaban hacia ellos.

—¡Éste no es vuestro territorio! —gruñó Carámbano lamiéndose el hocico —. Fuera de aquí si no queréis que os echemos.

—Oooh, ¿vas a decirle al deforme de tu hermano que nos ataque? —Briosa ladeó la cabeza—. ¿O vas a pedírselo a la debilucha de tu hermana pequeña?

Astilla comenzó a avanzar hacia ellos mostrando los colmillos.

—¡Ponme a prueba! —gruñó.

—Pero ¿Fantasma está aquí o no? —dijo Granizo mirando alrededor con fingida confusión, mientras lanzaba miradas malévolas directas a Fantasma —. ¿Dónde está ese enorme bicho raro de pelo blanco?

Fantasma trató de pasar por alto las burlas de Granizo, pero no pudo evitar sentirse molesto y amasó la nieve con sus patas totalmente blancas, incómodo. Sabía que no había nada de malo en ser más grande que sus hermanos o en no tener manchas, pero, desde luego, aquellos dos sí parecían creerlo.

—¡Ya basta! —Cellisca saltó justo por encima de Fantasma para plantarse delante de los cachorros de Glacial—. Voy a hacer que paguéis por esto.

Fantasma y Carámbano se apresuraron a apoyarla. El primero abrió la boca y soltó un profundo gruñido como si fuera un rugido. Briosa y Granizo se estremecieron a la vez, y Cellisca y Carámbano se unieron al rugido mientras avanzaban hacia los dos cachorros de Glacial.

Fantasma sintió que lo envolvía una cálida oleada al verse rodeado de sus hermanos mientras los otros dos cachorros comenzaban a retroceder.

—¿Qué? ¿Queréis pelear o no? —les soltó Astilla.

—¿Qué clase de cobardes sois? —bufó Carámbano.

—¿Os da miedo enfrentaros a una familia de bichos raros?

Fantasma saltó con la boca abierta y lanzó una dentellada al aire a unos pocos pasos del hocico de Briosa. La cachorrita gimoteó, y ella y su hermano retrocedieron trastabillando, giraron en redondo y huyeron por el terreno nevado.

—¡Eso es, y no volváis por aquí! —gritó Astilla.

Cellisca negó con la cabeza.

—Mira que llegan a ser idiotas…

—Si querían nuestra liebre, no deberían haberse acercado de esa forma —dijo Carámbano detrás de Fantasma—. Tendrían que haberlo hecho con

sigilo… ¡Así!

Fantasma se agachó, pero un poco tarde. Carámbano chocó contra sus hombros y cayó de bruces en la nieve, pero había agarrado a su hermano por el cuello y tiró de su cabeza para lanzarle un mordisco en la oreja.

Fantasma se irguió sobre sus patas traseras fingiéndose furioso:

—¡Entonces los habríamos tenido justo donde los queríamos!

Bajó las patas de golpe y lanzó varios manotazos hacia el estómago expuesto de Carámbano. Tuvo muchísimo cuidado de no golpearlo: sabía que sus garras no eran retráctiles como las de sus hermanos, pero Hibernal le había enseñado a jugar de forma segura, y Carámbano ni se inmutó cuando las negras uñas rozaron el aire por encima de él.

—¡Sí, habríamos sido cuatro contra dos! —exclamó Astilla saltando sobre la cola de su hermana.

Cellisca soltó un falso alarido de dolor y le dio un manotazo en la nuca. Astilla cayó al suelo, despatarrándose de manera exagerada, y su hermana fue a rematarla hundiendo el hocico en el esponjoso pelo de su cuello, haciendo que la pequeña farfullara entre risas.

Los cuatro rodaron por la nieve riéndose, y Fantasma sintió la misma calidez de antes, a pesar de que se le estaban congelando las zarpas y de que el viento los azotaba con ferocidad. Tal vez Astilla y él no fueran los mejores cazadores del mundo, pero los hijos de Hibernal permanecerían juntos ante cualquier adversidad.

4

Lluvia agarró los largos tallos de bambú con los dientes y volvió a subir por el sendero a toda prisa, procurando que no se le engancharan en la vegetación mientras ascendía entre las rocas musgosas y los troncos de los gingkos y los pinos, en dirección al claro de los banquetes.

Se le hizo la boca agua, pero no se detuvo a comerse a escondidas uno de los tallos como quizá habría hecho otro día. Guijarro caminaba a su lado inspeccionando el bambú junto al que pasaban, en busca de brotes nuevos que serían perfectos para el banquete.

Por toda Lomaprόspera recogían bambú para el Banquete de la Luz Agonizante. Habría más que suficiente para todos los pandas. Nadie había dicho que aquélla iba a ser una comida especial, pero parecía obvio que se trataba de una especie de celebración.

Ocaso Bosqueprofundo había regresado.

Lluvia y Guijarro pasaron junto a Peonía, que estaba bebiendo de un arroyo claro que discurría entre dos rocas y formaba una diminuta cascada centelleante. La osa dejó que el agua le mojara el hocico y luego sacudió la cabeza esparciendo gotitas por el aire. Cuando vio a Lluvia, se acercó a ella para darle un lametazo afectuoso en la oreja.

—Es maravilloso, ¿no? —dijo Peonía—. Todo parece renovado. ¿Tú también lo notas, hija? Mira ahí… —Señaló con la nariz unos brotes de bambú nuevos que asomaban por una capa de musgo—. He visto muchos de ésos desde que Ocaso ha vuelto con nosotros. Creo que todo el Bosque del Sur está… Es como si estuviese celebrando su regreso.

Lluvia asintió, contenta de ver tan feliz a su madre. Sin embargo, ella no estaba muy segura de que eso fuera cierto: el bambú brotaba a menudo en lugares extraños, y de forma rápida, y no había nada en aquellos brotes que le pareciese una señal. Pero bueno, también estaba convencida de que no había portavoz del Dragón y de que jamás lo habría, y ahora estaba allí.

«Supongo que todo es posible».

—Las cosas irán mejor ahora —dijo Peonía—. Estaremos de nuevo conectados con el Gran Dragón, y con su ayuda podremos regresar a la normalidad. Las cosas volverán a ser como antes de la inundación…

—Bueno… no exactamente como antes —repuso Guijarro con un hilo de voz.

A Peonía se le entristeció la mirada y le acarició la cabeza con el hocico.

—Tienes razón, Guijarro. Hay cosas que pueden arreglarse, pero no todas.

Lluvia miró al suelo. Le hubiera gustado poder decir algo para que su amigo se sintiera mejor, pero sabía que no había nada que pudiese devolverle a su hermano. Al contrario que ella, Guijarro tenía la edad suficiente para recordar con claridad la inundación, y rememorarla le resultaba doloroso.

—Vayamos al claro —dijo Guijarro, sacudiéndose de las orejas a la cola —. ¡No podemos perdernos la bendición!

—¡Es verdad! —respondió Peonía con dulzura, y echó a andar por el sendero.

El claro de los banquetes era una hondonada en la cima de una de las empinadas colinas que se alzaban en el Bosque del Sur. Era un espacio despejado y herboso rodeado de árboles y rocas. Lluvia dejó su bambú en el centro y cogió una ración para ella, se subió a la horcadura de un árbol y se puso cómoda mientras el resto de los pandas Lomaprόspera se reunían allí. Fueron subiendo desde todas las direcciones y ocuparon su lugar en la blanda hierba o en las rocas, hasta que acabaron pareciéndose en cierto modo a una bandada de aves grandes y redondeadas.

Desde su árbol, Lluvia contempló el Reino del Bambú. El sol se estaba poniendo en la boca del río, dejando la mitad del valle en sombras negras y la otra mitad bañada por una resplandeciente luz dorada.

El Bosque del Sur era una serie de onduladas cumbres boscosas que ascendían más y más, hasta terminar desapareciendo entre las nubes. A los pies de Lluvia, hacia el norte, se hallaba el río, y al otro lado del cauce, las afiladas cimas del Bosque del Norte y las Montañas de las Cumbres Blancas.

«Qué grande es el mundo… —pensó Lluvia—. Supongo que jamás podré saber con seguridad si el Dragón está de verdad en alguna parte…».

Se sintió un poco culpable al ver cómo Ocaso Bosqueprofundo subía la pendiente acompañado de la anciana Bruma. Al verlo aparecer por primera vez, aunque el aire vibraba con la emoción de los demás pandas, ella no se había sentido muy impresionada. Para empezar, sus tretas con los cachorros ya no funcionarían… Y encima tendría que admitir ante Guijarro que se había

equivocado. Sabía que todo aquello era un tanto mezquino, pero no podía evitar que le escociera un poco.

Aun así, se inclinó hacia delante con curiosidad mientras Ocaso seleccionaba un manojo de bambú del montón y se sentaba en el centro del claro, a esperar a que los demás pandas se acomodaran a su alrededor.

¿Qué diría? ¿Dónde había estado?

Finalmente, en el claro se hizo el silencio. Por lo general, uno de los pandas de más edad de Lomapróspera, Bruma o Chubasco, recitaba la bendición. Pero en aquel banquete no iba a hacerlo ninguno de los dos. Ocaso, muy educado, permaneció en silencio hasta que fue evidente que todos esperaban que hablara él. Entonces alzó su bambú y miró al cielo.

—En el Banquete de la Luz Agonizante, tus humildes pandas se inclinan ante ti. Gracias por el regalo del bambú y por la amabilidad que nos concedes.

En otras circunstancias, la última palabra habría sido la señal para que el claro de los banquetes se hubiera llenado del sonido del bambú al crujir y partirse, mientras los pandas devoraban su deliciosa comida; en aquel momento, sin embargo, todos parecieron vacilar. Incluso Lluvia se detuvo un poco antes de llevarse las hojas verdes a la boca y comenzar a arrancarlas despacio.

—¡Venga, comed! —se rió Ocaso—. Al Dragón no le gustaría que pasaseis hambre.

Al oír aquellas palabras, los pandas empezaron a comerse el bambú, aunque Lluvia pensó que muchos intentaban hacerlo más silenciosamente de lo normal.

—Portavoz —dijo Horizonte rompiendo una caña para que Piña la mascara—, ya no podemos aguantar el suspense. ¿No vas a contarnos tu historia?

—Sí, por favor, portavoz del Dragón —se sumó Laurel, y varios más asintieron con la boca llena.

Azalea se inclinó tanto en su roca que estuvo a punto de caerse.

—Creo que tendré que haceros un resumen —respondió Ocaso—. Tardaría cuatro estaciones en relatar todo lo que me ha sucedido.

Hizo una pausa, y el claro de los banquetes pareció contener la respiración.

—Debería empezar por los días previos a la inundación, pero lo cierto es que, antes de que llegaran las lluvias y las montañas temblaran, todo era bastante normal. Cuando ocurrió, mi hermano Vespertino y yo estábamos paseando juntos… como hacíamos a veces, aunque su territorio estaba muy

lejos. Vimos que las Cumbres Blancas se resquebrajaban y que la ola blanca comenzaba a descender hacia el río. Vimos el cielo oscurecerse y abrirse, y que la gran riada se alzaba para encontrarse con nosotros. Nos atrapó a los dos. Y me separó de golpe de mi hermano, que… —Ocaso enmudeció, cabizbajo—. Pobre Vespertino. Se lo llevó el río. Se ahogó…

Un coro de suspiros recorrió el claro, y muchos de los pandas bajaron la cabeza y dejaron de comer. Lluvia miró de reojo a Guijarro. Su amigo tenía los ojos fijos en Ocaso, dilatados y húmedos, y había olvidado el bambú en su regazo. Muchos de ellos habían perdido familia y amigos en la inundación, pero la historia de Ocaso era tan similar a la de Guijarro que espantaba…

El portavoz cerró los ojos un instante y, poco después, volvió a abrirlos.

—A mí también me arrastró el agua, pero no me ahogué. Terminé tirado en una orilla a muchísima distancia de aquí. No sabía dónde estaba ni lo que había sucedido, pero intuía que todos debíais de estar sufriendo, que todo el Reino del Bambú estaría en apuros, de modo que me puse en marcha con la intención de regresar a vuestro lado. Aunque tenía por delante muchas aventuras y obstáculos…

Hizo una pausa para dar un gran bocado a las hojas de bambú. En cuanto se terminó el tallo, uno de los pandas se apresuró a coger el más fresco que quedaba en el montón y se lo tendió. El portavoz le dio las gracias y siguió masticando pensativo un rato más.

—¿Sabéis? Por entonces, muchos de los animales que habían resultado heridos por la inundación nos culpaban a nosotros. Me culpaban a mí. No podían aceptar que yo tampoco tuviese ni idea de lo que se avecinaba, así que me atacaban a cada paso. Leopardos, un grupo de takines, incluso una bandada de cuervos intentó mantenerme alejado de vosotros. Los leopardos me hicieron esto. —Se retorció para mostrar una cicatriz larga y pálida que le surcaba el costado—. Por suerte, el Gran Dragón me dio la fuerza necesaria para enfrentarme a todos ellos y escapar.

Se terminó el siguiente puñado de bambú y varios pandas se dispusieron a levantarse para volver a llenarle el regazo, pero Guijarro casi voló hasta el montón del centro del claro y fue el primero en llegar junto a Ocaso.

—Gracias, joven… ¿Cómo te llamas? —le preguntó el portavoz ladeando la cabeza.

—¡Oh! Gui-Guijarro, portavoz —tartamudeó él.

—Gracias, Guijarro.

Lluvia no pudo evitar chasquear la lengua mientras su amigo regresaba a su sitio. No cabía duda de que el portavoz del Dragón era impresionante, con

esas historias tremendas sobre sus encuentros cercanos a la muerte con leopardos y todo eso, pero que Guijarro temblara de emoción al oír cómo pronunciaba su nombre le pareció bastante ridículo.

Ocaso siguió relatando largos ascensos a cimas nevadas, peleas con pequeños pero feroces manules en lo más hondo del bosque y muchos banquetes perdidos en sus, en apariencia, esfuerzos incansables por regresar a Lomapróspera. Los pandas reunidos soltaban gritos ahogados en los momentos más vívidos, y algunos se habían olvidado incluso de su propio bambú, de tan embelesados que estaban con aquel dramático relato.

Lluvia, pensativa, no dejó de comer.

Todo aquello le parecía un poco raro. Esa misma mañana estaba jugando a ser la portavoz del Dragón para los cachorros… bueno, para su propio provecho, aunque sabía que Anuro y Piña también disfrutaban con la representación de sus «visiones». Y ahora estaba allí el portavoz auténtico. ¿Significaba eso que el Dragón también era real? Pero si de verdad existía un Dragón y si era cierto que Ocaso tenía una conexión especial con él, entonces ¿por qué no había sabido que iba a producirse la inundación?

Obviamente, ese estúpido mono de cara azul no tenía razón, o no del todo, pero…

—Creo que ya he hablado suficiente de mí —dijo Ocaso justo en ese momento—. ¡Más que suficiente, de hecho! Lo único que importa ahora es que estoy en casa.

—¡Cierto! —respondieron a coro varios pandas, mientras otros rugían y pateaban el suelo con aprobación.

Ocaso levantó las zarpas y todos enmudecieron. Lluvia parpadeó sorprendida y luego siguió masticando su último tallo. Conseguir que los pandas de Lomapróspera se callaran con un simple gesto… ése sí que sería un poder magnífico.

—Estoy en casa —repitió el portavoz—, con mis amados pandas. Y veo que todos vosotros estáis sufriendo como he sufrido yo. Dejadme aliviar vuestro dolor. Contadme vuestras historias. Quiero oír cómo sobrevivisteis a la inundación todos y cada uno de vosotros, y también qué perdisteis. De esa forma podremos empezar a curarnos juntos.

Lluvia soltó un resoplido. Eso era lo último que le apetecía hacer para pasar la Luz Agonizante. Sobre todo porque ella había nacido justo en ese momento. ¿Cuál iba a ser su historia? «Nací. Todo estaba mojado. Luego me sequé…».

No. Iba a tener que quedarse allí sentada sin decir nada, mientras el resto de los pandas explicaban las cosas horribles que les habían pasado. Se rebulló incómoda en su árbol y miró alrededor. De repente, todos parecían muy solemnes. Quizá Ocaso tuviera razón y aquello sirviese para que se sintieran mejor. Ella podía quedarse quieta y en silencio, si hacía falta.

El primero en hablar fue Ciprés, que se situó al borde de la roca en la que descansaba y miró a los pandas que tenía alrededor.

—Bueno, mmm… Cuando sucedió, yo me encontraba en mi territorio, en lo alto de las montañas. El suelo se estremeció. Casi me aplastó un desprendimiento de rocas y entonces comenzó a llover.

Narró la caída en la que se había roto una pata y cómo encontró el camino a Lomapróspera cuando cesaron las lluvias, y explicó que allí los demás pandas lo habían ayudado a recuperarse.

—¿Y qué hay de tu familia, de los demás pandas? —quiso saber Ocaso.

—Mi hermana mayor, Cidra, era mi única familia. No he vuelto a verla desde la riada. Creo… creo que está muerta. Pero quizá, ahora que por fin nos has encontrado… quizá…

—Gracias por tu historia, Ciprés —dijo Ocaso—. ¿Quién quiere ser el siguiente en compartir la suya?

Uno tras otro, los pandas dieron un paso adelante, excepto los que, como Lluvia, Piña y Anuro, eran demasiado jóvenes para recordar la inundación. Los relatos tenían mucho en común: pendientes resbaladizas, ascensos peligrosos, encuentros con animales despavoridos, fiebres que parecía que iban a ser letales o que lo habían sido en algunos casos… Lluvia escuchó con el corazón encogido historias de familiares desaparecidos y cachorros muertos, y Guijarro también contó su tragedia y describió la muerte de Peñón en la espantosa subida de las aguas.

Cuando llegó el turno de Peonía, Lluvia fue toda oídos. En realidad, su madre nunca había hablado de lo sucedido.

—Yo estaba embarazada —empezó Peonía—. Y mi pareja… murió. —Se aclaró la garganta, y Lluvia sintió una dolorosa punzada de tristeza: no había conocido a su padre y nunca lo había añorado de verdad, pero le dolía ver cuánto sufría aún su madre sólo con mencionarlo—. Pensaba que no podría escapar de ninguna manera, pero seguí ascendiendo más y más. Y después de la inundación, llegó mi preciosa Lluvia —añadió, lanzándole una mirada amorosa a su hija—. Sana y salva.

Ocaso negó con la cabeza.

—Debe de haber sido muy duro —se compadeció, mirando a Lluvia—. La generación más joven es una auténtica bendición. Cuéntame, Peonía, ¿había más osas embarazadas en aquel entonces?

—Una o dos, creo —respondió ella—. La única a la que conocía era una panda cuyo territorio bordeaba el mío. Desapareció. Encontré el cadáver de su pareja en la orilla.

—Pero ella podría seguir ahí fuera… —repuso Ocaso pensativo—. Y también su cría, o sus crías. ¿No sería maravilloso que llegáramos a encontrarlos? ¿Y si pudiéramos encontrar a nuestros parientes desaparecidos?

Todos los pandas asintieron con firmeza. Lluvia también, pero lo hizo con un hormigueo de incomodidad. Era obvio que quería que la amiga de su madre y su cachorro estuvieran vivos, pero ¿de verdad era una buena idea hacer creer a los pandas de Lomaprόspera que todos sus desaparecidos podrían estar en alguna parte? ¿Y qué pasaba con los que sabían que sus seres queridos jamás regresarían a casa? ¿Qué pasaba con Guijarro?

El montón de bambú había quedado reducido a unos pocos tallos secos y desperdigados; a Lluvia le habría gustado buscar un sitio cómodo para echar un sueñecito antes del Banquete de la Salida de la Luna, pero percibió que los demás seguían esperando algo, así que no se movió.

—Portavoz —dijo Chubasco—, ¿todavía puedes hablar con el Dragón? ¿Tiene algún consejo para nosotros?

—Por favor —se sumó Horizonte, y varios más alzaron la voz con aprobación—. Por favor, ¿tienes alguna profecía que compartir?

Ocaso se recostó y cerró los ojos despacio. Lluvia se inclinó tanto hacia delante que le resbaló una pata y estuvo a punto de caerse del árbol. ¿Aquello iba en serio? ¿De verdad iba a ver cómo el portavoz del Dragón recibía una visión?

Con los ojos cerrados, Ocaso plantó las patas delanteras en el suelo y hundió las garras en la tierra. Se quedó inmóvil, respirando apenas, como si estuviera esculpido en piedra. Los pandas que lo rodeaban estaban casi tan quietos como él, aunque algunos se mordían las uñas o se rascaban la barriga con expectación.

Lluvia mantuvo la mirada fija en el rostro del viejo panda, y él abrió los ojos tan de repente que la osezna se sobresaltó. ¿Se lo estaba imaginando o a Ocaso le brillaban los ojos más de lo que deberían? Desde luego, los tenía dilatados y llenos de algo semejante al asombro.

El portavoz levantó la zarpa izquierda, en la que sostenía algo que centelleaba como la luz en su mirada. Era una piedra azul, minúscula y

perfectamente redonda.

Bruma soltó un respingo.

—La Piedra Visionaria… —susurró—. A pesar de todo lo que has pasado… ¡todavía la tienes!

Lluvia miró confundida a Peonía, que se alzó junto al tronco del árbol para decirle al oído:

—Los portavoces del Dragón siempre han llevado la Piedra Visionaria. Es muy antigua y muy poderosa… ¡Procede de la cueva en la que vive el Gran Dragón!

«¿Y dónde está esa cueva?», pensó Lluvia. Pero, antes de que pudiera preguntárselo a su madre, Ocaso volvió a hablar sin soltar la esfera azul.

—La Piedra Visionaria me ha transmitido la voluntad del Dragón —anunció; luego sonrió y se le arrugaron los ojos de pura felicidad—. El Gran Dragón está satisfecho. Ya estáis en el buen camino. Cuando todos los pandas se hayan reunido, cruzaremos las aguas juntos.

Varios pandas dejaron escapar unos gritos estrangulados, y Chubasco se sentó con tanta fuerza que estuvo a punto de caerse de espaldas.

—¿Has oído eso? —le susurró Ciprés a Horizonte—. El Dragón quiere que nos reunamos. ¡Algunos de los desaparecidos deben de estar ahí fuera!

—Si Cidra sigue viva, la encontraremos —le respondió Horizonte a su pareja, restregándole el hocico contra la mejilla.

—¡El Gran Dragón ha vuelto a hablar! —exclamó Bruma, levantándose con las patas algo temblorosas—. Gracias, portavoz del Dragón.

Lluvia estaba sentada en la rama de un árbol que se extendía por encima del agua, contemplando el reflejo de la luna en los lomos moteados de oro de las carpas del arroyo. Se concentró mientras esperaba el momento justo… y de repente introdujo una zarpa en el agua y sacó un pez. Lo sostuvo en alto, triunfal, durante un segundo, y luego dejó que se deslizara de nuevo en el arroyo.

—Esta vez estás a salvo —dijo mirando las oscuras aguas—. Hoy no tengo tanta hambre como para comer pescado. Pero podría comerte si quisiera.

—¡Puaj! —sonó la voz de Guijarro a sus espaldas.

Lluvia se giró y vio salir a su amigo de entre las sombras de los árboles, a la luz de la luna.

—El pescado no está mal —contestó la joven panda—. No es bambú, pero me gusta cómo sabe a río.

Guijarro se acercó a la orilla. Las partes blancas de su pelo parecieron resplandecer cuando contempló los ondulantes reflejos en el agua y luego el cielo iluminado por las estrellas.

—¿No es asombroso? —preguntó.

Lluvia vaciló, pero adivinó enseguida que su amigo no hablaba del sabor del pescado.

—Es tan sabio… —continuó Guijarro—. ¿Y has visto la cicatriz? Hay que ser muy valiente para escapar de esos leopardos. Y entiende de verdad las cosas, ¿sabes? Me refiero a lo de mi hermano…

Se quedó en silencio, y aunque Lluvia le dedicó una mirada comprensiva, descubrió que sus pensamientos eran un poco menos sinceros.

«Somos muchos los que hemos perdido familiares. Él no es el único… —Eso fue lo primero que le vino a la cabeza, pero era consciente de que no sería muy considerado decirlo en voz alta—. Para Guijarro debe de ser reconfortante sentir que alguien tan importante comparte su tristeza…».

Lluvia miró hacia el río. La orilla opuesta ya no era visible, envuelta como estaba en la oscuridad.

—¿Por qué crees que el Dragón quiere que crucemos al otro lado?

—¿Hum? —respondió Guijarro, como si hubiera interrumpido sus pensamientos.

—Bueno, según Ocaso, el Dragón ha dicho que, cuando nos reunamos todos de nuevo, tendremos que cruzar juntos las aguas, ¿no? Pero el bosque del otro lado no parece gran cosa. Es decir, me gustaría poder ir nadando hasta allí, pero… ¿qué sentido tiene? ¿Y cómo vamos a hacerlo? ¿Formaremos una gran cadena de pandas? ¿Y qué pasa con los cachorros? ¿Y con Bruma y Chubasco? Espero que Ocaso no pretenda que ellos dos crucen también, ¿no?

Guijarro negó con la cabeza.

—Te tomas las cosas demasiado literalmente. Ocaso es el portavoz del Dragón; él sabe de lo que está hablando.

—No lo dudo —contestó Lluvia, aunque, en lo más hondo, una pequeña parte de sí misma, una parte rebelde, sí lo dudaba—. Sólo digo que no sé qué espe…

Se interrumpió. Creyó oír voces justo tras la curva del meandro. Guijarro la miró con extrañeza, pero ella guardó silencio hasta que las percibió de nuevo.

—¿… como había pedido?

¿Era la voz de Ocaso?

—Oh, sí, lo hemos encontrado rápido.

La voz que acababa de responder también le sonó familiar, aunque no estaba segura de dónde la había oído. No parecía de ninguno de los pandas… al igual que el coro de aprobación que siguió.

Lluvia recorrió la rama del árbol y bajó a la orilla. Seguida de Guijarro, que aún parecía algo confundido, avanzó entre la vegetación y subió a una roca desde la que se veía un claro. A sus pies se encontraba Ocaso, el portavoz del Dragón, mirando hacia las ramas del árbol que tenía delante. Al principio, Lluvia no logró ver con quién estaba hablando, pero luego se agachó, pegando la barriga a la roca, al darse cuenta de que las ramas estaban llenas de monos dorados. En la oscuridad, su brillante pelaje casi se fundía con las hojas doradas del ginkgo, pero debía de haber al menos diez, quizá más, todos apiñados y mirando a Ocaso.

—Buen trabajo, Tibias Potentes —dijo el portavoz—. Dámelo.

Uno de los monos se quedó colgando de una rama baja para tenderle un gran manojo de bambú con una floritura. Lluvia entornó los ojos en la penumbra y vio que las hojas estaban cubiertas de rayas verdes más oscuras y más claras, y que cada sección de la caña parecía ser también de un tono distinto.

Tibias Potentes ladeó la cabeza, y Lluvia se dio cuenta de que era el mono con la oreja desgarrada con el que ella había discutido ese mismo día.

Sin embargo, en ese encontronazo, él se había mostrado agresivo y resentido. Se había mofado de la simple idea de que volviese a haber un portavoz del Dragón y de la posibilidad de que alguien escuchase de nuevo a los pandas. ¿Y ahora estaba recogiendo bambú para el portavoz, tan sólo dos banquetes después de su regreso a Lomapróspera?

—Pronto necesitaré más —dijo Ocaso.

—No te preocupes —respondió Tibias Potentes con un guiño—. Te mantendremos bien abastecido. Enhorabuena de nuevo, portavoz del Dragón.

Y dicho eso, el mono se alejó saltando por los árboles. El resto de la tropa aulló de nuevo y se dispersó, y desapareció también en el dosel vegetal.

Ocaso agarró con los dientes el extraño bambú rayado, pero no se lo comió, como Lluvia imaginaba que haría. En vez de eso, se lo llevó hacia las sombras de debajo de los árboles y se esfumó.

—¿Qué está tramando? —se preguntó Lluvia en voz alta.

—¿Tramando? —Guijarro frunció el ceño—. Creo que fingir que eres la portavoz del Dragón te ha trastornado. Ocaso sólo estaba hablando con los monos. Eso es bueno… es lo que debería hacer un portavoz.

—¿Y qué hay del bambú? —repuso Lluvia.

—Parecía sabroso —contestó Guijarro estirándose—. Los monos deben de habérselo traído como regalo de bienvenida.

—¿Qué? ¿Tibias Potentes? —Lluvia se irguió y, con soberbia, añadió—: «Haz esto o el Dragón no volverá a hablar contigo…». ¿Ese Tibias Potentes?

—Mira, Ocaso es el portavoz del Dragón —dijo Guijarro poniéndose en pie y dándole un empujoncito cariñoso—. No te pongas celosa. ¿De verdad te sorprende que las criaturas del Reino del Bambú estén deseosas de congraciarse de nuevo con él? Si Ocaso necesita ese bambú en particular, tendrá una buena razón, ya lo verás. Todo lo que él hace es por el bien del Reino del Bambú. Para eso está el portavoz.

—Sí —repuso Lluvia devolviéndole el empujón—. Quizá comparta ese bambú especial en el Banquete de la Salida de la Luna.

Pero esas palabras se le antojaron huecas.

«¿Es cosa mía? ¿Será que estoy celosa? ¿O de verdad hay algo aquí que no encaja?».

5

La niebla del Bosque del Norte era tan densa esa mañana que Hoja apenas podía ver a los demás pandas del claro. La bruma se enroscaba entre los árboles helándoles el pelo a los osos y, peor aún, ocultándoles los finos y fibrosos brotes de bambú. Fue un banquete ínfimo. Sólo Murta había logrado encontrar una mata de buen tamaño y ya había compartido su fortuna con Jacinta y Carrizo, cuya búsqueda había resultado casi infructuosa.

—Gran Dragón, en el Banquete de la Luz Gris, tus humildes pandas se inclinan ante ti —entonó Maguillo, aunque su voz sonó débil y amortiguada por la niebla—. Gracias por el regalo del bambú y por la sabiduría que nos concedes.

Hoja intentó alargar al máximo su comida, pero se la terminó en apenas unos bocados. El silencio que reinaba en el claro de Airosobosque nada tenía que ver con el de unos pandas felices masticando bambú. La joven osa supuso que probablemente todos estarían pensando lo mismo: si aquella niebla no se disipaba pronto, ¿encontrarían algo que llevarse a la boca en el Banquete de la Luz Dorada? ¿Y en el de la Salida del Sol? Incluso cuando se levantara la niebla, si los brotes eran tan escasos, ¿habría bambú para los banquetes del Sol Alto o la Luz Larga?

—No podemos seguir así —dijo la tía Pruna con firmeza, sobresaltando a Hoja, que estaba absorta en sus cavilaciones.

Varios pandas también dieron un respingo.

—No tenemos elección —repuso Hierba—. El Dragón nos ha abandonado… A menos que escojamos una dirección y empecemos a andar con la esperanza de encontrar un sitio mejor, antes de morirnos de hambre…

Carrizo gimoteó y Jacinta lo atrajo hacia sí fulminando a Hierba con la mirada.

—Estamos envueltos en el aliento del Dragón —empezó Pruna en voz baja; aun así, su tono parecía exigir la atención de todos los pandas del claro —. Esta niebla es una señal. El Dragón quiere que hagamos algo. Yo…

todavía no sé de qué se trata, pero no puedo quedarme aquí sin hacer nada. Debemos intentar averiguar por qué no hay un nuevo portavoz.

Se instaló un largo silencio.

—¿Cómo? —preguntó Enebro al final.

Pruna se sentó sobre las patas traseras y alzó la vista al cielo, como si esperase que el mismísimo Dragón fuera por fin a interceder y a decirle qué hacer. Hoja contuvo la respiración. ¿Y si ocurría precisamente eso? ¿Y si esa vez, justo en ese momento, había una señal…?

Pero no hubo ninguna. Pruna soltó un suspiro y se volvió de nuevo hacia los pandas.

—Iré a la Montaña del Dragón —anunció—. Viajaré hasta la cueva. Y si no recibo una señal durante el camino, me plantaré cara a cara ante el Dragón y le preguntaré qué hacer para arreglar las cosas.

Enebro soltó un gran resoplido y negó con la cabeza.

—Ay, Pruna —dijo Jacinta—. No. Está demasiado lejos, es demasiado peligroso.

—Ningún panda ha ido hasta la cueva… No desde que Ocaso fue elegido —añadió Maguillo.

—Yo creo que… quizá tengas razón. —Enebro se puso en pie—. Alguien debe ir. Pero también creo que, si emprendes ese viaje, tal vez no volvamos a verte, Pruna. Debes estar segura.

—¿Cómo no iba a estarlo? —la vieja panda miró a sus compañeros uno a uno, y sus ojos se detuvieron en los escasos restos de bambú que habían constituido el primer banquete del día.

Hoja escuchaba la conversación con la sensación de que un manantial ardiente burbujeaba en su interior, hasta que, de repente, no pudo contenerlo más. Se levantó de un brinco y cruzó el claro corriendo hacia su tía.

—¡Yo iré contigo! Será más seguro si vamos juntas. Iré contigo y… ¡encontraremos al Dragón!

Pruna la miró con los ojos relucientes.

—Ay, mi dulce Hoja, no.

—¿Qué? ¿Por qué no? —La joven panda se sentó de golpe—. No puedes ir sola. ¿Y si no regresas?

—Justo por eso no puedes venir conmigo. Le prometí a Orquídea que no permitiría que te ocurriera nada. No puedo poner tu vida en peligro de esta forma. Conozco el dolor de perder a un cachorro… Mi Cirro murió justo antes de que Orquídea te dejara conmigo. Yo te crié y te amé tanto como

amaba a Cirro. No soportaría que resultaras herida, ni por Orquídea ni por mí misma.

—Pero no me va a pasar nada… —replicó Hoja, aunque sin mucha convicción, consciente de que aquel argumento era muy pobre frente al dolor de Pruna—. Puedo trepar. Puedo… puedo cuidar de ti.

—Me encanta que quieras cuidarme, pero debo hacer esto sola. —Pruna se inclinó para darle un lametazo entre los ojos. Luego se volvió hacia los demás y apoyó las patas con firmeza en la escasa hierba del claro—. Me pondré en camino antes del Banquete de la Salida del Sol.

Hoja bajó corriendo la ladera del bosque sujetando con fuerza entre los dientes el bambú que había recolectado. El sol estaba saliendo y la niebla había disminuido, aunque todavía quedaban jirones en la parte baja de los valles y entre las rocas más altas.

«No puedo llegar tarde —pensó—. Pruna no se habrá marchado ya, ¿verdad?».

El corazón le dio un brinco de alivio cuando, al frenar en seco al final de la pendiente, vio a su tía rodeada de los demás pandas Airosobosque mientras se despedía de ellos uno por uno, con un toque de nariz o una palmadita en el lomo. La osa rodó por el suelo abriendo los brazos, juguetona, cuando le tocó el turno al pequeño Carrizo, que rugió con su vocecilla y saltó encima de su barriga. Pruna volvió a dejarlo en el suelo con delicadeza y se puso en pie.

Hoja se detuvo en la última fila para recuperar el aliento. No podía imaginar la vida sin su tía, pero Pruna tenía razón: alguien debía buscar respuestas o nadie sobreviviría mucho tiempo más.

Se coló en el círculo de pandas y Pruna se volvió hacia ella.

—Te he traído esto para el viaje —le dijo la joven, dejando el bambú a sus pies.

—Ay, Hoja. —La osa entrechocó la frente con la suya—. Tu madre estaría muy orgullosa de ti. Pero, recuerda, nunca olvides la bendición, aunque el banquete consista en un solo brote. Y acuérdate de lavarte detrás de las orejas, sobre todo después de trepar a los árboles, y escucha a tus mayores. No permitas que esos pandas rojos te lleven a ningún lugar del que no puedas regresar.

—Lo recordaré.

—Volveremos a vernos muy pronto. Cuida de todos ellos por mí —añadió.

Hoja se irguió al máximo mientras Pruna recogía el bambú y emprendía el viaje. El resto de los pandas Airosobosque le desearon lo mejor y luego comenzaron a dispersarse, pero Hoja se quedó mirando a su tía hasta que desapareció por completo tras las rocas y entre los escasos árboles.

A pesar de las palabras tranquilizadoras de Pruna, tenía el corazón encogido. Pero, por el momento, no había nada que ella pudiese hacer.

Necesitaba distraerse un poco, así que echó a andar hacia el río. Se subiría a uno de sus árboles preferidos, junto al agua, y comprobaría que no hubiera movimientos en la orilla opuesta.

Mientras se dirigía hacia allí, oyó un susurro entre la vegetación y luego una voz.

—¡Hoja! ¡Eh, Hoja! ¡Espérame!

Era Rayo. La osezna se detuvo para que su pequeño amigo la alcanzara. No tardó mucho. Los pandas rojos siempre parecían moverse sobre sus patitas mucho más rápido que un panda cuatro veces más grande.

—Me he enterado de lo de Pruna —le dijo Rayo al llegar junto a ella—. Caramba. Es muy valiente.

Hoja asintió y notó que el corazón le pesaba un poco menos.

—Sí que lo es.

Rayo sonrió de oreja a oreja y luego apoyó las patas delanteras en el pecho de su amiga.

—Pruna estará bien —afirmó, y ella asintió, aunque fue incapaz de responder nada—. Venga, venga, Hoja —continuó, y retrocedió para dar unos saltitos—. Tengo que enseñarte una cosa. Río abajo. ¡Te encantará!

Y dicho eso, salió disparado.

Empezó a correr trepando a los árboles y saltando por las rocas, aunque cada pocos pasos se detenía para comprobar que Hoja iba tras él. La joven panda lo seguía, sonriendo. Todo aquello era una treta más que evidente para distraerla, pero, para ser justa con Rayo, estaba funcionando. Tenía suerte de contar con un buen amigo como él.

Rayo la condujo hasta la orilla, al lugar en el que, en vez de piedras o árboles enmarañados que asomaban del río, había una playa abierta y cubierta de guijarros que descendía con suavidad hasta el agua. Al llegar vieron a un puñado de pandas rojos. Hoja reconoció a Brinco, además de a algunos de los adultos cuyo nombre desconocía. Zambullida Nadador estaba sentada en una roca de los bajíos, sacudiendo la cola de un lado a otro mientras contemplaba el agua.

—¿Todavía están buscando la forma de cruzar? —le preguntó Hoja a Rayo—. ¿Incluso después de lo que le pasó a Buceador?

—Sobre todo por eso —le respondió su amigo, que, bajando la voz, añadió—: Zambullida quiere hacerlo en su honor. Además, nosotros no nos damos por vencidos. Si el Gran Dragón no puede ayudarnos, nos ayudamos nosotros. Así hacemos las cosas los pandas rojos —dijo con un guiño, orgulloso—. ¡Y hoy podría ser el día! ¡Mira!

Se acercó hasta el borde y señaló con una de sus negras patitas delanteras. Hoja miró hacia donde le indicaba y, de repente, notó el corazón tan ligero como el aire. Un enorme y viejo tronco de bambú, casi tan ancho como el cuerpo de Rayo, había caído a la orilla y sobresalía por encima de la veloz corriente central del río.

—Es cierto que no llega hasta el otro lado… —dijo Rayo.

—Pero sería un buen comienzo. Nos llevaría por encima de las peores corrientes. ¡Podríamos lograrlo!

Hoja salió disparada hacia las rocas en las que sobresalía la base del bambú, que tenía las raíces todavía clavadas con firmeza en la tierra. Rayo corrió tras ella y Zambullida se les unió trepando también para inspeccionar la longitud del tronco.

La joven panda sintió un cosquilleo en el estómago, como cuando el viento sacude las ramas. «¿De verdad puedo hacerlo?». Se inclinó hacia delante, posando con cuidado una zarpa en el bambú. El grueso tallo crujió un poco, pero no se movió.

—Voy a ir —anunció—. Si logro cruzar, tal vez encuentre a mi madre… Tengo que intentarlo.

—Voy contigo —respondió Rayo volviéndose hacia Glotona, que asintió con solemnidad.

—Les contaré a los Trepador dónde estás —le dijo ella—. Buena suerte.

Rayo alzó la cola a modo de despedida y se encaramó al tronco de bambú detrás de Hoja.

La joven panda miró por encima de las veloces aguas y tomó aire despacio para calmarse.

«Recuerda que eres una panda —se dijo—. Avanza con seguridad, sé fuerte. Lo conseguirás…».

Se afianzó y comenzó a andar por encima del río.

El bambú crujía y se balanceaba un poco con cada paso, pero parecía resistir. Hoja se dijo que era lo mismo que trepar, sólo que en una dirección

diferente: un paso detrás de otro, buscando asideros en la lisa superficie del bambú y sin mirar abajo.

—¿Sigues conmigo? —le preguntó a Rayo sin girarse, pues ese simple movimiento bastaría para hacerle perder el equilibrio.

—Sí, sí, sigo aquí —contestó él.

Al principio, el tronco estaba suspendido por encima del agua, a una distancia de un par de osos, pero el peso de los dos amigos lo dobló un poco. Aun así, Hoja sabía que un bambú tan viejo y grueso podría soportar bastante presión. Y sí, los sostuvo a ambos hasta que alcanzaron poco más de la mitad del río. Pero justo entonces el tronco se volvía más fino, y Hoja se aferró a los lados con las garras mientras el bambú se combaba hacia las frías aguas.

—Ya no falta mucho… —le susurró a su amigo—. Luego tendremos que seguir a nado.

La orilla opuesta parecía estar tan cerca que Hoja casi notaba en las zarpas la tierra blanda y musgosa. Sería duro nadar hasta allí, pero podía hacerlo, y en cuanto llegara seguro que no le costaría encontrar a Orquídea y a su gemelo…

Sin embargo, el bambú dio de repente una sacudida hacia abajo. A uno y otro lado del río resonó un craaaaaac, y Hoja se agachó y clavó aún más las garras en el tronco, que se inclinó balanceándose debajo de ella.

—¡Hoja! —exclamó Rayo con la voz estrangulada—. ¡Es…!

El agua se alzó para recibirlos y la frase de Rayo se cortó cuando los dos amigos y el tronco se hundieron en el río. La joven panda se quedó empapada al instante. El agua la rodeaba por todas partes mientras el bambú rodaba y cabeceaba en la corriente, pero Hoja se aferró a él con todas sus fuerzas.

Por fin logró sacar la cabeza el tiempo suficiente para soltar un rugido de pavor.

—¡Rayo!

Miró hacia atrás con miedo de ver el cuerpecillo de su amigo hundido en la corriente, pero Rayo también había logrado mantenerse agarrado al bambú, aunque estaba medio sumergido. El tronco se había soltado por completo de la orilla, y Hoja vio grietas en la madera y también los extremos de las raíces… Entonces se dio cuenta de que estaban flotando río abajo, empujados por las corrientes. La playa, Zambullida, Airosobosque al completo… todo se alejaba deprisa tras ellos.

—¡Tenemos que soltar esta cosa! —chilló Rayo.

Hoja intentó mirar hacia delante, pero tuvo que escupir agua cuando otra ola le pasó por encima de la cabeza.

«Por los nueve banquetes —pensó desesperada—, ¡en la montaña con Pruna no habría corrido tanto peligro! Le he prometido que tendría cuidado y ahora…».

Sin embargo, no había tiempo para reprenderse. Sabía que más adelante unas rocas afiladas dividían el río en rápidos turbulentos. Si no podían parar antes de llegar allí…

—¡Retrocede! —le gritó a Rayo—. ¡Vuelve al extremo más grueso!

Su amigo dio media vuelta, aferrándose al tronco con sus ágiles patas, y comenzó a dar marcha atrás a duras penas. Para seguirlo, Hoja tuvo que sumergir las patas traseras y luego avanzar agarrándose con las delanteras, apuntando al cielo con la nariz para mantenerla fuera del agua.

«Si nos acercamos más a la orilla del norte, quizá podamos alcanzarla nadando —pensó—. ¡Tenemos que intentarlo!».

—¡Aquí! ¡Panda! ¡Aquí! —exclamó una voz por encima de Hoja.

Ella levantó la vista parpadeando contra el agua. Dos pequeñas figuras iban saltando de rama en rama por los árboles que crecían a lo largo de la orilla del norte. Una de ellas saltó desplegando la piel que le unía los brazos y las patas, y planeó hasta el tronco siguiente.

¡Ardillas voladoras!

—¡Viene una raíz! —les gritó una de ellas—. ¡Agarradla!

Hoja miró por encima del bambú y la vio. Estaba en un recodo del río, donde las rocas y las raíces de los árboles sobresalían en una maraña colgante.

—¡Rayo, salta a por ella! —rugió la joven panda—. ¡Vamos!

Rayo tensó los músculos, corrió por el tronco de bambú, saltó… y se deslizó por el aire casi como la ardilla voladora. Sus patas delanteras chocaron con la raíz y él dio vueltas por el aire hasta aterrizar desmadejado en la orilla.

«Ahora o nunca», pensó Hoja. Se separó del bambú tratando de impulsarse lo más cerca posible de las raíces… y supo de inmediato que iba a quedarse corta. El agua la arrastraba hacia abajo, así que tomó aire y se sumergió, propulsándose hacia el fondo. Hizo un esfuerzo por abrir los ojos y vio las raíces desplegándose más adelante. Con unas brazadas que parecieron consumir todas sus energías, luchó contra la corriente para alcanzarlas. Notó una opresión en el pecho y fue presa del pánico, pero entonces sus garras se encontraron con las raíces y comenzó a trepar.

Cuando sacó la nariz a la superficie, por poco le dio un cabezazo a Rayo, que la miraba desde el extremo de las raíces enredadas. El panda rojo soltó un grito y retrocedió.

—¡Hoja! ¡Estás viva! ¡Lo has conseguido!

Le agarró una de las patas delanteras mientras ella se izaba hasta suelo firme y, aunque era demasiado pequeño para sostenerla, Hoja agradeció su intento de ayudarla.

—Hemos visto cómo te hundías. ¡Creía que te habías ahogado! —exclamó su amigo.

—Lo he conseguido… —confirmó ella, resollando y escupiendo agua.

Se dejó caer de bruces sobre el tronco del árbol que los había salvado, tratando de recuperar el aliento.

—Menudo par de idiotas… —soltó una voz por encima de ellos.

Al levantar la cabeza, Hoja vio a las ardillas voladoras agarradas al tronco bocabajo.

—¿De verdad pensabais que podríais llegar al otro lado? —preguntó otra.

—Está demasiado lejos. —La primera miró a Hoja negando con la cabeza —. Sobre todo para un panda. No te ofendas, jovencita, pero si ni siquiera nosotras podemos alcanzar la otra orilla volando, ¿cómo va a lograrlo una osa tan grande como tú?

—Ya os podéis ir acostumbrando a vivir en el Bosque del Norte… Los dos —añadió la segunda, mientras empezaba a trepar por el tronco—. Porque nunca saldréis de aquí.

6

La Sima Interminable.

Fantasma pisoteó la nieve hasta formar con ella una repisa compacta mientras contemplaba las profundidades de la grieta. No tenía palabras para lo grande que era. Calculaba que veinte leopardos seguidos cubrirían la distancia de un lado a otro, pero, en cuanto a la caída… era incapaz de hacerse una idea.

La hendidura en la montaña era tan profunda que ni siquiera la nieve parecía llegar al fondo. Unas capas enormes se amontonaban contra las paredes irregulares, pero, en el abismo, lo único que Fantasma lograba ver era oscuridad.

—¡Uauuu! —exclamó Astilla con un hilo de voz, acercándose más a Fantasma—. ¿De… de verdad podemos saltar eso?

—Cuando estemos preparados —respondió él en un susurro.

—Mirad —dijo Cellisca con la voz algo temblorosa—. Ahí está la columna…

Al principio, Fantasma no la vio. Sus ojos sólo eran capaces de mirar el profundísimo abismo que se abría a sus pies. Pero al final consiguió enfocar una amplia columna de piedra que se alzaba en mitad de la grieta.

—Así que, en realidad, sólo está la mitad de lejos de lo que parece —continuó Cellisca, irguiéndose y plantando la cola.

Carámbano se sacudió y Fantasma hundió las garras en la nieve con un sobresalto al sentir que cualquier movimiento repentino podría provocar que resbalase y cayera en la oscuridad, aunque se hallase a un leopardo de distancia del borde.

—Está demasiado lejos. —Astilla negó con la cabeza—. Jamás lo lograré.

—Ninguno de nosotros es lo bastante mayor todavía —dijo Carámbano dándole un lametazo tranquilizador en la mejilla—. Algún día estarás preparada.

Fantasma notó un hormigueo en el lomo y una oleada cálida de vergüenza le recorrió el espinazo a pesar del viento gélido.

El aire parecía pesar con las palabras que sus hermanos estaban callando.

Astilla tal vez estaría preparada algún día, pero él…

—¡Venga, vamos a practicar! —exclamó Cellisca.

A Fantasma se le cayó el alma a los pies un poco más cuando su hermana dio media vuelta y se dirigió hacia el laberinto de rocas que sobresalían de los ventisqueros. Había una buena variedad de alturas y distancias, y eran perfectas para que los cachorros practicaran los saltos porque sabían que, al caer, les esperaba una mullida alfombra de nieve. Hibernal decía que, desde que había leopardos en las Cumbres Blancas, que era desde siempre, todos ellos habían saltado la Sima Interminable para demostrar su valía.

Y que, antes de intentarlo, practicaban en las rocas de entrenamiento.

«No te subestimes —se dijo Fantasma tratando de oír la voz de su madre —. Puedes mejorar. Para eso está la práctica…».

Astilla se subió a una de las rocas más bajas y se agazapó moviendo la cola para calcular la distancia hasta la roca siguiente.

—¡Puedes hacerlo! —la animó Carámbano.

Astilla respiró hondo y se elevó por el aire… hasta aterrizar con firmeza sobre la roca, a un leopardo de distancia.

—¡Sí! —exclamó Cellisca—. ¡Así se hace! Ahora prueba con la siguiente… ¡Y no olvides usar la cola para mantener el equilibrio!

Fantasma se dirigió a una de las rocas mientras Cellisca seguía animando a Astilla. Al ver que Carámbano se concentraba en una roca que estaba casi tan lejos como la columna de la Sima Interminable, el cachorro contuvo la respiración mientras su hermano tensaba los músculos y saltaba. ¿De verdad podría hacerlo? ¿Estaba preparado para un salto así?

Por un instante pensó que lo conseguiría, pero Carámbano se quedó corto y se dio de bruces con la nieve, levantando una gran nube blanca a su alrededor. Fantasma reprimió una carcajada mientras su hermano salía de entre la nieve, se daba una buena sacudida y luego se sentaba a lavarse las patas, como si desde el principio hubiera pretendido conseguir aquel resultado.

—¡Venga, Fantasma, ahora tú! —lo animó Astilla.

La cachorrita estaba sentada orgullosa en una nueva roca y contuvo el aliento temblando, pero con los ojos brillantes por estar avanzando a pequeños saltos. Cellisca había ido a practicar a las rocas más altas; había elegido unas de las difíciles, aunque no tanto como la de Carámbano, y salvó la distancia volando por los aires. Aterrizó con torpeza, pero estiró la cola y no perdió el equilibrio.

Fantasma se giró para mirarse su propia cola, o al menos lo intentó. Todos sus hermanos la tenían larga, ancha y peluda, perfecta para mantener el equilibrio. La de Astilla era incluso igual de larga que su cuerpo. Pero la suya era tan corta y regordeta que ni siquiera podía vérsela bien, a menos que se tumbase de costado y se retorciese formando un círculo.

Se subió a una roca y examinó la distancia entre ésta y la siguiente. No estaba muy lejos, y él era mucho más grande que Astilla, tenía las patas más largas y era más fuerte. No había razón para que no pudiera hacerlo.

Clavó la mirada en la roca, se agazapó, tensó los músculos y saltó con toda su potencia.

Por un momento sintió que volaba…

Sin embargo, aterrizó en la nieve. Había conseguido rozar dolorosamente el borde de la roca con las garras, pero no había alcanzado el objetivo con el resto del cuerpo.

Hizo una mueca al oír unas carcajadas burlonas, así que rodó sobre sí mismo para sentarse y se sopló la nieve del hocico sin abrir los ojos. Cómo no: aquellos dos estaban allí para presenciar su fracaso. Quizá, si mantenía los ojos cerrados y no se movía, la nieve acabaría por cubrirlo, así no tendría que volver a enfrentarse a los cachorros de Glacial ni saltar la Sima Interminable.

—¡Cerrad el pico! —bufó Cellisca.

Fantasma abrió un ojo y vio a su hermana descendiendo de una roca.

—¿Has visto a ese bicho raro? —ronroneó Briosa—. ¿Se supone que eso es un salto?

Granizo se tiró al suelo rodando de la risa.

—¡Me parece increíble que esa cosa piense que pertenece a este lugar!

—¡Es que pertenece a este lugar! —gruñó Carámbano sumándose a Cellisca, mientras Fantasma se adelantaba para unirse a ellos.

—Uy, síii, qué miedo me dais —se burló Granizo—. El bicho raro no sabe saltar, no sabe cazar… Seguro que ni siquiera puede correr. —Se puso en pie para encararse con Fantasma—. ¿Puedes correr, bicho raro?

—No le hagas ni caso… —le dijo Carámbano entre dientes.

Pero Fantasma estaba cansado de guardar silencio.

—Claro que puedo —respondió.

—¿Quieres demostrarlo? —Granizo agitó la cola, divertido—. ¿Qué te parece si hacemos una carrera?

—Fantasma… —lo avisó Cellisca, pero él la interrumpió antes de que le dijera que no cayese en la trampa.

—Por mí perfecto.

—¡Oooh! —exclamó Briosa—. Iremos desde esa roca hasta ese pino.

Fantasma no contestó. Se limitó a dirigirse con tranquilidad a la roca y a sentarse para esperar al cachorro de Glacial.

—Puedes hacerlo, hermano —le dijo Astilla mientras Granizo iba a sentarse a su lado.

«Tal vez», pensó Fantasma. El árbol no estaba muy lejos y él era rápido cuando se concentraba.

—¡Listos… ya! —chilló Briosa.

Fantasma saltó hacia delante. Sus pasos resonaron sobre la nieve endurecida con un ritmo atronador, mientras sus fuertes patas lo llevaban más y más deprisa. Se atrevió a desviar un segundo la atención y vio que Granizo iba detrás de él, corriendo penosamente.

Lleno de esperanza, se impulsó todavía con más rapidez…

Sin embargo, cuando estaban apenas a mitad de camino del árbol, comenzó a perder fuelle. Por mucho que se esforzara, los pulmones le ardían y las patas no lograban mantener el ritmo. Granizo lo alcanzó y lo rebasó con facilidad, lanzándole una rociada de nieve en la cara.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó.

Fantasma intentó ignorarlo y siguió corriendo, aunque de pronto, con cada paso, le parecía que la nieve lo dejaba cada vez más pegado al suelo. Granizo se rió de nuevo —¿cómo era capaz de reírse mientras corría de esa forma?— y dio media vuelta para rodear a su contrincante una, dos, tres veces, antes de dirigirse al árbol como si nada.

Fantasma bajó la cabeza. Tal vez hubiera perdido, pero no iba a detenerse. No dejaría que viesen lo cansado que estaba. No…

Sin embargo, su pata chocó contra algo afilado que le hizo trastabillar. El mundo dio una sacudida a su alrededor, como si se hubiese elevado para tirarlo al suelo. Fantasma cayó rodando hasta detenerse en un ventisquero, que al venirse abajo lo cubrió de las orejas a la cola.

—¡Fantasma!

Antes de que pudiera ponerse en pie por sí mismo, sus hermanos corrieron a su lado. Carámbano cavó en la nieve para sacarlo de allí, mientras Cellisca lo olfateaba, nerviosa.

—¿Estás herido?

—No… —respondió Fantasma con la voz ronca, pero le faltaba tanto el aliento que unas luces centelleantes le parpadearon delante de los ojos mientras se levantaba para sacudirse la nieve de encima—. Estoy bien…

—No puede saltar, no puede correr, ¡y ni siquiera puede tenerse en pie! —aulló Briosa canturreando, mientras se acercaba a él de un salto y enseguida se alejaba con otro.

—¡Menudo bicho raro! ¡No corre y no salta! —exclamó Granizo justo cuando estaba fuera de su alcance, lamiéndose una zarpa para lavarse el hocico con ella.

A Fantasma le dolía la pata que se había golpeado contra la roca oculta, pero lo disimuló mientras se acercaba a Granizo para mostrarle los colmillos.

—¿Quieres que te enseñe lo que sí puedo hacer? —rugió.

Briosa dejó de saltar y se unió a Granizo, que siguió hablando en tono despectivo, aunque Fantasma percibió que estaba preocupado.

—Ahora ya no nos encontramos en vuestro territorio… La sima es de todos los leopardos. Tenemos todo el derecho del mundo a estar aquí.

—Y nosotros tenemos todo el derecho del mundo a borraros de la cara esa expresión de superioridad —gruñó Cellisca.

—Seguro que al bicho raro le gustaría que sus hermanos salieran a defenderlo una vez más —se burló Briosa.

—O quizá deberíamos permitir que Fantasma os partiera por la mitad de una dentellada —dijo Astilla—. Porque podría hacerlo, ya lo sabéis. Fantasma tiene unos colmillos capaces de romper rocas.

Antes de que Briosa o Granizo pudieran responder, se oyó un rugido tan estruendoso como el retumbo de un trueno. Los seis cachorros pegaron un salto y se encogieron cuando una hembra de leopardo adulta apareció y les mostró los dientes, sacudiendo la cola con furia.

—¡Mamá! —chilló Granizo corriendo hacia la recién llegada para colocarse entre ella y los cachorros de Hibernal.

—¡Iban a dejar que el bicho raro blanco se nos comiera! —aulló Briosa.

—¡Alejaos de mis hijos! —gruñó Glacial, paseándose de un lado a otro con la mirada clavada en Fantasma.

A pesar de que él ya era casi tan grande como Glacial, ella seguía siendo imponente, con sus dientes afilados, los músculos tensos para saltar y sus enormes zarpas blancas, que dejaban unos surcos profundísimos en la nieve mientras se movía de derecha a izquierda.

Cellisca y Carámbano retrocedieron, y Carámbano empujó a Fantasma y a Astilla para que hicieran lo mismo. Glacial los observaba como si fueran presas, avanzando hacia ellos mientras retrocedían.

—Quizá debería enviaros con la blanda de vuestra madre con una cicatriz o dos —gruñó, mirando a Fantasma con la cabeza ladeada—. Quizá entonces

se daría cuenta de que no perteneces a este lugar. Quedarse con la canija ya es bastante malo, pero el bicho raro blanco… Le dije a Hibernal que no serías más que un problema. Tendría que haberte comido cuando tuvo la ocasión. Ahora, alguien deberá echarte de las Cumbres Blancas para siempre…

—¡Fantasma no se va a ninguna parte!

El desafiante gruñido sonó a sus espaldas, y, al volverse, Fantasma vio a Hibernal. Su madre los contemplaba desde lo alto de un elevado montón de nieve y le mostraba los colmillos a Glacial, con la cola temblando de rabia. Saltó por encima de sus hijos y aterrizó frente a su contrincante, levantando una rociada de nieve que voló directa a la cara de la leoparda.

Glacial rugió y se sacudió la cabeza para quitarse la nieve de los ojos, mientras Hibernal se acercaba a ella, despacio.

—Fantasma es mi hijo y éste es mi hogar —gruñó—. Todos son hijos míos y valen diez veces más que tus pequeños abusones.

—¡Ven aquí y repíteme eso! —bufó Glacial, que seguía limpiándose el hocico.

—¡Con mucho gusto! —respondió Hibernal, saltando hacia ella.

Glacial estaba preparada, y las dos se enzarzaron en una pelea. Hibernal golpeó a su oponente con sus enormes zarpas en la cabeza y en un costado, haciéndola rodar por la nieve.

—¡Dale, mamá! —gritó Granizo, que se había retirado junto con Briosa hasta una distancia segura.

Fantasma era incapaz de hablar, pero contempló en silencio cómo las leopardas se retorcían, se separaban, se movían en círculo y volvían a atacar. Glacial consiguió darle un fuerte golpe en la cara a Hibernal, pero ella echó la cabeza atrás, rugió y le hundió los colmillos en el bíceps.

Fantasma contuvo el aliento. Había visto cazar a su madre, por supuesto, pero jamás la había visto luchar contra otro miembro de su especie.

Glacial se zafó dándole un empujón, y las dos se separaron de un salto. Hibernal se agazapó, lista para atacar, pero no se movió, a la espera de ver qué hacía su contrincante. Glacial se lamió la herida y luego escupió sangre sobre la nieve.

—Podrías matarme —empezó—, pero mis cachorros sobrevivirían sin mi ayuda.

Fantasma miró a Granizo y Briosa, que estaban apretujados el uno contra el otro y se miraban abatidos.

«A mí no me parece que ellos piensen lo mismo…», se dijo.

—Los tuyos, en cambio, necesitan tu protección… —continuó Glacial—; eso está más que claro.

Y dio un paso atrás, relajando los músculos.

Hibernal permaneció tensa unos instantes, esperando a que Glacial retrocediera un poco más. Y finalmente se incorporó, asintiendo.

No dijo nada mientras Glacial daba media vuelta y se marchaba, tras indicarles a Granizo y Briosa que la siguieran; y permaneció completamente inmóvil hasta que los tres desaparecieron tras un ventisquero.

Fantasma se volvió al oír a sus espaldas una vibración aguda. Era Astilla, que estaba gruñendo.

—¡Menuda cobarde! —exclamó la pequeña—. Lo ha dicho como si hubiera decidido dejarte ganar. —Se acercó a su madre y la miró con un gesto interrogante—. ¿Por qué no le has dicho algo?

Hibernal la miró, y su expresión severa se transformó en una sonrisa cálida. Lamió a Astilla entre los ojos con fuerza.

—Porque nosotros somos mejores que ellos. Venga, vámonos a casa.

Fantasma no notó que le doliera demasiado la zarpa mientras caminaban por la espesa nieve, pero, cuando bajaron por la montaña en dirección a la cueva de Hibernal, comenzó a dolerle cada vez más. La cueva estaba oculta en un valle umbrío y resguardado. La nieve no había caído allí en aquella estación y el suelo estaba formado por capas de piedras que se superponían, con hierba agostada y desvaída creciendo entre ellas en pequeñas matas. Por lo general, a Fantasma le resultaba más fácil avanzar sobre las rocas que sobre la nieve, pero aquel día cada paso que daba sobre el duro suelo lo sentía como una puñalada en las almohadillas. Cuando llegaron a la cueva, cojeaba mucho.

—Entremos —le dijo Hibernal con dulzura—. Le echaremos un vistazo a esa pata.

El interior de la gruta era cálido y blando, y estaba alfombrado por el pelo que había desprendido Hibernal durante muchas estaciones. Los cuatro cachorros se dejaron caer en la cómoda guarida, y Cellisca y Carámbano se enroscaron en torno a Astilla, lamiéndose unos a otros para limpiarse hasta el último rastro de nieve.

Fantasma se sentó y levantó la pata delantera, y su madre empezó a lamerle el corte con delicadeza.

—Después yo —ronroneó Carámbano.

—Iréis pasando por turnos —prometió Hibernal con un parpadeo alegre.

Los cachorros podían lavarse solos, pero era mucho más agradable cuando lo hacía su madre. Fantasma suspiró feliz, aunque aún le escocía la almohadilla y notaba que se le movía una de las garras. Una parte de él no querría abandonar aquella cueva jamás. Deseaba ser un buen leopardo y cazar por sí mismo, pero, en ese momento, ni siquiera saltar por encima de la Sima Interminable sería tan bueno como quedarse con Hibernal.

—Ten cuidado con esa pata los próximos días —le dijo su madre—. Se te ha astillado una garra… Y a Glacial no le hagas ni caso —añadió con dulzura —. Envidia nuestro territorio y el hecho de que yo tenga cuatro hijos que llevarán mi nombre por el mundo, cuando ella sólo tiene dos. Los ha convertido en un par de abusones porque teme perder su territorio cuando ellos se marchen de casa.

Fantasma se ovilló y apoyó la barbilla en el costado de Hibernal.

—Lo sé… pero ojalá me dejaran en paz. Ya sé que soy un bicho raro… —continuó con un hilo de voz—. No hace falta que me lo recuerden siempre.

—Tú eres especial —dijo la leoparda con firmeza—. Astilla y tú sois muy especiales. El Felino de las Nieves te trajo hasta mí. Era una noche despejada…

Enroscó la cola alrededor de Fantasma y le lamió las orejas, y él cerró los ojos.

Le gustaba escuchar aquella historia con los ojos cerrados, para imaginársela con más claridad.

—Las estrellas brillaban y la luna era una esfera perfecta. Iluminaba las Montañas de las Cumbres Blancas con tal intensidad que parecía de día. Desde el despeñadero se veían los árboles del bosque meciéndose con la brisa. Incluso oí pájaros cantar, porque creían que ya era por la mañana. Todo estaba muy tranquilo. Era una noche perfecta para que el Felino de las Nieves me trajera a mis perfectos cachorros. Y cuando naciste tú, un rayo de luz de luna bajó hasta aquí y volvió tu pelaje de un blanco puro. Te hizo resplandecer como si tu luz procediera del interior. De inmediato supe que ibas a ser especial.

Astilla, que estaba entre sus otros dos hermanos, se puso en pie y salió de la cueva. A Fantasma se le encogió un poco el corazón. ¿Estaría molesta por la historia que estaba contando Hibernal? Al fin y al cabo, ella también era diferente.

Sin embargo, al regresar poco después, la pequeña se acercó a Fantasma, le lamió la nariz y luego comenzó a darle toquecitos con las zarpas, dejándole manchas de barro iguales que las que ella tenía en el lomo.

—Tú eres especial —dijo la pequeña—, pero no dejas de ser mi hermano. Sabemos que eres uno de los nuestros, aunque esos idiotas de Glacial digan lo contrario.

Fantasma sonrió y sopló en la cara a su hermana, que soltó una risita, como hacía siempre.

Pero, al volver a recostarse contra el costado de su madre, deseó con todas sus fuerzas que sus nuevas manchas no fueran falsas.

«Éstas no me ayudarán a correr, saltar o cazar como un leopardo normal —pensó—. Y no engañarán a Briosa y Granizo… Ellos siempre me verán como a un bicho raro. Porque lo soy».

7

Los pandas de Lomapróspera holgazaneaban en el claro de los banquetes, bañados por la suave luz de la Salida del Sol mientras una agradable brisa soplaba en el Bosque del Sur. Lluvia se introdujo en la boca un puñado enorme de hojas de bambú y las masticó pensativa. Debía admitir que tener al portavoz del Dragón de nuevo entre ellos había proporcionado cierta paz a los pandas. Discutían mucho menos. Incluso los más viejos y cascarrabias parecían comportarse con el portavoz por allí.

«Pero ¿qué pasa con los monos? ¿Y con el bambú rayado?».

Mordió el extremo de una caña mientras reflexionaba sobre lo que había oído el día anterior antes de la Salida de la Luna.

Ocaso no había llevado aquel bambú tan especial al banquete. Y eso no tenía nada de malo. No había norma alguna que dijera que los pandas no podían comer entre banquetes o reservarse un bambú especialmente sabroso para más tarde. Ellos lo hacían todo el tiempo.

«Pero ¿por qué eso no me tranquiliza?», se dijo Lluvia.

De repente, Ocaso lanzó a un lado sus brotes con una resolución que fue casi una floritura.

A su alrededor, todos los pandas del claro se quedaron paralizados por la sorpresa, con la boca llena de bambú o disponiéndose a morder una caña. El brote que Biznaga estaba a punto de comerse se le cayó de las zarpas y rebotó en la roca.

—No puedo hacerlo —suspiró Ocaso—. No puedo tragar ni un bocado más.

Los pandas soltaron un respingo a la vez. El Banquete de la Salida del Sol tan sólo acababa de empezar. Para un panda adulto, que alguien no quisiera comer era algo casi inaudito. Lluvia cambió de posición en la horcadura de su árbol y miró a Ocaso. ¿Estaba enfermo?

—No mientras ahí fuera muchos de nuestros hermanos sigan desaparecidos, expulsados de sus hogares por la inundación, igual que me ocurrió a mí —continuó el portavoz.

Los pandas se relajaron un poco, pero sólo un poco. Parecían más pensativos que abatidos.

—Nos necesitan, amigos míos —prosiguió Ocaso—. Sólo con que haya un panda deambulando por territorio hostil, sin saber si su familia sigue viva…

Lluvia vio cómo Ciprés, Guijarro y algunos otros asentían, y, abstraída, le dio un mordisco a su caña de bambú.

—¡Lluvia! —siseó una voz.

La pequeña panda vio que Peonía la fulminaba con la mirada, apoyada en el tronco de un árbol.

—¿Qué? —respondió con un susurro.

—¡No comas mientras está hablando el portavoz! —le espetó su madre.

Lluvia bajó el bambú despacio, avergonzada, pero también un poco perpleja y molesta. Nunca le habían dicho que no comiera mientras hablaba un panda, pero su madre estaba mirándola como si eso fuese de sentido común.

—Yo estuve completamente perdido —iba diciendo Ocaso—. Y, aunque sólo haya un panda que se sienta como me sentía yo, debemos traerlo, para que viva seguro y feliz. Debemos hacerlo… Y lo haremos. No podemos esperar. En cuanto termine este banquete, iniciaremos la búsqueda.

Se oyeron rugidos de apoyo y aprobación mientras Ocaso recogía su bambú. Los pandas siguieron comiendo. Algunos estaban claramente ansiosos por acabar y ponerse en marcha. Guijarro engulló su puñado de hojas en dos bocados veloces y luego se volvió hacia Lluvia con una enorme sonrisa esperanzada.

Se subió al árbol de su amiga para sentarse en la rama de al lado.

—¿Qué te parece, Lluvia? ¿Y si…? —empezó—. ¿Y si Peñón está vivo? ¿Y si lo encontramos a él, a Cidra y a todos los demás?

A la joven panda le habría encantado alegrarse y emocionarse con su amigo, pero ¿qué posibilidades había de que Peñón estuviera vivo si Guijarro había visto cómo se hundía en el agua arrastrado por la corriente?

—Necesito cuatro voluntarios que encabecen la búsqueda —anunció Ocaso, y de inmediato se adelantaron Ciprés, Biznaga, Ginseng y Lirio—. Cada uno de vosotros se llevará a unos pocos pandas lejos de aquí, cada grupo en una dirección. Buscad cualquier rastro de otros pandas, vivos o muertos. Preguntadles a las criaturas con las que os encontréis. Tendréis que seguir celebrando vuestros banquetes mientras estéis fuera. Si encontráis a un panda,

traedlo con vosotros. Si no, confío en que sepáis cuándo debéis regresar. ¿Está claro?

Los cuatro voluntarios asintieron con solemnidad.

—¡¿Y quién acompañará a estos valientes?! —exclamó Ocaso.

Tras una breve discusión, Horizonte le dio una palmadita cariñosa en la cabeza a Piña y se giró hacia Ocaso.

—Yo iré con mi pareja. Aurora cuidará de Piña mientras estoy fuera.

Y dicho eso, Horizonte se unió a Ciprés, que la miró con una profunda gratitud.

—Yo también iré.

—Y yo.

Granito y Laurel habían hablado a la vez, y Ocaso les indicó con una seña que se acercaran.

—Yo también —anunció Guijarro.

Lluvia se volvió de golpe hacia su amigo, que bajó del árbol para colocarse junto al resto de los voluntarios. Parecía pequeño comparado con los pandas adultos, pero mantuvo el tipo y miró a Ocaso a los ojos.

—Guijarro, ¿verdad? —le preguntó el portavoz del Dragón, y el joven panda pareció perder un poco la compostura al oírlo pronunciar su nombre.

—¡Yo voy con él! —exclamó Lluvia, y bajó del árbol para ir al lado de su amigo—. Iré con Guijarro.

Él le dio un cabezazo cariñoso y agradecido.

Pero Peonía llegó corriendo.

—¡Lluvia! ¿En qué estás pensando? —La osa se volvió hacia Ocaso—. Lo siento mucho, pero es que no son conscientes de lo que están haciendo. Son… demasiado jóvenes. Sé que si la madre de Guijarro estuviera viva, diría lo mismo.

—Pero son lo bastante mayores para tomar decisiones valientes —replicó el portavoz con delicadeza—. Tenéis todo mi respeto, jovencitos. No te preocupes, Peonía; estarán seguros.

—Bien —aceptó ella—, pero tened cuidado. Y no os separéis de los mayores. Y aseguraos de comer lo suficiente. Y…

Mientras su madre hablaba, Lluvia reparó en la mirada penetrante de Ocaso. Parecía que pudiera verla por dentro. ¿Sabía que tenía dudas con respecto a él? ¿Sabía que sólo se había ofrecido voluntaria para cuidar de Guijarro? Ella quería ayudarlo a encontrar a su hermano, pero el plan no la entusiasmaba…

Si el portavoz lo sabía, no pareció importarle.

—Muy bien, entonces —dijo—. Granito, tú irás con Lirio. Vosotros dos y Ciprés y Horizonte podéis dividiros e ir a las montañas, y lo más alto que podáis. Laurel, tú acompaña a Ginseng a lo largo del río, hacia el lugar por el que sale el sol. Y los dos jóvenes héroes pueden irse con Biznaga hacia el lugar donde se pone.

«Oh —se lamentó Lluvia para sus adentros; cómo no: tenía que tocarles Biznaga—. Será mejor que encontremos pronto a algún panda perdido…».

Fue a sentarse al lado de la osa y le dedicó una sonrisa radiante y alegre porque sabía que eso la fastidiaría. Dio en el blanco: Biznaga resopló y miró hacia otro lado con arrogancia.

—Mis valientes pandas. Creo que lo que os disponéis a hacer hoy es la voluntad del Gran Dragón, además de la única manera de garantizar la seguridad de todos los pandas, estén donde estén. Pensaremos en vosotros en todos los banquetes hasta que regreséis con noticias. ¡Que el Gran Dragón guíe vuestros pasos!

—Voy a ir a esa cima —gruñó Biznaga mientras se dirigía a la frontera de Lomaprósperа. Señaló con la nariz un espacio entre los árboles. Entornando los ojos, Lluvia vio en la distancia una montaña alta y escarpada más allá del meandro del río, con las laderas cubiertas de árboles—. Será mejor que no hagáis que me retrase.

—No lo haremos —le aseguró Guijarro—. Mi hermano podría estar en cualquier parte. ¡Yo sólo me detendré para los nueve banquetes!

Biznaga pareció complacida al oírlo. Lluvia los siguió a los dos en silencio. No dejaba de mirar la montaña, que se veía de forma intermitente por los espacios que se abrían entre los árboles. Estaba lo bastante lejos para que la niebla se enroscara en sus faldas y los árboles pareciesen azules y fríos. Y, sin embargo, podían verla incluso desde Lomaprósperа.

«Si allí viven pandas —pensó—, ¿por qué no han venido ya hasta aquí? Si no quieren venir, ¿por qué tendríamos que obligarlos? Y si allí no hay pandas, ¿seguimos adelante? ¿Cuánto tiempo más? ¿Nueve banquetes? ¿Dieciocho? ¿Eternamente? Si regresamos sin un solo panda, ¿Ocaso se enfadará con nosotros?».

Cuanto más caminaban —a lo largo del río, por las laderas, subiendo por rocas y rodeando árboles—, más dudas parecían agolparse en la cabeza de Lluvia. Al final encontraron un lugar donde crecía bambú, y Biznaga anunció

que era la hora del Banquete del Sol Alto. Reclamó para ella los brotes que quedaban más cerca y envió a Lluvia y Guijarro a buscarse los suyos.

Cuando los dos amigos se alejaron de la osa, Lluvia se dio cuenta de que no podría guardarse las dudas para sí misma mucho más tiempo. Esperó hasta estar segura de que Biznaga no podía oírla, y finalmente le dio un empujoncito a su amigo.

—Oye, Guijarro —empezó, tratando de sonar indiferente—, ¿a ti esta misión te parece… rara?

—¿Rara? ¿En qué sentido? —le preguntó él con la boca llena de brotes de bambú.

—Bueno… ahora todos vivimos juntos en Lomapróspera. Pero sólo por la inundación, ¿no? Porque es más seguro, hay bambú de sobra y la tierra sigue siendo poco estable en ciertos lugares. Peonía siempre nos dice eso.

—Sí.

—Pero los pandas más viejos siempre insisten en que antes las cosas iban mejor, cuando cada uno tenía su propio territorio. Si hay pandas ahí fuera, vivos todavía tanto tiempo después de la inundación, y sobreviven bien sin nosotros… ¿no estarán haciendo simplemente lo que se supone que hacen los pandas? ¿Por qué el portavoz del Dragón quiere que los traigamos, cuando esto ya está abarrotado?

Un tanto abatida, Lluvia se dio cuenta de que la expresión de Guijarro se había ido volviendo ceñuda y sombría a medida que ella hablaba. Su amigo soltó las cañas de bambú.

—Escucha, ya sé que no lo entiendes —le soltó—. No podrías. Tú no has perdido a nadie…

Lluvia se sulfuró.

—¡Eh!, no olvides que mi padre también murió. Sé que a Peonía no le gusta mucho hablar de él y que yo era demasiado pequeña para recordar lo que sucedió, pero ¡no puedes decirme que no he perdido a nadie!

—Lo siento… —Guijarro arañó el suelo dejando unos profundos surcos en el mantillo de hojas—. No pretendía decir eso… Pero ésa precisamente es una razón más: si tú creyeras que tu padre podría estar ahí fuera, ¿no querrías encontrarlo? Peñón podría estar vivo, sé que la probabilidad es mínima, no soy idiota. Pero, como has dicho, fuera de aquí reina la inestabilidad. Todavía hay tormentas, desprendimientos de tierra y cosas así. ¿Y si resulta que hay pandas que quieren unirse a nosotros, pero están atrapados o asustados?

—Eso lo comprendo —admitió Lluvia—. Es sólo que… no hay pruebas de que haya otros de los nuestros por ahí.

A Guijarro se le ensombreció la mirada de nuevo.

—¡No puedo creer que sigas pensando que Ocaso está tramando algo! —estalló—. Que tú te pases la vida gastando bromas para librarte de tus obligaciones no significa que todos los pandas sean tan egoístas como tú.

Lluvia se quedó boquiabierta.

—¡Yo no soy egoísta!

—¡Sí que lo eres! Y… y no pasa nada. Puedes vivir tu vida así si quieres, pero no vengas con que el portavoz del Dragón está haciendo algo malo sólo para sentirte mejor por no poder seguir mintiéndoles a los cachorros.

—Eso no es lo que… —empezó Lluvia, pero luego enmudeció.

Se quedó mirando a su mejor amigo, que, plantado delante de ella, acababa de decirle que era una egoísta mentirosa. ¿Cómo se atrevía? No tenía por qué defenderse ante él.

—Mira, si tú quieres creer que hay algún Gran Dragón detrás de todas las cosas y que Ocaso es perfecto y que en esto no hay nada raro, es cosa tuya. Pero te digo que aquí hay algo que no tiene mucho sentido.

—Entonces, ¿por qué has venido? —gruñó él—. Si crees que es un error buscar a otros pandas que pueden necesitar nuestra ayuda…

«Para cuidar de ti, idiota», pensó Lluvia, pero estaba demasiado disgustada para decirlo en voz alta.

—Buena pregunta —contestó devolviéndole el gruñido—. Me marcho. Biznaga y tú podéis seguir con vuestra absurda misión los dos solos. Si quieres, ven a hablar conmigo cuando descubras que tengo razón. —Y dicho eso, giró en redondo y echó a andar a grandes zancadas entre las cañas de bambú, apartándolas mientras avanzaba.

—¡Muy bien! —exclamó Guijarro a sus espaldas—. ¡Y tú podrás disculparte conmigo cuando vuelva con mi hermano!

Lluvia se marchó gruñendo. No pasaba nada. Era mejor así. Si Guijarro iba a estar tan susceptible por sus dudas sobre el portavoz del Dragón, jamás llegarían a esa montaña sin pelearse.

«Que Biznaga y él sigan con su misión, y cuando vuelvan a casa…».

Frenó en seco y apoyó la frente en un tronco.

Cuando volvieran —con Peñón o sin él—, ella le pediría perdón a su amigo. No debería haber dejado que esa discusión se le fuera de las manos.

Continuó andando ladera abajo. No estaba del todo segura de dónde se encontraba, pero, si seguía la pendiente, llegaría al río y se sentiría mejor al meterse en el agua. Como siempre.

Avanzaba pisando con fuerza el musgo blando, irritada consigo misma, pero muchísimo más con Ocaso Bosqueprofundo. En realidad, lo que había sucedido era culpa de él. Ella no estaba equivocada: había algo extraño en el portavoz. Quizá tenía buena intención y quizá fuera bueno explorar el reino en busca de pandas que necesitaran ayuda, pero le molestaba ser la única que parecía dispuesta a hacer las preguntas evidentes. Eso le provocaba un hormigueo en las zarpas, como si tuviera un bicho alojado entre las almohadillas. Y además, todavía quedaba por explicar el asunto de Tibias Potentes y el bambú rayado. Ocaso le había dicho que necesitaría más. «¿Por qué?».

Bueno, de pronto ya no había nada que le impidiera tratar de averiguarlo.

Descendió la ladera deprisa hasta llegar a una roca y un espacio entre los árboles, y vio el río reluciendo bajo el Sol Alto. Entonces se dio cuenta de que se había saltado el banquete, y el estómago se lo reprochó con un rugido. No pasaba nada, comería más tarde. Además, si el resto de los pandas estaban ocupados comiendo, no podrían tropezarse con ella y preguntarle qué estaba haciendo.

Se tomó un momento para orientarse mirando a la orilla opuesta del río. Luego giró a la izquierda y continuó a lo largo de la ladera, con el río siempre a un lado. Y cuando el Sol Alto empezaba a transformarse en Luz Larga, llegó a un pequeño claro junto al agua, rodeado de altos ginkgos y con un gran saliente rocoso a un lado, desde el cual un panda podría escudriñar el claro a escondidas.

Era allí. Ocaso Bosqueprofundo se había reunido con Tibias Potentes y los demás monos dorados en aquel claro.

Lluvia levantó la vista hacia los árboles, de repente recelosa. ¿Aquello que colgaba de una rama era la cola de un mono? ¿Se había movido algo entre las hojas? Pero, al cabo de unos instantes de intensa atención, llegó a la conclusión de que no era más que un zarcillo de hiedra. Estaba sola.

Se colocó en el centro del claro y comenzó a olisquear el suelo. Si tenía suerte, a los monos o a Ocaso se les habría caído algún brote de ese bambú rayado y ella podría examinarlo más de cerca. Captó olor a pandas… olores tenues de los habitantes de Lomaprósperа que habían estado por allí, y el olor, mucho más reciente y todavía poco familiar, del propio Ocaso.

Y también olía a monos y al penetrante y extraño tufo de la fruta que tanto les gustaba comer.

Pero no había ni rastro del bambú. Lluvia trepó incluso a uno de los ginkgos para inspeccionar las ramas, por si alguna hoja se hubiera quedado

atrapada allí, pero no encontró nada.

Resopló para sí mientras bajaba al suelo. Sabía que no iba a ser fácil descubrir qué estaba tramando el portavoz del Dragón, pero esperaba encontrar por esa zona alguna pista, la que fuera.

Se acercó a la orilla y vio una pequeña mata de bambú. Recolectó unos cuantos brotes y se los llevó al borde del agua. Había una pequeña cascada justo al lado del claro, donde las rocas sobresalían del río de un modo que hacía que el agua tuviera que serpentear entre ellas, para luego caer a una poza resguardada antes de unirse de nuevo a la corriente principal. Una fina bruma de agua en suspensión se elevaba de la poza y, con el sol alto, su luz danzaba de forma intermitente sobre las rocas.

Lluvia se sentó en una roca plana junto a la cascada, con los brotes de bambú entre las manos. Abrió la boca para recitar la bendición, pero entonces se detuvo. ¿Para qué iba a hacerlo? Si en realidad no estaba segura de que existiera el Gran Dragón… ¿Por qué iba a darle las gracias por el bambú que había recogido ella misma o por la paz que no sentía en esos momentos?

Recordó a Ocaso alzando su bambú y declamando la bendición, y eso acabó de decidirla. Con un cosquilleo de rebelión, empezó a comerse el bambú disfrutando del silencio que la rodeaba, roto sólo por el suave borboteo de la cascada en la poza. El agua en suspensión se le pegaba al pelo; era agradable y refrescante. Cerró los ojos y disfrutó del sabor fresco y verde del bambú y del chapoteo del agua.

De repente, el chapoteo sonó un poco más fuerte. Y luego muchísimo más fuerte. Lluvia abrió los ojos y los clavó en la cascada. ¿Qué estaba pasando? No parecía que el agua estuviera yendo más deprisa, pero el sonido se había transformado en un rugido, como si el río entero estuviera despeñándose por un precipicio… Entonces, de pronto, el agua en suspensión se tornó cálida. No podía ser sólo el sol calentándole el pelo; era como si el calor brotara de la misma poza.

«¿Qué está ocurriendo?».

Lluvia se asomó por el borde de la roca para mirar mejor, pero retrocedió enseguida cuando una vaharada enorme de vapor caliente le dio en plena cara. El vapor pareció rodearla un instante y luego se movió de una manera en la que jamás había visto moverse el vapor o la niebla. Fue retorciéndose hasta formar una figura larga y fina, que se enroscó en el aire delante de ella. Era gigantesca y de aspecto casi sólido. En el extremo, la columna retorcida se dividió en tres, y los tres cabos se giraron de golpe hacia Lluvia, que de pronto se dio cuenta de lo que eran.

Cabezas reptilianas con volutas de vapor en la barbilla y las orejas, arcoíris relucientes dibujando escamas en el morro, y ojos grandes y arremolinados. Tres cabezas que abrieron la boca y le rugieron, mostrándole unos colmillos hechos de afiladas columnas de vapor abrasador.

Lluvia soltó un alarido y se cayó de espaldas en la roca. Se puso en pie a duras penas para regresar a la parte superior de la roca, pero, al llegar, el aire volvía a ser fresco y la nube de vapor se disipaba suavemente con el viento.

Ya no era más que una nube sin rastro de escamas, colmillos ni cuerpo retorcido.

No había rastro alguno de ningún dragón.

A Lluvia le temblaron las patas cuando se inclinó de nuevo a mirar la poza. Luego observó alrededor, pero nada parecía haber cambiado en el bosque. Y tampoco que hubiera ningún bromista escondido para reírse de ella por haber caído en la trampa.

Poco a poco, su miedo y su conmoción se transformaron en furia. Plantó las zarpas en la roca.

—¿Qué ha sido eso? —exigió saber—. ¡Muéstrate si de verdad estás ahí!

No hubo más respuesta que el borboteo de la pequeña cascada.

—Me he quedado dormida —masculló la joven para sí misma—. Debe de ser eso. Las tonterías de Ocaso me han afectado y he soñado que veía un dragón.

Cuanto más lo pensaba, más comprendía que tenía que tratarse de eso. ¿La poza, de repente, caliente? ¿Un dragón de tres cabezas hecho de vapor? Aquello no podía ser verdad. Resopló desdeñosa y le dio la espalda al río para terminar de comerse su bambú. Era evidente que Ocaso se le había metido en la cabeza, pero ella iba a descubrir qué pasaba con él, aunque fuese la última cosa que hiciera.

8

Hoja se tapó los ojos con las zarpas.

—¡Colina arriba o tras una curva del camino, al final daré contigo! —recitó—. Uno. Dos. Tres…

Oyó risitas y pasos apresurados, y tuvo la tentación de mirar entre las garras para ver dónde estaban ocultándose sus amigos. Pero, por muy divertido que fuera ganar al escondite, siempre era más divertido ganar de forma justa, de modo que contó sin mirar hasta que dejó de oír pasos, luego contó diez más y, finalmente, abrió los ojos.

El Bosque del Norte estaba tranquilo. Hoja no se levantó de inmediato, sino que se quedó mirando y escuchando por si captaba algún movimiento. Sabía que a Volatinero Zapador le gustaba esconderse cerca de quien tenía que descubrir al resto, para burlarse mientras lo veía buscando, pero no captó risitas disimuladas ni olor a barro revuelto entre la vegetación. Esta vez, Volatinero debía de haber elegido otro escondrijo.

Hoja se incorporó y olisqueó el suelo. Seguir el olor de sus amigos no era hacer trampa; parte del juego consistía en intentar disimular el rastro que uno dejaba. Comprobó que Rayo, Volatinero y Brinco habían salido corriendo en una misma dirección, y que Glotona se había separado de inmediato para tomar la dirección opuesta.

La joven panda decidió seguir primero el rastro de Glotona.

Mientras avanzaba por el bosque, olfateando debajo de las rocas y atenta al sonido de las hojas que movía el viento, no pudo evitar pensar en lo que estaría haciendo la tía Pruna en ese preciso momento. No faltaba mucho para la Luz Agonizante. Su tía llevaba fuera casi doce banquetes. ¿Habría logrado encontrar comida para todas esas ocasiones? ¿Cuánto habría recorrido en su camino a las montañas? ¿Estaba todavía en el bosque, o ya había comenzado a trepar por los peñascos pelados que conformaban la falda de las Cumbres Blancas? ¿Tendría frío?

Hoja se sacudió y se concentró en el juego. Era una distracción mucho más segura que su desastroso intento de cruzar el cauce del río —cosa que no

había mencionado al resto de los pandas de Airosobosque—, pero también mucho menos efectiva. No importaba cuánta atención prestara a las huellas en una zona embarrada o a los rincones oscuros de debajo de los arbustos; nada le servía para dejar de preocuparse.

Aunque… ¿qué era aquello que había debajo de un montón de hojas? ¿Se había movido?

Se acercó con sigilo, fingiendo no verlo, hasta que estuvo justo al lado. Luego resopló fingiendo frustración y dio media vuelta.

Sí, a sus espaldas sonó una risita débil.

Hoja se giró en redondo y dio unas palmaditas al risueño montón.

—¡Te he encontrado, Glotona Zapador! —exclamó.

El montón se retorció debajo de su zarpa, y Glotona se incorporó sacudiéndose las hojas del pelo.

—Me has pillado —dijo alegre—. ¿Quieres que te ayude a buscar a los demás?

—Claro.

Las dos regresaron por donde habían venido. Con Glotona saltando a su lado, era más fácil no pensar en la tía Pruna. Alcanzaron una zona de pinos altos, y Hoja se quedó inmóvil al oír algo por encima de su cabeza. No podía ver nada a través de las espesas agujas de pino, pero había percibido movimiento.

—Tal vez sea un pájaro —musitó Glotona—. Puedo trepar con sigilo al árbol de al lado. Si hay alguien ahí arriba, ¡lo atraparé!

—De acuerdo —aprobó Hoja—. Yo esperaré aquí abajo por si intenta cambiar de escondrijo.

Cambiar de escondrijo iba contra las normas, pero todo el mudo coincidía en que a veces era mucho más divertido saltárselas.

Glotona comenzó a ascender por el tronco de un árbol cercano y desapareció entre las ramas, y Hoja fingió que olisqueaba las plantas de alrededor, por si el panda rojo escondido estuviera vigilándola.

De repente, vio algo a poca distancia. Una cola rayada inconfundible asomaba por detrás de un árbol. Hoja sonrió para sí y fue hacia allí en silencio, lista para saltar y sorprender a quien fuera que hubiese sido tan descuidado.

Pero, al aproximarse, captó el olor de algo que la hizo vacilar y detenerse.

Era sangre.

Con el estómago encogido, siguió el rastro dibujando un amplio círculo y rodeó el árbol. Poco a poco fue viendo más partes del panda, como en un

sueño espantoso: la cola, las patas traseras, y luego…

Las patas delanteras y la cabeza estaban a cierta distancia, y en medio no había nada más que un amasijo rojo y mascado.

Hoja se tambaleó, giró la cabeza y cerró los ojos. Se le revolvió el estómago y, por un instante, fue incapaz de volver a mirar.

Sin embargo, cuando el bosque dejó por fin de dar vueltas a su alrededor, la joven panda abrió los ojos de nuevo.

Algo se había comido al panda rojo. Ahora que estaba más cerca, Hoja detectó en el suelo el olor de un depredador… olor a pelo y a cosas muertas.

La joven se sobresaltó al oír un susurro y pasos en lo alto del árbol que tenía al lado. Sus amigos seguían jugando al escondite, sin saber que habían matado a un miembro de su familia. Se le encogió el corazón al oír cómo Glotona exclamaba desde las ramas:

—¡He encontrado a Rayo Trepador!

Haciendo mucho ruido, Glotona y Rayo bajaron al suelo. Rayo empezó a quitarse pinocha del pelo.

—No era un buen escondrijo —se quejó—. Recordadme que no vuelva a escoger un pino.

—Rayo… —comenzó Hoja con un hilo de voz. Pero su amigo no pareció oírla, de modo que ella tragó saliva y se separó del cadáver del panda rojo, echó la cabeza atrás y rugió al cielo—: ¡Dejad ya el juego! ¡Ha pasado algo!

Rayo y Glotona corrieron hacia su amiga, pero frenaron en seco al ver lo que ella estaba mirando.

—¡Por el Gran Dragón! —exclamó Glotona agazapándose en el suelo y tapándose los ojos.

Cuando Rayo se acercó receloso al panda rojo, rozó a Hoja al pasar, y con ese gesto la osa empezó a sentirse un poco mejor.

—Oh, no… —musitó su amigo con la voz quebrada—. Es Garrudo.

Hoja se entristeció por Rayo. Garrudo era un Trepador, uno de los miembros de la extensa familia de su amigo; un tío, si no se equivocaba, o un primo quizá.

—Iré a contárselo a los demás —dijo Glotona, y desapareció en los árboles.

Rayo regresó junto a Hoja y se acurrucó entre sus patas, cubriéndose la nariz con la cola.

—¿Qué crees que ha hecho esto? —preguntó con la voz amortiguada.

—No lo sé —respondió su amiga, dándole un lametazo cariñoso en la coronilla—. Puede que haya bajado un leopardo de las montañas… O quizá se

trate de un oso pardo. Pero no lo sé.

Se quedaron esperando hasta que regresó Glotona, a la que seguían un grupo de pandas rojos Trepador y otros pandas más. Todos rodearon el cadáver de Garrudo, olfateándolo y gimiendo de dolor.

La madre de Rayo, Sagaz, corrió hacia su hijo y le enroscó la cola alrededor de su cuerpo para consolarlo. Sonaron unos crujidos a sus espaldas, y entonces aparecieron también Murta y Maguillo Airosobosque.

—Hemos oído ruido —dijo Murta.

Maguillo se sentó pesadamente al ver el cadáver y soltó un profundo suspiro.

—Así que hay un depredador en el bosque…

—Leopardos —gruñó Brinco, que había llegado con los demás Trepador —. Tiene que ser eso.

—O lobos —respondió Rauda, estremeciéndose de la cabeza a la cola—. En las montañas hay lobos. Y zorros.

Murta se acercó a olfatear el cuerpo ensangrentado de Garrudo y retrocedió.

—Leopardo o lobo, en cualquier caso es grande. Las señales de los colmillos son… bueno, son muy grandes.

Se produjo un silencio asfixiante. Todas las criaturas allí reunidas miraron a su alrededor, nerviosas.

—¡Oh, Gran Dragón! —se lamentó Rauda, sujetando la cola inerte de Garrudo—. ¿Por qué nos has abandonado?

—El Dragón nos ha abandonado —se sumó otro Trepador.

—¡No es cierto! —protestó Hoja—. Siento muchísimo lo de Garrudo, pero Pruna ha ido a la cueva del Dragón; allí encontrará la respuesta. Sé que la encontrará.

Miró a los otros pandas en busca de apoyo, pero ni Murta ni Maguillo fueron capaces de mirarla a los ojos.

Hoja bajó la cabeza y, descorazonada, apenas pudo tragar saliva. «Ay, tía Pruna… tu misión podría ser mucho más urgente de lo que pensábamos…».

—Familia Trepador —empezó Sagaz, alzándose sobre las patas traseras —, no podemos permitir que el miedo por este depredador nos lleve a culpar al Dragón. Celebraremos la vigilia como hacemos con cualquier panda rojo que nos deja. Adelante. —Con delicadeza, separó a la sollozante panda roja de la cola de Garrudo—. Déjalo, Rauda… Vamos… Los depredadores forman parte de la vida, como todo… Y Garrudo ha tenido una buena vida, ¿no?

Hoja supuso que Rauda era la pareja de Garrudo, porque se quedó desmadejada en el suelo sollozando quedamente, y los demás Trepador tuvieron que ayudarla a subir a un árbol.

Ya había oído a Rayo hablar de la vigilia. La extensa familia subía a la copa de los árboles para permanecer allí hasta la Luz Dorada del día siguiente, contemplando las estrellas y recordando la vida del panda rojo al que habían perdido.

Murta y Maguillo se retiraron en silencio y dejaron a los pandas rojos con su vigilia. Hoja restregó el hocico contra la cabeza de Rayo y luego se separó de él para que pudiera trepar con sus parientes. Pero su amigo la detuvo antes de que se marchara; en sus ojos había determinación.

—Esas ardillas se equivocan —le susurró a la joven panda—. Tenemos que encontrar la forma de cruzar el río. Ahora más que nunca. Si en el Bosque del Norte hay un gran depredador, necesitamos encontrar otro territorio. —Miró hacia su madre—. Volveré antes de que empiece la vigilia —le dijo—, quiero ir al río con Hoja.

Sagaz asintió con solemnidad.

—Está bien. Pero… ten cuidado. Esta vez de verdad. No vayas a probar otra vez eso de los bambús flotantes.

Hoja se sintió un poco culpable porque Rayo le había contado a su familia el incidente con el bambú pero ella no. Su amigo le prometió a su madre que no harían nada peligroso y juntos se dirigieron al río.

Se pasearon orilla arriba y orilla abajo entre la Luz Larga y el Descenso del Sol. Rayo cumplió su promesa, pero, por primera vez, parecía tan desesperado como Hoja por encontrar la manera de alcanzar el otro lado del río.

—Éste quizá podría servir —dijo poniendo las patas delanteras sobre un árbol muerto que flotaba enredado en las algas, para darle un empujón; el tronco, no obstante, apenas se movió—. Podríamos cortar las algas con los dientes, y tú podrías empujarlo al río. Estoy seguro de que aguantaría el peso de los dos.

—Pero entonces volveríamos a flotar corriente abajo… —señaló Hoja—. Necesitamos algo con lo que cruzar directamente a la otra orilla. Quizá si encontráramos una enredadera lo bastante larga…

—¿Seguís intentando cruzar el río? —preguntó una vocecilla aguda desde lo alto.

Con un suspiro, Hoja levantó la vista. Las dos ardillas voladoras estaban sentadas en una rama por encima de su cabeza.

—Ya os lo advertimos el otro día —dijo la otra—. No se os da bien escuchar, ¿eh, pandas?

—Antes eran muy inteligentes —comentó la primera dirigiéndose a su amiga, como si Hoja y Rayo no estuviesen allí—. ¿Qué les ha pasado? ¿Es que ya no enseñan a sus cachorros cómo salvar el pellejo?

—¡Eh! —gruñó Rayo—. Dejadnos en paz… ¡Al menos nosotros lo estamos intentando!

—Desde que no tienen portavoz del Dragón, parecen inútiles —continuó la ardilla sin hacer el menor caso a Rayo.

—¡Eh! —bramó él de nuevo—. ¡Cerrad el pico y dejad de meteros con los pandas, o subiré ahí a daros una…!

—Será mejor que nos vayamos, Rayo —dijo Hoja, interponiéndose entre su amigo y las ardillas voladoras—. Ya probaremos en otra ocasión. Tienes que volver, ¿recuerdas? —Bajó la voz—. A mí me da igual lo que digan esas idiotas. Sé que el Dragón está con nosotros y que hacemos todo lo que está en nuestra mano. Venga.

Lo empujó con el hocico, y finalmente Rayo se dio por vencido y dejó que se lo llevara de allí.

—Lo siento —se disculpó su amigo—. Es sólo que, después de lo que le ha ocurrido a Garrudo… deberíamos estar buscando el modo de alejarnos de ese depredador, en vez de aguantar que nos insulten unas ardillas.

—Estaremos bien —lo tranquilizó Hoja mientras caminaban—. Puede que ese depredador sólo estuviera de paso. A estas alturas, algo de ese tamaño estará ya muy lejos de aquí.

—Quizá incluso haya intentado cruzar el río —dijo Rayo, animándose un poco.

De repente, oyeron un susurro delante de ellos y su resolución decayó de inmediato. Hoja sintió un hormigueo en la piel mientras los arbustos se estremecían, pero, antes de que pudiera decir nada, una bandada de aves de un rojo brillante irrumpió en su dirección. Eran faisanes dorados, y corrían de forma precipitada. Sus cabezas amarillas se bamboleaban sobre sus cuellos rayados, e iban ondeando las moteadas y largas colas mientras pisoteaban las hojas. Graznando despavoridos, se dividieron en torno a Hoja y Rayo como si los dos amigos fueran rocas en mitad de la corriente del río.

Antes de comprender la verdad con espanto, Hoja apenas tuvo tiempo de sentirse aliviada por que las aves no fueran una manada de depredadores.

«¡Algo viene hacia aquí!».

—¡Súbete a ese árbol! —le gritó a Rayo antes de correr y saltar hacia el tronco más cercano.

Su amigo iba justo detrás de ella, trepando con sus veloces y pequeñas patas. Corrió por las ramas, saltando entre ellas hasta quedar oculto en una zona frondosa, con la cola bien enroscada alrededor de la rama de debajo. Hoja siguió subiendo por el tronco, usando todos los agarraderos que encontraba. Un instante después, un olor comenzó a filtrarse a través de la brisa, y la joven panda contuvo la respiración y trepó más rápido. Era el olor de la muerte.

«El depredador. Está aquí…».

Por fin encontró una horcadura sólida, a mucha distancia del suelo, y desde allí se atrevió a detenerse y a mirar hacia abajo, procurando mantenerse completamente inmóvil. No sabía dónde estaba Rayo, pero esperaba que se hubiese escondido bien y que no pudieran reconocerlo desde el suelo…

Y entonces lo vio.

No era la primera vez que Hoja veía un leopardo; había visto sólo uno y a bastante distancia, uno que había bajado de las Cumbres Blancas, con su larga cola y su espeso pelaje moteado.

Aquel depredador era como un leopardo, pero, a la vez, completamente distinto. Se movía con la misma elegancia, pero era muchísimo más grande y lustroso, con un pelaje que no ocultaba sus potentes músculos mientras avanzaba por el bosque. Tenía rayas, no motas; unas rayas negras y naranjas tan brillantes como las plumas del cuello de los faisanes dorados, o tal vez incluso más.

A pesar de la evidente fuerza que demostraba con sus movimientos, la criatura pasó sin hacer un solo ruido por debajo del árbol en el que se escondían. La joven panda se horrorizó al comprender que, de no haber sido por los faisanes, no habrían sabido que aquel felino estaba allí hasta haberlo tenido encima. Despedía un olor muy fuerte, pero lo habrían captado demasiado tarde.

«Quizá el pobre Garrudo no supo lo que estaba pasando hasta que este monstruo lo tuvo entre sus fauces», pensó.

La criatura se detuvo justo al pie del árbol y alzó ligeramente una de las patas delanteras. Volvió la cabeza hacia un lado y hacia otro, girando las orejas ribeteadas de negro, y levantó un poco el hocico para olfatear el aire mientras agitaba sus largos bigotes blancos.

A Hoja le retumbaba el corazón, y temió que su respiración fuera lo bastante ruidosa como para delatarla.

«¿Esa cosa puede trepar a los árboles?», se preguntó horrorizada.

Finalmente, la criatura bajó la pata y siguió adelante. Hoja intentó no volver a respirar hasta que la perdió de vista entre los árboles, e incluso después de que hubiera desaparecido fue incapaz de moverse durante un buen rato.

Por fin, vio a Rayo salir de entre las hojas y subir por el tronco para reunirse con ella. Se aferró a la rama de al lado y los dos se miraron abatidos.

—Nadie está a salvo —dijo Hoja al final—. No con esa cosa rondando por aquí. Tenemos que hacer algo.

9

Fantasma observó a las cabras montesas, que mordisqueaban entre los arbustos sin que pareciera que les preocupara mucho la pendiente del escarpado risco en el que se encontraban. Sus enormes cuernos curvados se bamboleaban mientras comían la escasa vegetación que crecía a través de una fina capa de nieve, y eran muchísimo más grandes que la liebre que habían cazado Carámbano y Cellisca. Si lograran atrapar una, la familia entera podría alimentarse durante días.

Se sentía extrañamente optimista ante la idea de cazar una de aquellas cabras. La liebre era rápida y podía desaparecer en la nieve antes de que Fantasma se acercara, pero conseguir una de aquellas criaturas lanudas requeriría tanta fuerza como velocidad, y aunque sus hermanos serían capaces de evitar un golpe de aquellos cuernos, él era el único que podría tumbar una cabra.

Los cuatro cachorros de Hibernal estaban apretujados detrás de un saliente rocoso, estratégicamente situados con el viento a favor para que no los detectase el rebaño, al que observaban con avidez.

«¿Qué mejor forma de demostrarles a Glacial y a sus estúpidos hijos que sí pertenezco a estas montañas?», pensó Fantasma. Sabía que no debía hacerles el menor caso, pero una parte de él deseaba llevar a la cueva de Hibernal la cabra más grande y malencarada del grupo.

Eso les demostraría a todos que él era tan buen leopardo como cualquier otro.

Pero no era lo más inteligente.

—Ésa —les susurró a sus hermanos—. La que está más abajo en la ladera, intentando comerse las hojas de ese arbusto espinoso.

Estaba un poco flaca comparada con las demás, y aun así supondría una buena comida para una familia de leopardos. Parecía mayor. En el escaso y enmarañado pelo del lomo tenía enganchados palitos y hojas. Incluso le temblaban un poco las patas cuando se movía entre las empinadas rocas para

tener un mejor ángulo sobre las hojas del arbusto. En ese momento, estaba de espaldas a los cachorros.

Fantasma oyó la voz de Hibernal en su cabeza: «Cuando llegue la hora de atacar, no esperes».

Tenía que hacerlo. «¡Ahora!».

Salió precipitadamente de detrás de la roca, levantando una rociada de piedrecillas.

—¡Por el Felino de las Nieves…! ¡Fantasma, espera! —bufó Cellisca tras él, pero ya era demasiado tarde.

Fantasma recorría el risco con la vista clavada en el lomo de la cabra. Tenía que saltar antes de que…

Pero era demasiado tarde. Las piedrecillas habían hecho demasiado ruido. La cabra giró en redondo y bramó para avisar a las demás.

—¡Por los colmillos del Felino de las Nieves! —espetó Carámbano, y entonces los tres cachorros salieron de su escondrijo tras su hermano.

Fantasma intentó centrarse en la cabra más vieja. Aún podía conseguirlo…

El animal se irguió y giró sobre las patas traseras, y en ese momento Fantasma comprendió que la había infravalorado. Tal vez fuera mayor, pero no estaba tan endeble como parecía. Se alejó por la pendiente con saltos amplios y firmes, justo cuando Fantasma tuvo que empezar a reducir el paso para no tropezar entre las traicioneras rocas. Sus hermanos lo adelantaron a la carrera, pero el rebaño ya estaba dispersándose, balando de pavor y ahuyentando a cualquier otra presa que pudieran cazar. Una bandada de gorriones echó a volar desde uno de los árboles y se puso a dar vueltas por el aire, piando con desesperación.

Cellisca fue la que estuvo más cerca de pillar a una de las cabras; corría como una centella por el suelo desigual. Sus colmillos se cerraron con un fuerte chasquido a poquísima distancia de una de sus patas. Pero luego las cabras desaparecieron, y los cachorros ni siquiera podían mantener bien el equilibrio para seguirlas a lo largo del risco.

—¡Fantasma! —aulló Cellisca tras detenerse—. ¿Por qué has hecho eso?

—Creía que podría atraparla… —masculló él—. Mamá dice que no hay que desaprovechar la oportunidad de atacar. Pensaba que estaba a mi alcance.

Carámbano puso los ojos en blanco.

—Sí, pero mamá se refiere a… —Enmudeció soltando un profundo suspiro.

Fantasma se quedó de piedra. Sabía perfectamente qué había estado a punto de decir su hermano.

«Mamá se refiere a nosotros, no a ti. Ese consejo es para los cachorros normales. Tú siempre vas a echar a perder la oportunidad».

No se molestó en retar a Carámbano a que lo dijese en voz alta. Los dos sabían a qué se refería. Se limitó a dar media vuelta para subir la ladera, conservando la precaria esperanza de que, en algún sitio, hubiese más presas que no hubieran espantado las cabras.

—¡Fantasma! —lo llamó Cellisca—. Es inútil. Vámonos a casa. Las cabras no volverán a pastar por aquí en mucho tiempo. No pasa nada —añadió cuando él frunció el ceño y hundió las garras en las grietas rocosas.

Sí que pasaba. Jamás aprendería a cazar. Una de dos: o se quedaba a vivir con Hibernal el resto de su vida, alimentándose como un cachorro con las presas que ella cazara, o se moriría de hambre.

Pero Cellisca estaba intentando ser amable, así que Fantasma dio media vuelta y se dirigió a casa sin pronunciar una sola palabra más.

• • •

—Fantasma, entra —maulló Astilla.

Al girarse, Fantasma vio la silueta desdibujada de la pequeña en la boca de la cueva. Sus hermanos habían estado dormitando en la guarida con Hibernal, pero él les había dicho que necesitaba aire fresco y había salido solo.

De pronto, nevaba copiosamente, incluso en la ladera resguardada que había junto a la cueva, y el sol se estaba poniendo lejos de allí, detrás de los espesos bancos de nubes. La nieve se amontonaba en las rocas y una fina y perfecta capa blanca cubría el suelo y los árboles.

—Dentro no se está tan calentito sin ti —se quejó Astilla.

Fantasma sabía que eso no era cierto; su hermana pequeña quería que regresara al interior porque sabía que estaba triste. Pero él no podía volver a entrar.

—Sólo un poco más —le dijo—. Enseguida voy.

Astilla gruñó con preocupación.

—Por favor. Ahí fuera hace mucho frío.

—Yo no tengo frío. Duérmete, no te preocupes —respondió él, tratando de sonar tranquilizador.

La pequeña vaciló, pero finalmente dio media vuelta y regresó a la gruta.

A Fantasma lo alivió que ya no lo estuvieran observando, pero el alivio le duró poco. La angustia que sentía amenazaba con ahogarlo.

«¿Qué voy a hacer? ¿Qué puedo hacer para mejorar?».

Tenía muchísimo miedo de que la respuesta fuese: «Nada. Sólo puedes empeorar las cosas». No quería volver a moverse del lugar en el que se encontraba, porque sentado allí, completamente inmóvil, al menos no echaría nada a perder, ni para él ni para sus hermanos.

De repente, el viento cesó y la nieve disminuyó y también se detuvo de golpe. La luz, apagada y débil, ya había desaparecido casi del todo. Fantasma levantó la vista hacia el cielo, donde las nubes, de un gris oscuro y amenazador, seguían arremolinándose. De vez en cuando se abrían para dejar ver un cielo negro, y Fantasma vislumbró unas pocas estrellas relucientes antes de que las nubes las taparan de nuevo.

Esperó hasta que logró fijar la vista en una única estrella, brillante como el destello del ojo de un gigante, y entonces dijo en voz baja:

—Felino de las Nieves, por favor. Sólo quiero ser un buen leopardo. Por favor, ayúdame…

De pronto, notó una corriente de aire cálido en la nuca, como si una criatura gigantesca le hubiese soplado con delicadeza el pelaje. Se dio la vuelta, pero allí no había nada. Sin embargo, la corriente cálida siguió fluyendo junto a él, casi como si quisiera envolverlo, igual que lo hacía Hibernal con su cola cuando no era más que un cachorrito. Luego la nieve comenzó a resplandecer, sólo un poco al principio, pero después con más y más intensidad. Fantasma parpadeó, no muy seguro de qué era lo que estaba viendo. ¿Acaso estaba volviéndose loco? Luego miró hacia arriba. Las nubes se abrían lentamente, desvelando un cielo tachonado de estrellas centelleantes. Con su luz, la nieve del suelo refulgió. Era tan hermoso que Fantasma no reparó de inmediato en las formas que había en la nieve. Iban zigzagueando desde la roca sobre la que él estaba sentado hasta una arboleda que se alzaba montaña abajo. Parecían hoyos, oscuros y nítidos bajo la brillante luz de las estrellas, como si una criatura enorme hubiera avanzado entre las rocas fundiendo la nieve con las patas. Fantasma dio unos pocos pasos, vacilante. No cabía duda de que las huellas se dirigían a la arboleda, pero parecían acabar allí…

Entonces, de repente, las nubes se abrieron un poco más y salió la luna, que bañó el paisaje con la luz brillante de siempre.

Y las huellas desaparecieron.

—¿Qué?

Fantasma saltó hacia delante, a un punto en el que sabía que había visto el rastro, pero la nieve estaba intacta y perfecta.

Se le desbocó el corazón.

—«Felino de las Nieves —dijo con un hilo de voz—, imprime tus huellas en la nieve para que podamos seguirlas…». Eso es lo que siempre decimos, y… ¡y lo has hecho!

Volvió a mirar hacia la arboleda que se alzaba montaña abajo, tratando de fijar en la mente la posición exacta en la que había visto desaparecer las huellas, y luego regresó corriendo a la cueva.

—¡Mamá! —exclamó tras frenar en seco en el interior—. Ha pasado una cosa. ¡Ha pasado una cosa asombrosa!

—Fantasma —respondió Hibernal—. ¿Qué quieres decir? Me alegro de que hayas vuelto a entrar, pero…

—¡Tienes que venir! Tenéis que venir todos. ¡El Felino de las Nieves me ha enviado una señal!

Cellisca y Carámbano levantaron la cabeza y lo miraron con ojos soñolientos.

—¿Tú…? ¿Qué? —Cellisca se incorporó para sacudirse de las orejas a la cola—. ¿Que el Felino de las Nieves ha hecho qué?

—He visto sus huellas en la nieve —respondió Fantasma casi sin aire—. ¡Como siempre le pedimos que haga! Allí no había nada… la nieve estaba cayendo… y entonces he notado su aliento y después he visto sus huellas yendo hacia los árboles ladera abajo. ¡Tenemos que seguirlas!

Carámbano y Cellisca se quedaron mirándolo sin pestañear, luego se miraron el uno al otro y, finalmente, miraron a Hibernal.

—Caramba —susurró Astilla—. ¡Enséñamelo!

Fantasma se sintió casi tan reconfortado como cuando el Felino de las Nieves le había soplado en la nuca. Sabía que su hermana lo entendería. La llevó al exterior. Ella observó la nieve con los ojos abiertos de par en par bajo la luz de la luna y luego se volvió hacia Fantasma, decepcionada.

—No veo nada.

—No. Las huellas han desaparecido al salir la luna —le explicó él—. Pero sé justo adónde iban.

—Fantasma, venga —dijo Cellisca, que había salido de la cueva seguida de Carámbano e Hibernal—. Ahí no hay nada y es evidente que nunca lo ha habido. Puede que te hayas quedado dormido. O que fuera un efecto de la luz de la luna.

Fantasma empezó a agachar la cabeza, pero luego cambió de idea y se irguió.

—No me importa lo que pienses. Las he visto y voy a ir hasta allí.

—Iremos todos —intervino Hibernal con firmeza. Se volvió hacia Cellisca, que la miró con cara de súplica, y hacia Carámbano, que parecía de lo más desconcertado—. Creemos en Fantasma, ¿verdad? Pues seguiremos la senda del Felino de las Nieves para ver adónde nos lleva.

Fantasma acarició a su madre con el hocico, agradecido, y luego echó a andar por la nieve a paso rápido, con la pequeña Astilla pisándole los talones.

Se sintió bien encabezando la marcha por una vez, aunque no estaba muy seguro de adónde iba a llevarlos.

«Por favor, Felino de las Nieves… —pensó viendo la cara expectante de Astilla y la expresión escéptica de sus otros dos hermanos—. Por favor, no me falles ahora…».

Al acercarse a la arboleda en la que habían desaparecido las huellas en la nieve, Fantasma redujo el paso y se detuvo. Algo le decía que no se internara aún entre los árboles. Ahora, allí no había más que oscuridad y olor a pino. En vez de eso, guió a su familia a un lugar resguardado detrás de una gran franja de hierba y les hizo un gesto para que se quedaran quietos y esperasen. Se sentó con el corazón latiéndole con fuerza en la garganta y observó los árboles con atención.

«¿Y si hemos llegado demasiado tarde? —se preguntó—. ¿Y si se supone que tenía que venir de inmediato y no ir a buscar a los demás?».

No sucedió nada durante lo que se le antojó una eternidad. Carámbano y Cellisca habían sido obedientes y se habían mantenido quietos y en silencio, como si percibieran que estaba a punto de suceder algo, pero al cabo Carámbano apoyó la barbilla con cariño en el hombro de Fantasma y le susurró:

—¿Estás seguro de que has visto algo? ¿No crees que podrías habértelo imaginado?

—Yo… No —respondió Fantasma—. Era como un sueño, pero estaba despierto. Era real.

«Aunque quizá me haya equivocado con el significado —pensó—. Quizá debería haber ido directo a los árboles. Quizá…».

Entonces captó un crujido de agujas de pino y un olor a piñas aplastadas y…

¡Una presa!

Fantasma contempló las largas briznas de hierba y vio que un ciervo muy grande salía de entre los árboles hasta colocarse a la luz de la luna. El animal miró alrededor con las orejas plantadas y una expresión alerta en sus enormes ojos negros. Luego les dio la espalda y bajó la cabeza para pastar alrededor de la base de los árboles.

Fantasma se volvió y vio con satisfacción que Carámbano y Cellisca estaban boquiabiertos de asombro. Astilla amasó el suelo nevado con emoción.

—¿Puedes atraparlo? —le susurró la pequeña a Fantasma.

Él miró al ciervo, que comía ajeno a la presencia de los leopardos, igual que la cabra. Luego miró a su madre. Hibernal lo observaba con atención, echándole un vistazo rápido al ciervo de vez en cuando.

—No puedo —admitió Fantasma—. Pero tú sí, ¿verdad, mamá?

Hibernal pegó la frente a la de su hijo.

—Eres un buen chico —musitó, tan bajito que estuvo seguro de que los demás no lo oyeron—. Quédate aquí.

La leoparda salió de detrás de la hierba sin vacilar, moviéndose deprisa, pero en absoluto silencio. Sus hijos sólo pudieron apretujarse unos contra otros mientras la veían aproximarse más y más al ciervo, sigilosa, con la barriga casi pegada al suelo y las ancas tensas. En cuanto estuvo lo bastante cerca, Hibernal saltó. El ciervo no llegó a saber siquiera que ella estaba allí hasta que se vio tirado en el suelo, pataleando al aire, con los colmillos de Hibernal profundamente hundidos en su cuello.

Fantasma salió disparado de entre los arbustos, seguido de sus hermanos.

—Adelante —le dijo su madre, levantando la vista del ciervo; la sangre del animal le pintaba el hocico de un rojo profundo a la luz de la luna—. Es tu presa.

Fantasma bajó la boca hasta el cuello de la criatura, que se debatía débilmente, y mordió con todas sus fuerzas. El ciervo se quedó inerte casi de inmediato.

—¡Menudo festín! —exclamó Astilla, paseándose de un extremo al otro del animal y olfateándolo entusiasmada—. ¡Bien hecho, Fantasma!

Hibernal inclinó la cabeza.

—Digamos juntos la bendición.

—Le agradecemos al Felino de las Nieves que nos dé esta presa —coreó la familia entera—. Imprime tus huellas en la nieve para que podamos seguirlas.

—¡Y gracias por dejarlas para que Fantasma pudiera seguirlas! —añadió Astilla al final.

—Perdónanos por no haberte creído, Fantasma —se disculpó Cellisca—. Pero ya sabes… esas cosas… no suceden. —Parecía confundida, como si todavía no fuera capaz de creérselo—. El Felino de las Nieves no nos enseña literalmente adónde ir; sólo es una bendición.

—Esta noche ha sido real —dijo Hibernal con dulzura—. Yo siempre he sabido lo especial que era Fantasma. Parece que el Felino de las Nieves también lo sabe. Ahora, vamos a comer hasta hartarnos y, cuando acabemos, nos llevaremos lo que quede a la cueva.

—¡Vamos a tener sobras! —exclamó Astilla, alzándose sobre las patas traseras, y se lanzó a morder el ciervo tan contenta que Fantasma estalló en carcajadas.

Fantasma comió junto a su familia bajo la luz de la luna y se llenó el estómago vacío con carne cálida y nutritiva.

El Felino de las Nieves le había mostrado su lugar, y estaba allí, en las montañas, cazando con su madre.

No recordaba haberse sentido nunca tan feliz.

10

—Voy a pillarte —masculló Lluvia observando a la sinuosa carpa.

Si permanecía totalmente inmóvil, los peces parecían olvidar que era una osa panda y creían que era una especie de roca peluda de color blanco y negro. Las carpas no eran unas criaturas muy listas… Cosa rara, ya que se suponía que contaban con el favor del Gran Dragón y que atrapar una te garantizaba una estación entera de buena suerte.

Lluvia se dijo que no estaba escondiéndose, que sólo jugaba con las carpas. Pero quizá no fuese una simple coincidencia que hubiese escogido una zona de agua poco profunda a cierta distancia de la cascada. No quería oírla. Su sueño había sido tan increíblemente vívido que ahora, cuando oía su burbujeo constante y agradable, una parte de ella casi podía percibir cómo comenzaba a transformarse en un rugido.

—Pero ¿por qué soñé con un dragón de tres cabezas? —les preguntó a las carpas que iban acercándose dibujando círculos—. Seguro que Guijarro me habría dicho que era un mensaje del Gran Dragón… Aun así, ¿por qué tenía tres cabezas? Dragón estúpido… No tiene sentido ni en mi imaginación.

Esperó unos segundos más, y disfrutó del tenue chapoteo del río y de los sonidos de los pájaros y de las pequeñas criaturas que seguían enfrascadas en sus asuntos en el bosque que tenía a sus espaldas. Las carpas se le acercaron más aún, y Lluvia fue inclinándose muy despacio sobre el agua, fingiendo ser todavía una roca musgosa, hasta que llegó el momento de hundir la cabeza en el agua y zambullirse. Las carpas se dispersaron, pero Lluvia era rápida y ya había elegido una presa: una carpa dorada grande y gorda con toques blancos en las escamas. Sin quitarle ojo, la joven panda nadó con una, dos, tres brazadas largas, hasta que la tuvo a su alcance, la agarró con los dientes y salió triunfal a la superficie sujetando el pez, que no dejaba de retorcerse.

—Buena caza —dijo una voz.

Lluvia giró en redondo con un chapoteo.

Ocaso Bosqueprofundo estaba sentado en la ribera, observándola.

—Oh… Gracias.

Esta vez, Lluvia se habría comido la carpa, pero no le pareció bien ponerse a mascar delante del portavoz del Dragón cuando ni siquiera quedaba cerca uno de los banquetes del día.

«Has vuelto a ganar, pez afortunado», pensó soltándolo en el río. La carpa desapareció con un destello de escamas doradas.

—Estoy impresionado, pero también decepcionado —le confesó Ocaso—. Es una lástima que abandonaras tan pronto el grupo de búsqueda.

Lluvia se enfureció y empezó a regresar a la orilla, despacio. Quería salir del agua, pero no quería darle a Ocaso la impresión de que se daba prisa por él.

—¿Cómo sabes cuándo me marché? —le preguntó la joven, y de pronto se le ocurrió una maldad—: No habrás usado la Piedra Visionaria para algo tan insignificante, ¿verdad?

Se izó a una roca plana y se sentó, rascándose la barriga como si nada.

Se sorprendió un poco cuando Ocaso se echó a reír.

—Muy buena. Eres una panda muy lista, ¿sabes? No, no ha sido nada de eso. Me lo ha contado Guijarro.

Lluvia se irguió.

—¿Ha vuelto?

—Sí. Su grupo de rescate ha sido el primero en regresar.

—Pero ¿por qué? —Frunció el ceño—. Biznaga y él estaban muy ilusionados… ¿Por qué han vuelto a casa tan pronto?

—Porque han encontrado lo que iban buscando.

A Lluvia se le desencajó un poco la mandíbula.

—¿Me estás diciendo que han encontrado… a Peñón?

—No, no. —La expresión levemente engreída del portavoz se entristeció un instante—. Me temo que el hermano de Guijarro sigue estando entre los desaparecidos. Pero han encontrado a un cachorro, más pequeño que vosotros, deambulando por el monte. Su madre murió hace poco y el pobrecillo ha estado arreglándoselas él solo. Aunque ésa no es la cuestión —añadió mirando a Lluvia ahora con expresión resuelta y algo risueña—. He venido hasta el río para hablar contigo. Guijarro me ha contado lo sucedido y me ha dicho que probablemente te encontraría aquí.

Lluvia resopló malhumorada. Ojalá Guijarro no lo hubiera hecho. Entre eso y la extraña sensación que le producía de repente la cascada, los lugares del río que le parecían suyos estaban reduciéndose a toda velocidad.

—Entiendo por qué te ofreciste voluntaria —dijo Ocaso—. Querías ayudar a tu amigo. Eso es admirable, Lluvia. Aunque no estoy seguro de que

realmente comprendas lo valiente que ha sido por tu parte.

La joven panda frunció el ceño. No sabía por qué le molestaba tanto que aquel panda la alabara.

«Quizá no debería molestarte —le dijo una vocecilla interior que sonaba como la de Guijarro—. Quizá Ocaso sólo pretende ser amable…».

—Y también entiendo por qué abandonaste la misión —continuó el portavoz.

—¿Ah, sí?

¿Es que Guijarro se lo había contado absolutamente todo? ¿Sabía Ocaso que ella sospechaba de él, que ni siquiera estaba segura de si creía en el Gran Dragón?

—Eres una panda independiente. Estoy convencido de que no te gustó tener que seguir las órdenes de Biznaga. No se te da bien trabajar en equipo.

—Mmm… —Lluvia tuvo que admitir que ahí llevaba cierta razón.

—Te habría ido estupendamente en los viejos días, cuando todos vivíamos separados y sólo nos juntábamos si necesitábamos compañía. Sin embargo, esos días han terminado, Lluvia. Ha llegado la era de los pandas que colaboran. El Gran Dragón me ha mostrado que ésa es la verdad. En fin… —Se levantó para ir hasta el mismo borde de la orilla y dejó que el agua le lamiera las patas delanteras—. Cuando oí que te gustaba nadar… tuve una idea. Y después de verte atrapar esa carpa y comprobar lo veloz y fuerte que eres dentro del agua, aún estoy más convencido. Tengo una misión especial sólo para ti. Cuando digo que necesitamos reunir a todos los pandas, me refiero también a los que viven en el Bosque del Norte. Puede que allí haya pandas que necesiten nuestra ayuda. Debemos encontrar la manera de llegar hasta ellos. Y creo que, si hay alguien que puede vencer al río en estos días, eres tú.

—Me estás halagando para que haga lo que tú quieres —le soltó Lluvia sin rodeos.

Ocaso la miró plácidamente.

—¿Y está funcionando? —le preguntó con una sonrisa afable—. Por cierto, todo lo que he dicho es verdad. Es cierto que eres la mejor para esta tarea. Y es verdad también que debemos dar con todos los pandas desaparecidos, no sólo con los que nos resulte fácil encontrar.

—Nadie puede cruzar el río —se opuso Lluvia. Se giró a mirar al Bosque del Norte, más allá de las corrientes rápidas y turbulentas—. Si alguien pudiera, ya lo habría hecho a estas alturas.

La carpa dorada regresó y nadó hasta la superficie para mordisquear una mata de algas. Lluvia la observó deslizarse por el agua, ajena a los dos pandas de la orilla.

«Si Ocaso se trae algo entre manos —pensó—, ésta podría ser mi oportunidad de descubrir qué es».

Se volvió de nuevo hacia el portavoz.

—Aun así, lo intentaré. Hallaré la manera de cruzar el río si es lo que quieres.

Ocaso inclinó la cabeza.

—Gracias, Lluvia. Espero que, de ese modo, te des cuenta de lo satisfactorio que es ayudar a tus congéneres; sólo tenemos que averiguar la mejor forma de hacerlo. Creo que el Gran Dragón te guiará y que encontrarás lo que buscas.

Y dicho eso, echó a andar hacia el bosque y Lluvia observó cómo se marchaba, repiqueteando con las garras sobre la roca, pensativa.

«¿Cómo me he metido en esto?».

Cuando Lluvia regresó al claro para el Banquete de la Luz Agonizante, se encontró a Peonía, Aurora y Azalea reunidas alrededor de un escuálido bultito de pelo blanco y negro. Mientras lo observaban, el pequeño devoró medio tallo de bambú y luego se acurrucó entre Azalea y Aurora y cayó en un sueño agitado.

—Se llama Arce —le dijo Peonía a Lluvia—. Está muy débil… Guijarro y Biznaga lo han encontrado justo a tiempo.

No mencionó que Lluvia hubiera abandonado el grupo de rescate, pero, por la forma en que pronunció el nombre de Guijarro y Biznaga, quedó claro que lo sabía todo. Lluvia se sintió culpable por no haber aparecido antes. Ocaso Bosqueprofundo era una cosa —en realidad, le daba igual lo que pensara de ella—, pero la decepción de su madre se le clavaba como una espina en las costillas.

Lluvia vio a Guijarro en el otro extremo del claro, hablando con Bruma y Chubasco, y corrió hacia allí.

—Hola, Guijarro —lo saludó.

Él se giró, y entonces Lluvia se dio cuenta de que su mejor amigo parecía exhausto.

—He… he oído que le habéis salvado la vida a ese cachorro —añadió—. ¿Qué ha pasado?

Esperaba que eso sirviese de disculpa, pero la expresión de Guijarro se ensombreció.

—Así que lo admites. No es un simple engaño. Hay pandas ahí fuera que necesitan nuestra ayuda.

Lluvia se volvió hacia la huesuda figura de Arce; el pequeño estaba roncando.

—Lo sé. Yo… me equivoqué. Lo siento…

Guijarro la miró con cierta incredulidad, y ella se estremeció. ¡Estaba hablando en serio! ¡Lo sentía de verdad! No era culpa suya que decirlo en voz alta fuera como intentar introducir una montaña por una caña de bambú hueca.

—Acepto tus disculpas —dijo Guijarro con frialdad.

—Y espero que encontremos a Peñón. Te lo digo de corazón. Lamento si te ha parecido que tu hermano no me importaba.

Guijarro asintió.

—Gracias.

Y dicho eso, dio media vuelta y se alejó. Lluvia lo vio marchar, abatida.

«Me he disculpado. Y he sido sincera. ¿Por qué no basta con eso?».

Lluvia estaba tumbada en su lecho de musgo y juncos, contemplando las estrellas. Parecían parpadear y cambiar de sitio mientras las miraba; retazos de nubes oscuras cubrían una parte del cielo y luego otra.

Todos los pandas dormían en lechos desperdigados por la misma ladera, lo bastante separados para que no fuera necesario tener que hablar, pero lo bastante próximos como para poder hacerlo. El suyo era un pequeño declive muy cómodo en la hierba, del tamaño exacto para que se tumbara un panda, con una buena vista del río a través de los árboles. Por lo general, le encantaba tenderse en su lecho a contemplar las estrellas o a escuchar el distante chapoteo del agua. Pero esa noche era incapaz de sentirse a gusto. ¿Quizá Anuro y Piña le habían metido piedrecillas en el lecho como revancha por haberse hecho pasar por portavoz del Dragón tantas veces? Cuando rebuscó, sin embargo, no encontró nada que no tuviera que estar allí.

Guijarro tenía su lecho justo ladera abajo, en un hueco protegido por un saliente rocoso. Cuando no podía dormir, a veces bajaba hasta allí a molestarlo. O cuando llovía. Pero esa noche tampoco se veía capaz de hacer eso.

«Antes de que regresara Ocaso, dormía como un tronco. No tenía preocupaciones extrañas sobre monos; tampoco sueños raros con dragones de vapor. Y Guijarro aún me dirigía la palabra».

El suave sonido de los pandas roncando reverberaba por la ladera. Ninguno de los demás parecía tener problemas para conciliar el sueño.

Pero entonces se oyó algo procedente de algún punto ladera arriba. Una voz aguda y rasgada.

—Panda grande y fuerte —canturreaba con tono burlón—. Panda grande y valiente…

Lluvia se levantó de un salto.

«¡Ése es Tibias Potentes! —Estaba segura, y las risas que siguieron conformaban el alboroto irritante e inconfundible de una manada de monos—. ¿Qué están haciendo ahora?».

Empezó a subir la cuesta entre rocas y árboles, tratando de avanzar por donde hiciera el menor ruido posible, sin tropezar con ninguno de los pandas dormidos. No tardó en ver de dónde procedían las voces: un grupo de árboles achaparrados cuyas ramas se agitaban como si estuvieran sufriendo un temporal, aunque el aire no movía una brizna.

—¿Dónde está tu madre, panda grande y valiente? —gruñó Tibias Potentes.

A Lluvia se le encogió el corazón al oír que una vocecilla débil y ronca respondía:

—Ella mu-murió. En un desprendimiento de rocas.

¿Se trataba de Arce?

La joven panda fue acercándose con sigilo hasta que pudo ver entre los árboles. Los monos saltaban de rama en rama, moviéndose sin parar, a veces bajando al suelo, a veces balanceándose como locos colgados por la cola. Y justo en medio, atrapado y tembloroso, el cachorrito que Guijarro había encontrado en su expedición.

—Y tú estabas solito. —Tibias Potentes aterrizó en el suelo justo delante de Arce y le clavó en el pecho uno de sus largos dedos correosos. Los monos soltaron más risotadas, y Lluvia sintió que empezaba a arderle la nuca de rabia—. ¿O no estabas solito? ¿Qué me dices de tus hermanos?

—Yo… yo no tengo hermanos —tartamudeó Arce.

—Sí que los tienes. Tienes dos. ¿No es cierto? —Con cada palabra, Tibias Potentes le daba un empujón, primero hacia un lado y luego hacia el otro.

—¡No! —gritó el pequeño—. ¡Por favor, déjame ir! ¡No tengo hermanos! Por favor, yo… yo quiero a mi madre…

Rompió a llorar desconsolado, y Lluvia ya no pudo soportarlo más. Salió de la vegetación e irrumpió en el centro de los árboles, empujando a un mono y dispersando a los demás, que se apartaron de su camino chillando y parloteando.

—¿Quién es ésta?

—¡Panda grande y estúpida, métete en tus asuntos!

Lluvia embistió a Tibias Potentes, dándole un cabezazo justo en el estómago y lanzándolo hacia atrás por los aires.

—¡Dejad en paz a Arce, asquerosos abusones! —les gruñó mostrándoles los colmillos—. ¿Qué le estáis haciendo?

—No es asunto tuyo —se burló él, levantándose para subir a los árboles, donde se quedó colgando bocabajo, lejos del alcance de las garras de Lluvia.

—Arce, ponte detrás de mí —le ordenó al pequeño, que soltó un quejido angustiado y corrió a obedecerla pegándose a su cuerpo.

—No hemos terminado —dijo Tibias Potentes gruñendo y al mismo tiempo mostrando unos dientes minúsculos, comparados con los de Lluvia, pero afilados como cuchillas.

—¡Sí, sí que habéis terminado! —bramó una nueva voz.

Lluvia se volvió en redondo y vio que Ocaso subía la cuesta con expresión furibunda.

—Vosotros, monos, ¿cómo os atrevéis a venir hasta aquí y tratar de esa manera a uno de nuestros jóvenes? Tú —continuó, dirigiéndose a Tibias Potentes—, si eres el líder, ¡harás lo que sea mejor para los tuyos y os iréis bien lejos y nos dejaréis en paz!

«Si eres el líder…».

Lluvia miró boquiabierta a Ocaso mientras el enorme panda se encaraba con Tibias Potentes. El mono le sostenía la mirada al portavoz con expresión divertida, pero no con la diversión agresiva y burlona que le había dedicado a ella.

«Os conocéis. Este… este rescate es una farsa…».

Pero no podía permitir que Ocaso descubriera que ella lo sabía. Retrocedió, manteniendo a Arce pegado al costado mientras el portavoz gruñía al mono cuyo nombre conocía a la perfección.

—¡Vámonos! —aulló Tibias Potentes.

Y los monos se alejaron saltando y balanceándose, desperdigándose por el suelo y por los árboles.

—Gracias al cielo que los has descubierto a tiempo —dijo Ocaso volviéndose hacia Lluvia mientras desaparecía el último de los monos

dorados. Luego se inclinó hacia Arce—. Mi pobrecito cachorro. ¿Te encuentras bien?

El pequeño parecía incapaz de hablar. Se apretujó todavía más contra Lluvia y consiguió asentir con un gesto rígido.

—Venga, pequeño —añadió el portavoz—. Nosotros te protegeremos.

Animándolo con delicadeza, logró que el cachorro echara a andar y empezaron a descender la ladera hacia los lechos de los pandas. Lluvia los dejó ir delante, pero los acompañó hasta donde dormían Aurora, Anuro y Piña, acurrucados unos contra otros. No quería perder de vista a Arce hasta que estuviera a salvo con pandas buenos. Ocaso lo ayudó a acomodarse entre los otros tres y luego les dio las buenas noches y se marchó. Lluvia fingió dirigirse a su lecho, pero, en vez de eso, se subió a un árbol para comprobar que el portavoz llegaba al suyo y se acostaba.

«Esto huele a podrido».

Ocaso era un embustero y ahora ella tenía la prueba, aunque no lo supiera ningún otro panda. Pero ¿por qué estaba haciendo todo aquello?

«Te estoy vigilando, Ocaso Bosqueprofundo».

11

Hoja se desperezó, asegurándose primero de tener las patas bien apoyadas en una rama gruesa. El lomo y el cuello le crujieron, agarrotados por haber dormido aquella fría noche en la alta horcadura de un gingko. Estirarse le sentó bien, pero después el cuerpo siguió doliéndole igual.

En las demás ramas se oían gruñidos y resoplidos, y las hojas se estremecían. Alrededor de la joven osa, los árboles estaban llenos de pandas incómodos que empezaban a despertarse.

Pero seguían todos vivos. Los pandas Airosobosque habían sobrevivido a la noche. Bajo la débil luz gris del amanecer parecía que en los árboles hubieran brotado unos frutos peludos enormes, algunos blancos y negros, y otros rojizos.

Y es que los pandas rojos —los Nadador, Zapador, Saltador, Sanador y demás—, tras la vigilia por Garrudo, se habían unido a los demás pandas en los árboles, junto a los Trepador. Rayo fue en busca de Hoja y se acurrucó encima de su costado, enroscando su larga cola peluda alrededor de los dos para estar más calentitos, y así se había despertado ella en la Luz Gris.

La escurridiza criatura anaranjada no se había llevado a nadie.

«Un tigre».

Hoja se estremeció un poco. Cuando Rayo y ella regresaron para contarles a los Airosobosque y a los pandas rojos lo que habían visto, Enebro les dijo que había oído historias muy antiguas sobre criaturas que encajaban con esa descripción. El depredador era un tigre.

Rayo movió la cola contra la nariz de Hoja, que miró alrededor.

—¿Estás despierto? —preguntó.

—Mmm. —Rayo abrió los ojos—. Ahora sí.

—Lo siento. Tengo que levantarme. Es hora del primer banquete.

—Vale…

Entumecido, Rayo trepó a una horcadura más pequeña para que su amiga se pusiera en pie.

—¿Qué ocurre? —preguntó un panda rojo que estaba justo debajo de ellos.

—El Banquete de la Luz Gris —le explicó Rayo—. Los pandas tienen que comer.

—¿Qué? ¿Ahora? —El panda rojo miró a Hoja de soslayo—. Pero ¡si ni siquiera ha amanecido!

—Es verdad —admitió la joven panda—. De ser así estaríamos hablando del Banquete de la Luz Dorada.

—¿Cuántos banquetes hacéis?

—Nueve.

El panda rojo la miró sombrío, luego miró a Rayo, que se lo confirmó asintiendo, y después dio media vuelta en su rama y volvió a ovillarse tapándose la cara con la cola.

Hoja suspiró. Tal vez el banquete perturbara un poco el sueño de los pandas rojos, pero no podían hacer nada al respecto. No podían saltarse ni uno. Sería una locura. Nada podía impedir los nueve banquetes, ni siquiera un tigre.

Sin embargo, la preocupación llegó cuando inspeccionó el suelo. En aquella parte del bosque no había mucho bambú; había incluso menos que en el escaso Airosobosque. Si no lograban encontrar ni unas matas, tendrían que conformarse con el fruto del gingko, y ése sería un penoso comienzo para un día difícil…

—¡Allí veo un poco! —chilló una voz aguda.

Hoja hizo una mueca cuando los pandas rojos que la rodeaban comenzaron a rebullirse y rezongar, pero siguió esperanzada la dirección de la voz. Era la de Carrizo, cómo no, pero cuando Hoja llegó a través de las ramas al árbol en el que dormía el cachorro, Jacinta ya estaba regañándolo para que hablara más bajito y no molestara a los pandas rojos.

—¿Dónde lo has visto? —le preguntó Hoja.

Carrizo señaló con una pata y Hoja sintió un gran alivio cuando, al seguir su mirada, vio el bambú: tan sólo había una caña, pero era alta y fuerte, con un abundante ramo de hojas y brotes en el extremo. Cada panda Airosobosque podría darle al menos un bocado.

Sin embargo, había un problema: estaba demasiado lejos de los árboles para alcanzarlo desde las ramas.

—Alguien tendrá que ir a por él —dijo Jacinta en voz baja—. Y eso implica tener que bajar al suelo.

«Donde el tigre podría estar acechando», pensó la joven. Cualquier panda que bajara sería vulnerable cuando volviera a trepar a los árboles, sobre todo porque tendría que hacerlo sujetando una larga caña de bambú.

—Iré yo —se ofreció Hoja—. Soy la mejor trepadora; regresaré más rápido que cualquiera. No pasará nada —añadió, más animada de lo que se sentía—. ¿Puedes vigilar a mi espalda?

Jacinta la miró preocupada, pero asintió.

Hoja comenzó a descender, manteniéndose en los árboles todo lo que pudo para tener que pasar el mínimo tiempo posible en el suelo, aunque algunas ramas se combaban peligrosamente bajo su peso. En ningún momento dejó de olfatear y aguzar el oído, en busca del rastro del tigre. No percibió nada, pero Hoja recordaba lo furtiva y sigilosamente que se había movido aquella bestia por el bosque. Que no pudiera verlo no significaba que no estuviese ahí.

Llegó al suelo y corrió hasta el bambú para agarrar la caña con los dientes.

No había forma de hacerlo en silencio, así que tendría que ser rápida.

Cerró la boca con fuerza, con más fuerza de la que había usado en los últimos banquetes, y el crujido del bambú resonó por todo el bosque. En la quietud de la Luz Gris, retumbó tanto como para despertar al Dragón en su cueva.

Tras arrancar la caña, Hoja se detuvo sólo lo imprescindible para comprobar que llevaba el bambú bien sujeto entre los dientes y luego, arrastrándolo, fue corriendo hacia el tronco del árbol que le quedaba más cerca y comenzó a trepar.

—¡Bien! —exclamó Carrizo entusiasmado, antes de que su madre le ordenara de nuevo que guardase silencio.

Hoja siguió trepando hasta alcanzar una rama fuerte y segura. Izó el bambú con torpeza y encajó el extremo más grueso en un hueco para poder soltarlo. Sólo entonces volvió a mirar hacia abajo.

Seguía sin haber rastro del tigre.

—Has sido muy valiente —le dijo Enebro acercándose a ella por las ramas—. Pruna estaría muy orgullosa. ¿Por qué no recitas tú la bendición?

La joven panda le sonrió con orgullo, pero al oír el nombre de Pruna se vino abajo.

«Sigue en el bosque, sola, con un tigre rondando por ahí. ¿Habrá logrado llegar a las montañas?».

Sin embargo, no se permitió más pensamientos de ese tipo. Tenía que creer que Pruna estaba bien.

Los pandas se reunieron a su alrededor, y Hoja sostuvo el bambú mientras los demás le arrancaban puñados de hojas y brotes.

—Gran Dragón, en el Banquete de la Luz Gris, tus humildes pandas se inclinan ante ti. Gracias por el regalo del bambú y por la sabiduría que nos concedes.

Cada uno se comió su parte, un mísero puñado de brotes por cabeza, pero, después de lo que le había costado conseguirlo, a Hoja le pareció que tenían un sabor muy fresco y delicioso.

—Yo no puedo pasar más noches así. —Maguillo inclinó la cabeza y le crujió el cuello.

—No a todos se nos da tan bien como a ti trepar y dormir en los árboles, Hoja —coincidió Jacinta—. Tenía tanto miedo de que Carrizo se cayera y se hiciera daño que apenas he pegado ojo.

—Creo que todos sabemos lo que hay que hacer —intervino Hierba—. En Airosobosque no hay mucho que comer, pero al menos hasta ahora era un sitio seguro. Hasta ahora. Debemos encontrar un territorio nuevo.

—Tiene que haber algún lugar con bambú de sobra para alimentarnos y que no esté infestado de tigres —se sumó Murta.

«¿Abandonar Airosobosque para siempre?». Hoja se quedó mirando al suelo mientras asimilaba la idea. No podía negar que Hierba y Murta tenían razón, pero tampoco se imaginaba marchándose de allí. ¿Adónde irían?

—Iremos con vosotros —anunció una voz.

Hoja miró hacia arriba y por encima de su cabeza vio a Sagaz Trepador, que estaba sentada con Zambullida Nadador, Montero Saltador y otros pandas rojos a los que no conocía.

—Lo hemos discutido durante la vigilia de Garrudo —prosiguió Sagaz—. Estaremos mejor si nos mantenemos unidos. Llegado el caso, vosotros sabéis imponeros en las batallas, y nosotros somos veloces y ágiles, y podemos proporcionaros muchos más ojos y oídos si regresa el tigre.

—Entonces, está decidido —concluyó Enebro—. Nos marcharemos juntos.

—¡Esperad! —exclamó Hoja con la voz estrangulada—. ¿Y qué pasa con Pruna? ¡No podemos abandonar Airosobosque sin ella! ¿Y si vuelve y no sabe dónde encontrarnos? ¿Y si, en vez de con nosotros, se encuentra con… con… esa cosa?

Trató de no imaginárselo, pero enmudeció al sentir que la recorría un estremecimiento.

—Tienes razón —respondió Murta con tono tranquilizador—. Debemos encontrar a Pruna antes de instalarnos en otro sitio.

—Entonces… entonces vayamos hacia el norte —propuso Jacinta—. Así la encontraremos y, ¿quién sabe?, quizá nos esté aguardando un nuevo hogar en las laderas más altas.

Hoja deseó que fuera así. Se comió su ración de bambú mientras los pandas y los pandas rojos hablaban del territorio perfecto que esperaban descubrir, pero ella seguía sin ser capaz de imaginárselo. Airosobosque era el único lugar que había conocido. ¿De verdad jamás regresarían al Gingko del Abuelo, ni a la ribera del río, ni al claro de Airosobosque?

«Gran Dragón, permite que encontremos pronto a Pruna —pensó—. La necesito…».

—Alto.

Errante Saltador alzó la cola, y todos los pandas obedecieron a la señal y se quedaron inmóviles, olisqueando y aguzando el oído con atención. Los pandas rojos se adelantaron, algunos por los árboles y otros por el suelo.

Habían avanzado bastante. Los pandas rojos iban por delante inspeccionando el terreno, pero siempre se mantenían lo bastante cerca de los pandas para tener la posibilidad de regresar a la carrera si se tropezaban con algo de lo que hubiera que defenderse. Y les indicaban las rutas más fáciles y rápidas para bordear las cuestas, de modo que pudieran decidir cuál tomaban.

Pero ya iban ascendiendo por una ladera del Bosque del Norte que Hoja creía no haber pisado. Durante todo el camino, mientras subían y bajaban por lomas onduladas, vieron que el bambú era tan escaso como en Airosobosque, lo justo para sus banquetes, pero, desde luego, no lo suficiente para garantizar que pudieran detenerse allí mucho tiempo. El tenue olor del depredador seguía notándose en el aire y, cada vez que lo captaban, sin necesidad de que nadie pronunciara la palabra «tigre», todos apretaban el paso un poco.

—De acuerdo —anunció Errante finalmente—. El camino está despejado. Sigamos.

—Ya es casi la Luz Larga —señaló Murta—. Tendremos que detenernos en la siguiente zona con bambú.

Errante suspiró y, aunque no lo dijo en voz alta, Hoja casi la oyó pensar: «¿Otra vez?». Los pandas rojos, que comían lo que encontraban sobre la marcha y sin ningún tipo de bendición ni reunión, todavía estaban acostumbrándose a viajar con los pandas. Hoja no se sentía culpable porque

los nueve banquetes eran importantes. Así demostraban ellos al Gran Dragón que seguían escuchando sus palabras. Obviamente, los pandas rojos no podían entenderlo, pero no pasaba nada.

Se detuvieron para el Banquete de la Luz Larga en lo alto de una colina. Uno de los lados era un precipicio rocoso, y Hoja se sentó cerca del borde a comer, mirando el camino que ya habían recorrido. Contempló Airosobosque, que había quedado atrás, y la reluciente superficie del sinuoso río.

Rayo fue a sentarse con su amiga y bostezó con ganas.

—Es raro, ¿verdad?

—Mucho —respondió ella antes de morder el bambú, pensativa—. No puedo dejar de pensar en nuestros nombres. Yo ya no soy Hoja Airosobosque. ¿Qué seré cuando lleguemos adonde sea que vayamos? ¿Me acostumbraré alguna vez a llamarme… no sé, Hoja Altaladera? ¿O Riscoverde? ¿Y cómo me llamo ahora? Mientras estamos viajando, soy… soy Hoja Sintierra.

—Eso es lo bueno de nuestros nombres —contestó Rayo rodando por el suelo y estirándose—. Podemos llamarnos en función de lo que hacemos, sea lo que sea. O incluso de lo que no hacemos. Nos lo podemos inventar o adoptar el de una nueva familia si no nos gusta el nombre con el que nacimos. ¡Eh, podrías ser Hoja Trepador! Aunque creo que algunos pandas rojos creen que deberíais llamaros Pandas Paradas Frecuentes —añadió con una risita.

Hoja se rió con él hasta que el silencio volvió a instalarse entre ambos.

—Siempre había pensado que, si alguna vez abandonaba Airosobosque, sería para cruzar el río —dijo la joven al cabo—. Para ir a buscar a mi madre y a mi gemelo. Pero ahora vamos en dirección contraria. Supongo que ya nunca lo cruzaré.

—Nunca digas nunca.

Rayo se incorporó para girarse hacia el norte, y Hoja siguió su mirada. Las Montañas de las Cumbres Blancas centelleaban en la distancia; sus cimas nevadas eran apenas visibles más allá de los riscos cubiertos de árboles.

—¿Crees que Pruna habrá llegado hasta lo alto?

—Espero que sí.

Siguieron adelante, deteniéndose para más banquetes, mientras la Larga Luz y el Descenso del Sol llevaban hacia la Luz Agonizante. Los pandas comenzaron a hablar de parar a pasar la noche y, antes de ponerse en marcha de nuevo, ya buscaban algún sitio en el que poder comer en la Salida de la Luna, el Descenso de la Luna y la Luz Gris. Pero no resultaba fácil encontrar

bambú, y en más de una ocasión los pandas rojos los habían guiado accidentalmente por un sendero sin salida que terminaba en una sólida pared de piedra o en una zona tan enmarañada que era imposible de traspasar.

La Luz Agonizante empezaba a apagarse y el aire era cada vez más frío y oscuro. Hoja andaba despacio, esperando una indicación de Errante. Vio que Carrizo iba de nuevo montado sobre el lomo de Jacinta, pues sus patitas eran demasiado débiles para aquella caminata, y también reparó en el cansancio que mostraban los ojos de los demás. Estaban bordeando una ladera que cada vez era más empinada, de modo que se veían obligados a avanzar con una pata más alta que la otra y les costaba mantener el equilibrio.

Hoja también se fijó en que los pandas rojos intercambiaban muchos murmullos, que no tenían nada que ver con el parloteo que oía de forma habitual en el Airosobosque. Eran susurros de preocupación, excepto cuando uno de ellos respondió a otro de malos modos, haciendo que todos los pandas se sobresaltaran.

—¡Ya sé que está oscuro! —exclamó Montero.

La panda roja con la que estaba hablando soltó un gruñido malhumorado.

—Bueno, pues tendremos que detenernos pronto —replicó—. Con bambú o sin él. Nos hemos perdido.

Un coro de sonidos acongojados recorrió por igual a los pandas y a los pandas rojos. Montero giró en redondo, sacudiendo con la cola la pinocha del suelo.

—¡No nos hemos perdido!

—¿Ah, no? ¿Tú sabes hacia dónde vamos? —preguntó Zambullida—. Tenemos que parar… Podríamos estar yendo en cualquier dirección. Incluso podríamos estar volviendo sobre nuestros pasos.

—¿Quieres dormir aquí mismo, a campo abierto? Necesitamos bambú y árboles a los que trepar.

—Pero ¿cómo vamos a encontrarlos en la oscuridad? —quiso saber Jacinta, acercándose a los pandas rojos que estaban discutiendo.

—Siguiendo el rastro —gruñó Montero—. ¡Del mismo modo que nos va a encontrar el tigre!

El silencio cayó sobre el grupo, hasta que Carrizo lo rompió con un sollozo de pánico. Jacinta se volvió para consolar a su pequeño, y los pandas rojos siguieron discutiendo entre ellos.

Hoja dio un paso atrás, tratando de combatir el miedo que le oprimía el pecho. Estarían bien. Tenían que estarlo. El Gran Dragón los ayudaría…

Entonces, algo atrajo su atención, un movimiento entre los árboles. Por un segundo tuvo demasiado miedo incluso para gritar. Era algo oscuro, casi como una sombra sólida, y se movía de forma sinuosa, como una serpiente… pero era demasiado grande para ser una serpiente.

En cualquier caso, tampoco era el tigre. Hoja se quedó mirándolo paralizada por la confusión. Fuera lo que fuese, se acercaba más y más deprisa, dejando tras de sí un surco en la pinocha del suelo. Serpenteó entre los árboles y pasó tan cerca de la joven osa que, por un instante, vio que sí tenía forma: la tenue luz de la luna resplandecía en lo que parecían escamas.

Atisbó más detalles extraños: patas con garras, una especie de aleta casi traslúcida, un destello en el pelaje…

A Hoja nunca le había latido tan rápido el corazón. El miedo desapareció y en su lugar brotó una felicidad tan intensa que le entraron ganas de chillar.

Pero justo entonces la forma la rebasó. La joven panda se volvió en redondo para seguirla, pero, de un modo inexplicable teniendo en cuenta su envergadura, la criatura desapareció. No había la menor señal de que hubiese estado allí… excepto por… Sí, aún podía ver el rastro, parecía que algo grande se hubiera arrastrado entre la pinocha del suelo.

La joven empezó a seguir las huellas.

—Hoja. —Rayo se unió a ella—. ¿Qué estás haciendo? ¿Has visto al tigre?

—He visto… algo.

No se sentía capaz de decir qué. Todavía no. Pero si estaba en lo cierto…

—¡Escuchad todos! —exclamó Rayo—. ¡Hoja ha encontrado algo!

A la joven osa le pareció que los pandas rojos agradecían la distracción, porque enseguida se vio encabezando la marcha ladera arriba, siguiendo el rastro que había dejado la forma negra. Zigzagueaba entre los árboles, casi en vertical en un momento dado, ascendiendo por un escarpado risco. Pero de repente el suelo se allanó y empezaron a caminar con comodidad por una loma suave. Hoja siguió el rastro hasta que salieron de entre los árboles a un espacio abierto, donde había un par de rocas altas y pálidas iluminadas por la luz de la luna. La joven panda fue hacia allí, se coló por el hueco entre las rocas y apareció al otro lado de la colina…

Había una pendiente suave, un bosquecillo de árboles de ramas anchas y fáciles de trepar e incluso una zona de bambú, cuyas hojas verdes ondeaban bajo la fría brisa.

—¡Hoja!

Los pandas rojos corrieron a restregar la cabeza contra ella, afectuosos, antes de bajar disparados hacia los árboles.

—¡Has encontrado el camino! —exclamó Murta, dándole un cariñoso lametón en la mejilla—. ¿Cómo lo has sabido?

La joven panda miró a Murta, que le devolvió la mirada con cierta preocupación.

—Hoja, ¿te encuentras bien?

—He visto una forma en el bosque —le explicó ella despacio—. Era larga, como una serpiente, pero enorme y negra. Ha pasado junto a mí casi tan cerca como estás tú ahora. Me ha indicado adónde ir.

Se produjo un silencio denso, conmocionado.

—El Dragón… —aseguró Enebro con un hilo de voz.

—Nos ha mostrado el camino —añadió Maguillo, con los ojos húmedos por las lágrimas—. ¡Después de todo, nos está vigilando!

—A lo mejor Pruna ha localizado su cueva y lo ha despertado —aventuró Jacinta.

—Ahora todo irá mejor —afirmó Enebro—. Esperad y veréis.

Los pandas comentaron esa afirmación entre risas mientras descendían la pendiente para preparar el Banquete de la Salida de la Luna. Sin embargo, Hoja no los siguió. Se quedó atrás, sola, en lo alto de la ladera, entre las enormes rocas.

No es que no estuviese tan contenta como los demás. De hecho, se sentía más feliz que nunca. Estaba radiante de felicidad.

La brisa se colaba por el hueco entre las rocas y le alborotaba el pelo. Pero, en vez del frío aire de la montaña, era una brisa cálida. Se estremeció emocionada mientras la brisa la envolvía, hasta que se desvaneció.

Era verdad: el Gran Dragón estaba con ellos.

«El Gran Dragón está… conmigo».

12

El viento soplaba frío y cortante a través de la llanura helada, en ráfagas violentas que sólo se veían interrumpidas por engañosos momentos de calma. No arrastraba ningún olor que no fuera el del hielo y la roca.

—¿Cuánto tiempo más deberíamos…? —empezó Carámbano, pero el viento lo hizo callar colándose entre él y sus hermanos, obligándolo a girar la cabeza y a cerrar los ojos con fuerza contra una rociada de aguanieve.

Fantasma se encorvó, tratando de olfatear el suelo, pero sólo captó el olor de los otros cachorros. Le rugió el estómago lo bastante fuerte como para que el aullido del viento no lo disimulara.

El ciervo había estado bien mientras había durado. Él y sus hermanos se habían quedado satisfechos y saciados. Pero ni siquiera un ciervo entero podía durarle eternamente a una familia de leopardos, y ahora que se les había terminado, todos volvían a tener hambre. Fantasma se quedó mirando la extensión vacía y rocosa.

«Jamás sabré cómo es no estar hambriento entre comida y comida —pensó—. Jamás seré lo bastante buen cazador para eso…».

—Sólo un poquito más —dijo Cellisca—. Quizá el viento haya empujado a las presas a guarecerse bajo tierra. Concentraos en buscar madrigueras y escondrijos.

—Fantasma, ¿ya has probado a…? —le preguntó Astilla.

Él suspiró. Sabía que su hermana pequeña se lo decía con buena intención y que quería recordarles a los otros su triunfo con el ciervo. Pero el problema era que ya había probado a pedirle ayuda al Felino de las Nieves. Se lo había pedido cuatro veces esa mañana, y no había percibido ni aliento cálido en el pelo ni huellas en la nieve.

—El Felino de las Nieves no va a cazar siempre por nosotros —le espetó Cellisca a Astilla, antes de que su hermano pudiera responder.

—Además, a lo mejor la otra vez sólo tuvimos suerte —masculló Carámbano.

—Fue real —replicó Fantasma—. Lo sé.

—Mmm. —Carámbano desvió la mirada para olisquear el suelo.

Y Fantasma cerró los ojos alzando el hocico hacia el cielo.

—Felino de las Nieves, por favor, muéstranos tus huellas para que podamos seguirlas —pidió, aunque en realidad deseaba suplicarle algo más que simples presas.

Él quería respuestas.

«Felino de las Nieves, ¿por qué me ayudaste antes y no me ayudas ahora? ¿Por qué hiciste que me sintiera útil para luego enseñarme que no lo soy en absoluto? Si tienes algún propósito para mí, si yo tengo un lugar en esta montaña, ¿por qué siempre te escondes de mí?».

El Felino de las Nieves no respondió.

Los cachorros se separaron para inspeccionar el campo de hielo en busca de guaridas con criaturas, pero, aunque Astilla se topó con el olor de una liebre, cuando excavaron en la madriguera estaba vacía.

—¡Vámonos! —les gritó Carámbano a los demás al final—. Esto no vale la pena.

Fantasma asintió, y unos cristales de hielo que tenía pegados al pelo cayeron en la nieve. Los cuatro hermanos llevaban la cola cubierta de escarcha.

—Vayamos hacia los árboles —propuso Cellisca—. Allí se está más resguardado. Quizá haya alguna presa.

Encabezó la marcha a través de la extensión de rocas y nieve, en dirección a la oscura línea de la copa de los árboles, al borde del risco. Mientras avanzaban, las nubes se rasgaron levemente, y finos rayos de luz de sol comenzaron a iluminar el paisaje, moviéndose y cambiando con el veloz discurrir de las nubes en el cielo. El sol era cálido, pero tan brillante que, al darles a los cachorros de frente, casi los cegaba y los obligaba a detenerse tanto como el gélido viento.

Los cuatro descendieron por una cuesta nevada hasta el lindero del bosquecillo. Los delgados pinos se aferraban a la montaña y crecían entre las grietas de las rocas. Cada uno de los ásperos troncos se ramificaba en dos o tres doseles de hojas, proyectando sombras zigzagueantes en el suelo con el paso de los relucientes rayos de sol.

—Caminad tan silenciosamente como podáis —susurró Cellisca, repitiendo el consejo de Hibernal—. La pinocha es muy quebradiza, así que id sólo por las rocas. Y no os olvidéis de que las presas podrían estar por encima de nosotros.

Fantasma miró hacia las ramas de los pinos. Sabía que podía trepar hasta lo alto, pero ¿qué haría cuando llegase allí? No podía cazar para sobrevivir sobre una superficie plana, así que no iba a intentarlo en un árbol…

Partes del suelo forestal eran extensiones llanas de tierra blanda debajo de una capa de nieve y pinocha. En otros lugares, los árboles crecían justo entre repisas rocosas que formaban peldaños y riscos a lo largo del borde de la montaña.

Cellisca, Carámbano e incluso Astilla parecían moverse con comodidad por el terreno desigual; saltaban distancias el doble de altas que ellos, manteniendo el equilibrio con la cola y pasando de rocas a ramas una y otra vez.

Fantasma los observó en silencio cuando empezaron a alejarse de él. Ni siquiera se molestó en llamarlos para que lo esperaran. No estaba seguro de poder ir a donde estaban yendo, y menos aún tan rápido como ellos. Dejaría que sus hermanos se ocuparan de la caza. Sería mejor para todos si alguno lograba atrapar algo. No se amargaría por eso; no se lo permitiría.

Sin embargo, notó que el corazón se le encogía mientras olfateaba alrededor de las rocas en busca de una ruta que fuese segura para él. Los rayos de luz que se colaban entre los árboles volvían la nieve del suelo de un blanco resplandeciente, y los destellos cegaron de nuevo a Fantasma, que tuvo que pararse no sólo para no perder el equilibrio, sino para librarse, parpadeando, de las imágenes residuales que siguieron bailando en su retina.

Se detuvo al borde de una ancha grieta que se abría entre dos rocas y olisqueó alrededor. Si tenía mucha mucha suerte, podría encontrar una carnosa perdiz dormida bajo los cálidos rayos del sol, o quizá una ardilla que estuviera completamente sorda…

Pero lo que captó no fue el olor de una presa viva. En vez de eso, olió algo del todo desconocido. Le recordó a la tierra, al mantillo húmedo, como el de las laderas más bajas de la montaña… Y a la sangre seca. Era el olor de un depredador, pero, desde luego, no se trataba de un leopardo.

«Aquí hay algo…».

Retrocedió, buscando a sus hermanos.

No había ni rastro de ellos.

—¿Astilla? —llamó, aunque lo hizo en voz baja, esperando que la pequeña estuviese cerca.

Pero no hubo respuesta.

Dio media vuelta y se encaramó al pino más cercano; las patas le temblaban sobre la áspera corteza. En general, trepar era lo único que sabía

hacer tan bien y casi tan silenciosamente como sus hermanos, pero con los nervios se precipitó y la rama en la que se apoyó se combó y se balanceó bajo su peso.

Seguía sin verlos, aunque se pasó un buen rato guiñando los ojos para localizarlos entre los rayos de luz y las sombras, buscando el menor movimiento en la nieve. Se quedó tan inmóvil como pudo, olfateando el aire para detectar el familiar aroma de la pelusa y la guarida de Hibernal, aguzando el oído para captar el crujido de la pinocha por las pisadas de…

Entonces, un alarido aterrado resonó entre las rocas, y Fantasma sintió que le daba un vuelco el corazón. Se deslizó por la rama y por el tronco para bajar del pino, y aterrizó duramente de costado en las rocas del suelo. El sonido procedía justo del otro lado de un risco que tenía delante. Lo subió lo más rápido que pudo, buscando agarraderos y ayudándose con los troncos, hasta que por fin llegó a lo alto y desde allí pudo ver una amplia cornisa salpicada de árboles y alfombrada de pinocha, donde Astilla, Cellisca y Carámbano estaban arrinconados con el lomo pegado a un muro de piedra.

Paseándose cerca de ellos, rondándolos y bloqueándoles cualquier salida, había tres criaturas extrañas. Tenían el pelo corto y negro, y no eran como los leopardos. Para empezar, eran más grandes. En el pecho tenían un círculo de color naranja vivo, como una versión gigantesca de una mancha de leopardo.

Se movían despacio, casi con torpeza, pero sus músculos tensos revelaban su fuerza. Tenían la cara alargada, con un hocico de un naranja claro que terminaba en una nariz redonda, y carecían de bigotes. Uno de ellos abrió las fauces, y Fantasma vio cómo desenroscaba una larga lengua para saborear el aire.

—¿Quién ha invadido nuestro lugar de descanso? —gruñó la mayor de las extrañas criaturas con una voz atronadora que retumbó por la montaña.

Al fijarse mejor, Fantasma se percató de que una de las tres era más pequeña que las otras… ¿sería un cachorro? Era más grande que cualquiera de los hijos de Hibernal, pero no mucho más que el propio Fantasma. Los otros dos eran un macho y una hembra, probablemente los padres del cachorro.

Cellisca se envalentonó, erizando el pelo, y se adelantó con la cola muy alta, a la defensiva.

—Somos los cachorros de Hibernal —anunció con firmeza—. Y no pretendíamos interrumpir vuestro sueño.

—Leopardos —dijo la hembra sorbiendo por la nariz—. Pueden ser peligrosos, pero… estos tres son muy pequeños. Y yo tengo mucha hambre,

Ónix…

—Cierto. Las presas escasean en este condenado lugar en el que sólo abunda el hielo —gruñó el macho dando un paso adelante.

Por instinto, los tres cachorros se apretujaron los unos contra los otros. Cellisca bufó y mostró los colmillos, pero estaba temblando y tenía los ojos desorbitados de pavor.

Fantasma soltó un rugido y saltó. Aterrizó con torpeza en la roca siguiente, y luego en la de más allá, haciendo tanto ruido como podía mientras saltaba de una a otra.

—¡Apartaos de mis hermanos! —bramó al llegar al claro, gruñendo y mordiendo el aire ante aquellas extrañas criaturas negras.

Las tres se volvieron en redondo, esparciendo pinocha, y lo miraron con rabia y confusión.

—¿Qué es esto? —rugió Ónix—. ¿Qué eres?

—¡Yo también soy cachorro de Hibernal! —le gritó Fantasma a su vez—. ¡Y te partiré el cuello de un mordisco como les hagas daño!

Estaba convencido de que pelearían. De que aquellas criaturas le rugirían, huirían si tenía suerte o lo matarían si no la tenía. Se disponía a volverse hacia sus hermanos para decirles que salieran corriendo cuando vio que la expresión agresiva de las criaturas negras se ablandaba. Se miraron entre ellas y luego miraron a Fantasma como si él les hubiera dicho algo completamente desconcertante, en vez de haber amenazado con matarlas. El cachorro incluso se sentó en el suelo ladeando la cabeza y dijo:

—Pero no es un leopardo. Es un oso.

Fantasma gruñó, aunque de forma débil y vacilante.

—¡No soy un oso! ¿Qué… qué es un oso?

—Nosotros somos osos —respondió la hembra.

—¡Fantasma no es para nada como vosotros! —les espetó Astilla, pero, cuando la osa se volvió hacia ella, corrió a esconderse detrás de Cellisca.

—No, no es uno de los nuestros. Nosotros somos osos malayos. El Gran Dragón nos hizo la marca del sol en el pecho, ¿veis? —añadió Ónix, rascándose el círculo anaranjado.

Fantasma reparó en que, ni siquiera ahora que el macho parecía más relajado, había escondido las garras.

—¿Eres amigo de estos felinos, osezno? —le preguntó la hembra.

—Son mis hermanos —insistió Fantasma.

¿Por qué no lo entendían? Él no se parecía en nada a ellos…

—Bueno, si son tus… amigos —continuó la osa, y a Fantasma le indignó que escogiera esa palabra—, entonces los perdonaremos. Podéis iros.

—¿Tú también viniste a vivir aquí después de la inundación? —le preguntó el cachorro a Fantasma, dando unos pasos hacia él y olfateando el aire que lo rodeaba.

—Ten cuidado, Esquisto —le dijo Ónix, aunque no intentó detenerlo.

—La inundación destrozó nuestro bosque —continuó el osezno—. Por eso estamos cruzando estas montañas. Mamá dice que en el bosque hacía más calor y que comíamos peces, pero yo no me acuerdo. ¿Tú también vienes de un lugar así?

En realidad, Fantasma no acababa de entender lo que le decía el pequeño, pero negó con la cabeza.

—Estáis… estáis completamente equivocados. Yo soy de aquí —respondió con cierta tristeza—. Soy hijo de Hibernal, igual que mis hermanos.

—Entonces debes de ser una especie de oso de las nieves —dijo la hembra, pensativa—. Te deseo suerte, seas lo que seas.

Dio media vuelta, llamando a su cachorro con un gesto de la cabeza, y Esquisto corrió a su lado. Los osos comenzaron a alejarse subiendo por las rocas, y los jóvenes leopardos fueron acercándose despacio a Fantasma, manteniéndose a una distancia prudencial de los osos. Antes de desaparecer entre los árboles, el llamado Ónix se volvió a mirar a Fantasma con expresión amable pero perpleja.

—Esquisto tiene razón, cachorro —le dijo—. Tú no eres un leopardo.

Y luego desapareció tras un saliente rocoso. Lo último que Fantasma vio fue su cola corta y negra.

—¡Bien hecho, Fantasma! —exclamó Cellisca, restregándole el hocico contra el costado—. ¡Nos has salvado!

Astilla brincó entusiasmada y saltó por encima de su hermano, antes de acurrucarse contra él para recuperar el aliento.

—¡Eres muy valiente!

Fantasma se quedó mirando el sitio que un momento antes habían ocupado los osos. Sintió frío, más incluso que cuando el viento del llano le escarchaba el pelo con cristales de hielo.

—¿Por qué creen que soy uno de ellos? —preguntó con un hilo de voz.

—Eso ha sido muy extraño. —Astilla le dio un lametón cariñoso en la zarpa que tenía más cerca.

—Yo… yo… no soy uno de ellos, ¿verdad?

—Claro que no —le aseguró Carámbano—. No existen los «osos de las nieves».

Pero miró con curiosidad las patas y el pelo corto de Fantasma, que sintió cómo se le aceleraba el corazón.

Fantasma se volvió hacia Cellisca. Ella le diría la verdad. Su hermana siempre tenía en cuenta las dos caras de la moneda.

—Desde luego que no. —Cellisca se sentó delante de él y le dio un lametazo en la coronilla, igual que Hibernal hacía con ellos cuando eran pequeños—. Fantasma, tú eres especial… pero no por eso dejas de ser uno de nosotros. Todos sabemos que eres hijo de Hibernal, igual que nosotros. ¿De dónde si no habrías salido?

Al final lograron localizar y atrapar dos liebres en la llanura. Habían salido de sus madrigueras cuando el viento había amainado y el sol radiante caldeaba el aire. Los cachorros de Hibernal habían comido bien antes de regresar a casa.

Mientras descendían la ladera, avanzando entre rocas y terraplenes nevados, pasaron junto a un muro rocoso que estaba cubierto de hielo. El granizo le había añadido otra capa de hielo y el sol lo había fundido, de forma que la superficie era lisa y brillante.

Fantasma captó el movimiento de su propio reflejo en el hielo y se detuvo a mirarlo.

Sus hermanos siguieron adelante, contentos de haber escapado por los pelos de los osos y de haberse llenado el estómago, pero él dejó que avanzaran antes de aproximarse al hielo para observar con más atención sus rasgos.

Era más grande y corpulento de lo que debería ser un leopardo. Su hocico era más largo; su nariz, más grande y redonda. Sus zarpas no tenían la misma forma. Sus garras no eran retráctiles. Su cola era corta. Su pelo era fino, su cabeza y sus orejas eran redondeadas, sus patas eran más gruesas…

Fantasma comenzó a temblar allí sentado, solo en aquel lado de la montaña, contemplando su reflejo y viendo, ahora que ya tenía un nombre que darle, a un oso.

«¿Qué es eso? ¿Qué soy yo?».

Un rugido de angustia le subió por el pecho, pero Fantasma no lo dejó salir. Los otros cachorros —los de verdad— lo oirían y regresarían, y él no podía mirarlos a la cara en ese instante. Se plantó sobre las patas traseras y arañó el hielo, pero no logró arrancarlo de la roca. Lo único que hizo fue dejar

surcos desiguales en la superficie, pero incluso eso se derritió mientras miraba.

«¿Qué soy yo?».

Un leopardo no, desde luego. Eso era amarga y casi cómicamente obvio. Se preguntó cómo había logrado convencerse durante todo aquel tiempo de que era un leopardo.

«Hibernal me ha mentido».

Una ardiente oleada de odio burbujeó en su interior, nueva, descarnada y aterradora.

«¡Me ha mentido! Me ha dejado pensar que soy un leopardo deforme y raro, ¡cuando resulta que soy algo completamente distinto! No soy su hijo. Y no pertenezco a este lugar; justo lo que siempre dicen Briosa y Granizo».

Se derrumbó en el suelo, todavía temblando, y se ovilló tapándose los ojos con las patas, como si escondiéndose de su reflejo pudiera ignorar la verdad.

«Entonces, ¿de dónde vengo? ¿Quién es mi verdadera madre si Hibernal no lo es? ¿Quién soy?».

13

Ocaso se irguió en la horcadura de un árbol en el lindero del claro de los banquetes, con los ojos cerrados, sujetando su pequeña piedra azul sin apretarla. Los pandas de Lomapróspera se reunieron alrededor de la base del árbol, mirando al portavoz. Peonía se inclinó para que Arce trepara a su lomo y pudiera ver mejor.

Lluvia se sentó al final del grupo; miraba con tanta atención como los demás… bueno, quizá no tanta como Guijarro, que estaba sentado justo debajo del árbol, casi conteniendo la respiración. Ella sabía que esperaban cosas distintas. La expresión de Guijarro rebosaba asombro. Él creía que Ocaso abriría los ojos y compartiría con ellos todos los pensamientos del Gran Dragón, un ser sabio y antiguo.

Lluvia esperaba que Ocaso mintiera.

No sabía qué mentira les iba a contar, o qué iba a conseguir con ella, pero sabía que sería una mentira y que ella sería la única que no se la creería.

Había más pandas que nunca en el claro de los banquetes, pero Lluvia jamás se había sentido tan sola.

Ocaso levantó la Piedra Visionaria más y más alto, tanto que los pandas soltaron un respingo al pensar que el portavoz podría perder el equilibrio y caerse de la rama. Pero él sabía muy bien lo que estaba haciendo; volvió a bajar la piedra despacio y sólo entonces descendió del árbol, todavía con los ojos muy cerrados. Cuando tocó el suelo de nuevo, los abrió soltando aire lentamente.

«Le estás echando bastante cuento», pensó Lluvia. Seguro que alguien más empezaría a pensar que todo aquello era un poco ridículo, ¿no? Además, la última vez no había sobreactuado tanto.

Pero el resto de los pandas de Lomapróspera parecían concentrados en el portavoz del Dragón, aguardando expectantes a que empezase.

—El Dragón me ha hablado —proclamó Ocaso—. Éstas han sido sus palabras: «Una brisa llevará los aromas del verano hasta el Reino del Bambú».

—¡Oooooh! —exclamaron varios pandas.

—¿Qué significa eso? —preguntó Anuro en un susurro.

—Podría significar muchas cosas —le respondió Aurora, susurrando a su vez.

«Significa que las estaciones cambiarán y que el viento soplará —pensó Lluvia—. Significa que Ocaso sólo dice cosas que sabe con certeza que van a suceder, para que nadie descubra que es un farsante. Significa que yo tengo razón».

Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

Ocaso aceptó una brazada de bambú fresco de Guijarro y se sentó con pesadez para comérselo, como si subir a un árbol y ondear una piedra hubiera sido una tarea agotadora. Los demás pandas retomaron también su banquete mientras especulaban sobre el mensaje del Dragón.

—Significa que está por llegar una buena época —afirmó Laurel—. Pronto el tiempo será más cálido.

—La parte del aroma también debe de significar algo —se sumó Guijarro, sentándose cerca de Lluvia, pero sin mirarla, ya que se dirigía a Laurel y Aurora—. Quizá percibamos un nuevo olor y en cuanto lo captemos sabremos que se avecina algún cambio.

—O tal vez el verano no llegará aquí —añadió Risco, acomodándose cerca de ellos—. El Dragón siempre ha sido muy aficionado a los avisos. Puede que nos esté diciendo que el mejor bambú de este año crecerá en otra parte y que tendremos que utilizar el olfato para localizarlo.

«¡Venga ya!», estuvo a punto de espetarles Lluvia. ¿Cómo podían encontrar tantas cosas que decir sobre un mensaje tan vacío? Sin embargo, sabía que si decía lo que opinaba corría el riesgo de delatarse ante Ocaso y sus tonterías; además, Guijarro estaba asintiendo ante la ridícula teoría de Risco mientras se comía su bambú con expresión pensativa.

A Lluvia le partía el corazón dejar que su mejor amigo siguiera sin saber que estaban mintiéndole, pero todavía no tenía pruebas de peso para convencerlo. Si intentara contárselo todo, volverían a pelearse, y no podría soportarlo.

Decidió marcharse de allí, no quería seguir oyendo aquellas cosas. No tardarían en llegar a la conclusión de que el mensaje significaba que el cielo era verde y el río iba a fluir en dirección contraria. Se levantó para irse, pero, antes de salir del claro de los banquetes, oyó que la llamaban. Al girarse, vio a Ocaso dirigiéndose hacia ella.

—Lluvia, quería preguntarte si has hecho progresos con el río.

La joven panda se sulfuró, pero intentó disimularlo. Aunque estuviera buscando con todas sus energías, tendrían que pasar muchos banquetes antes de que encontrase un lugar para cruzar el río que no hubiese descubierto ya ningún otro panda de Lomapróspera.

—Bueno… —Se sentó y se rascó el cuello—. He estado mirando, y hay sitios donde la corriente es más fuerte, pero los bajíos pueden ser muy engañosos. Uno puede ver de inmediato… si es un nadador experimentado, claro… cuándo se está metiendo en aguas peligrosas, y a veces las corrientes más fuertes se encuentran a un solo paso de la orilla. En cualquier caso, aún no he dado con un punto donde la corriente central sea lo bastante tranquila para atravesarla.

—Muy bien, eso ya es algo —respondió Ocaso, dedicándole una sonrisa amistosa.

Lluvia reprimió las ganas de devolverle el gesto con una mueca.

—Gracias. Me alegro de ayudar.

«¿Lo ves? —pensó—. Yo también puedo mentir. Y de forma mucho más convincente que tú».

—Sigue buscando —le pidió el portavoz—. Y que el Gran Dragón guíe tus pasos.

La joven panda asintió y salió del claro simulando que se iba al río, pero sintió un leve escalofrío al recordar su «sueño». Había sido muy vívido, muy… detallado. Incluso en ese instante, casi podía notar en la nariz el cosquilleo del agua en suspensión de la cascada. Nunca había oído decir a nadie que el Dragón tuviese tres cabezas, así que ¿por qué se le había presentado así?

Se sacudió y siguió adelante. Estaba haciendo lo mismo que los demás, trataba de encontrar significado a cosas que no significaban nada. Necesitaba pruebas para demostrar las mentiras de Ocaso y no iba a conseguirlas si no hacía algo.

A unos cuantos pasos del claro, cuando estaba segura de que Ocaso no podría verla, se escondió debajo de un arbusto grande y frondoso y esperó aguzando el oído. Oyó que los otros pandas comenzaban a marcharse también; algunos charlando, otros masticando el último bocado de su comida. Captó un olor desconocido; luego se dio cuenta de que era Arce, que iba parloteando con Peonía con su vocecilla aguda. A Lluvia la reconfortó que estuviesen juntos. Su madre protegería al pequeño. No permitiría que ni el portavoz ni los monos le hicieran daño.

Por fin detectó a Ocaso. Lluvia contuvo el aliento y permaneció inmóvil mientras él pasaba. Dejó que desapareciese casi por completo de la vista antes de desplazarse al siguiente arbusto, y luego tras una roca, y después tras el tronco de un árbol enorme, siguiendo al portavoz del Dragón a través del bosque.

¿Adónde iría? ¿Actuaría como un panda normal y se tumbaría al sol sobre una roca, o tomaría un aperitivo entre banquetes, o simplemente daría un paseo por las colinas?

¿O tenía pensada otra cosa para aquella Luz Larga?

En un par de ocasiones, Lluvia creyó que Ocaso la había olido u oído, así que se camufló entre la vegetación, esperando por si él cambiaba de rumbo. Aun así, aunque el panda miró alrededor una o dos veces, pareció convencerse de que estaba solo y siguió caminando en la misma dirección.

«No está dando un simple paseo… Se dirige a algún sitio», pensó Lluvia al asomarse con cuidado tras un peñasco y ver que Ocaso cruzaba un riachuelo chapoteando en la fresca y limpia agua.

Lo siguió muy despacio para no hacer ruido al avanzar por el arroyo.

Y por fin llegó a lo alto de una colina. A sus pies vio una roca enorme debajo de un pino muy grande y retorcido. Tibias Potentes, el mono dorado, estaba sentado en ella, tirándose del pelo con sus extraños dedos larguiruchos. Levantó la vista hacia Ocaso cuando éste se acercó, y Lluvia se apresuró a ocultarse en una mata de helechos altos para contemplar la escena.

—Buena Luz Larga, oh, benévolo y sabio portavoz del Dragón —lo saludó Tibias Potentes, y soltó una risotada que se contagió entre el grupo de monos que holgazaneaban en las ramas por encima de él.

Unos pocos saltaron al suelo y se situaron alrededor de la roca en la que descansaba su líder.

—Gracias, amigo —respondió Ocaso, aunque con frialdad—. Bueno, ¿dónde está?

—Cerca, cerca… —contestó Tibias Potentes—. ¿Qué prisa tienes, chico listo?

Ocaso rugió. Lluvia se sobresaltó y los helechos que la rodeaban se estremecieron. Jamás había oído rugir al portavoz de esa manera. Los monos también se sobresaltaron, y algunos de los que estaban en la roca cayeron al suelo o regresaron como por instinto al árbol, pero riéndose tontamente mientras huían. Tibias Potentes se rascó la barbilla con toda la tranquilidad del mundo.

—No me pongas a prueba, mono —gruñó Ocaso—. Llegamos a un trato, ¿recuerdas? Tengo muchas más profecías que hacer y esto no está funcionando. Necesito ya mismo más hojas de los sueños.

—Hasta ahora, tal como yo lo veo, este trato te ha beneficiado sobre todo a ti… —objetó Tibias Potentes pensativo, pero, cuando Ocaso dio un paso amenazante hacia su roca, añadió—: No te preocupes. —No movió ni un músculo, aunque varios de los suyos se alejaron para mantener la distancia con el portavoz—. De verdad que ya está cerca. Tú siéntate aquí, que enseguida regresaremos con tus preciadas hojas de los sueños.

Dio unas palmaditas en la roca, volvió a reírse y se encaramó al árbol saltando. El grupo de monos se puso en marcha dando volteretas y brincando por las ramas. Ocaso se sentó, se recostó contra un árbol y resopló con impaciencia.

Lluvia tomó una decisión.

Con muchísimo cuidado, salió de entre los helechos, dio media vuelta y echó a correr tras los monos con el mayor sigilo posible.

Aquella persecución fue mucho más complicada que la de Ocaso. Los monos se movían con rapidez, y a veces de una forma aparentemente caprichosa, así que cuando iba corriendo de un escondrijo a otro y el grupo giró de golpe, saltando entre los árboles, tuvo que frenar en seco e internarse en el sotobosque para que no la vieran.

«No está tan cerca —pensó mientras se asomaba entre las ramas—. Puede que Ocaso sea un mentiroso, pero parece que a él también le están mintiendo…».

Los monos eran demasiado veloces para que la joven panda pudiera mantener su ritmo mucho tiempo, pero, por suerte, armaban tanto alboroto al avanzar que podía seguirlos sin problema. Si eso fallaba, también podía olfatear las hojas recién caídas de los árboles y dar con las que tuvieran el olor a mono más intenso… repulsivamente dulce por su dieta a base de fruta, flores e insectos.

Corrió hasta que volvió a percibir los sonidos más cerca y luego más cerca todavía. Oyó a los monos gritándose en algún lugar muy por encima de su cabeza, y después los árboles se espaciaron y se encontró ante una amplia extensión entre dos despeñaderos enormes, casi verticales, mirando hacia una de las gigantescas columnas rocosas que en ocasiones aparecían entre las montañas del Bosque del Norte. Estaba cubierta de hiedra y helechos que habían logrado aferrarse a las grietas de la piedra, y en la cima crecía un pequeño grupo de bambús ondulantes, con las cañas y las hojas rayadas. La

columna entera parecía una criatura descomunal, erguida y con el pelo de punta.

Los monos estaban trepando por la roca a toda velocidad, agarrándose a la hiedra y saltando de repisa en repisa. Lluvia sólo pudo distinguir a Tibias Potentes; era un poco más grande que el resto y se movía con mayor determinación, mientras que los demás se balanceaban con desenfreno a su alrededor, entusiasmados. El líder de la manada llegó a lo alto de la columna y esperó a que los otros lo alcanzaran y se acomodaran cerca de él, antes de señalar el bambú dando órdenes con su voz aguda. La joven panda tuvo que aguzar el oído para captar sus palabras.

—… y que cada mono agarre un puñado. Cola Ágil, tú súbete a lo más alto.

Los monos comenzaron a trepar por los troncos del bambú para arrancar los brotes y las hojas. Cola Ágil, que era muy pequeña, se encaramó directa a lo alto de uno. Se aferró al tallo cuando éste empezó a balancearse de un lado a otro, y agarró todas las hojas del extremo. A Lluvia se le encogió el estómago cuando la joven mona se inclinó por el aire, a una distancia enorme del suelo forestal, pero era evidente que a Cola Ágil no le importaban lo más mínimo ni las sacudidas de la planta ni la aterradora altura. La joven panda tuvo que admitir que aquellas criaturas tenían los nervios de acero, tan firmes como el tronco de un ginkgo. Los monos no tardaron mucho en descender con las manos y la boca llenas de hojas de bambú rayado.

Lluvia permaneció inmóvil y sin hacer ruido cuando los monos volvieron a pasar por su lado, seguramente para entregar el bambú —la hoja de los sueños— a Ocaso.

Ya no necesitaba seguirlos ni ver la entrega. Ahora debía hacer otra cosa.

Cuando los gritos de los monos se apagaron, Lluvia salió de su escondrijo y se acercó a la columna rocosa. Tragó saliva al mirar hacia arriba. Aquella piedra era más alta que el árbol más alto al que jamás hubiera trepado, y ella no era un mono.

Pero, al parecer, el bambú rayado sólo crecía allí.

Rodeó la roca, observando con cuidado sus grietas y hendiduras antes de decidir por qué lado sería más fácil empezar. Escogió una ruta que parecía tener bastantes asideros y comenzó a izarse lentamente.

A su pesar, mientras iba de una repisa a otra, tuvo que reconocer que no era la trepadora más hábil de Lomapróspera. Se obligó a tomárselo con calma y se recordó que no debía fiarse de la hiedra; resultaba muy tentador agarrarse a ella, pero, aunque quizá podía aguantar unos instantes el peso de los monos,

una osa panda era algo muy distinto. Procuraba no dirigir la vista hacia abajo, pero no podía evitar mirar de reojo entre sus patas. En una de esas ocasiones, de repente tuvo la impresión de que había llegado más allá de las copas de los árboles. El vacío del aire que la rodeaba pareció tirar de ella, y enseguida se concentró en la roca que tenía ante la nariz, tratando de convencerse de que el suelo seguía estando debajo de sus patas traseras…

Estaba acercándose al final cuando una zarpa le resbaló en una franja de musgo húmedo y pataleó aullando de pavor; pero logró hundir profundamente las garras en una grieta mientras volvía a hacer pie. Se mantuvo inmóvil un rato, aferrada a la columna de piedra, hasta que dejó de temblar.

Por fin se izó hasta la cima de la roca y allí se quedó tendida hasta que recuperó el aliento, cerrando los ojos para imaginar que sólo estaba tumbada en una agradable cornisa rocosa en la ladera de una colina.

Al cabo se incorporó y se desplazó con cuidado para observar desde lo alto sin perder el equilibrio. Las vistas eran impresionantes por encima del frondoso dosel verde y dorado, con los dos muros rocosos a ambos lados enmarcando la visión de más montañas que se alzaban en la distancia, relucientes y exuberantes bajo la intensa luz del sol. Luego miró hacia abajo, pero retrocedió de golpe cuando el suelo pareció oscilar bajo su cuerpo como el fondo del río en un día despejado.

Bajar iba a ser todo un desafío.

Sin embargo, primero debía descubrir qué tenía de especial aquel bambú. Sentada en la roca musgosa, estaba justo delante de la pequeña plantación de bambú de extrañas hojas rayadas. Las olfateó con cautela. Olían a bambú leñoso y fresco, quizá algo más fuerte de lo habitual.

Ocaso lo había llamado «hoja de los sueños». Así que debía de provocarle visiones… Visiones que podía usar para falsear los mensajes del Dragón. Lluvia arrancó un puñado de hojas y las miró con recelo. Tenía que estar segura, pero ¿y si se las comía, se veía transportada a otro sueño extraño como el que había tenido junto al río, se caía de la columna y se abría la cabeza?

«¡Venga, hazlo ya!».

Se aseguró de estar asentada con firmeza en lo alto de la roca. Luego, con muchísimo cuidado, mordió el extremo del manojo.

—¡Puaj!

Sacó la lengua para lamerse el pelo, tratando de librarse de los trocitos de bambú mascado. Era repugnantemente amargo.

—¡Qué asco!

Sacudió la cabeza y se pasó la lengua por el hocico.

—Bueno, está claro que Ocaso no se come esto por su sabor… —masculló.

El portavoz había dicho que necesitaba mucho. Con un estremecimiento, la joven panda se metió todo el manojo en la boca y lo masticó con fuerza. El amargo jugo de la planta le corrió por la lengua y Lluvia hizo una mueca, pero siguió mascando y se obligó a tragar. Luego se echó hacia atrás a esperar.

No parecía suceder nada, al menos por el momento, así que se recostó contra los gruesos e inclinados troncos de bambú.

«Venid, sueños —pensó—. Estoy preparada para recibiros. Sea para lo que sea esta cosa, estoy lista para averiguarlo».

Engulló otro amargo bocado y luego otro más para no quedarse corta. Pero siguió sin pasar nada.

Esperó un buen rato en lo alto de la roca, mientras la Luz Larga se transformaba en el Descenso del Sol. No quería iniciar la interminable y aterradora bajada hasta estar convencida de que no empezaría de repente a ver dragones. Pero al final, como parecía que no la iban a abordar visiones ni sueños, se puso en marcha y comenzó a descender con cuidado por un lateral de la columna.

Para cuando llegó al suelo, seguía sin notar nada extraño, excepto un regusto amargo en la lengua.

Se dirigió hacia el claro de los banquetes con un pensamiento reverberándole en el pecho.

«Ocaso cree que tendrá visiones si come suficiente bambú rayado… Pero a mí no me ha funcionado. Así que es probable que a él tampoco. ¿Acaso los monos lo están engañando para que se coma esas hojas tan asquerosas? Pero ¿por qué harían algo así?».

De una cosa estaba segura: si Ocaso necesitaba ayuda para las profecías, eso sólo quería decir que no era el portavoz del Dragón. Ni nada que se le pareciera.

14

Hoja caminaba a la cabeza de los pandas, siguiendo el tortuoso recorrido a través de las Montañas de las Cumbres Blancas. Rayo iba a su lado y los demás pandas rojos corrían a su alrededor, igual que el día anterior, adelantándose unas veces y quedándose atrás otras, siempre buscando cualquier señal del tigre.

El Dragón no había vuelto, pero el rastro que había dejado los llevaba por un sendero despejado y evidente que serpenteaba entre las cimas de las colinas, siempre hacia arriba, en dirección a las montañas. No era necesario que Hoja liderara la marcha, pues la ruta era clara para todos los pandas, pero los demás habían insistido en que, como era ella quien había visto al Dragón, debía ir la primera, por si acaso regresaba.

Tras el Banquete de la Salida del Sol, iban caminando a lo largo de un alto risco cuando Hoja y Rayo salieron de la sombra oblicua de los árboles a un espacio abierto y desnudo y se encontraron de repente con un grupo de pandas rojos que se habían adelantado para explorar.

—¿Qué ocurre? ¿Habéis olido algo? —les preguntó Hoja.

—Mira —respondió Brinco, que estaba entre ellos.

Hoja vio lo que había provocado que se detuvieran. De pronto, en lo alto de aquel risco tenían una visión clara de las montañas situadas más al norte. Las Cumbres Blancas, con sus extensas llanuras heladas y sus cortantes grietas, y, más allá, en la dirección de la puesta del sol, la Montaña del Dragón. Su imponente mole se alzaba, irregular y morada, contra el cielo matinal, y su cima se perdía en unas nubes que parecían enroscarse a su alrededor, aferrándose a sus escarpadas laderas.

—Ahí está la cueva del Dragón —susurró Hoja—. Dicen que la nube que la rodea es su aliento.

—Bueno, parece un sitio… acogedor —dijo Rayo—. Muy seguro, y para nada un lugar en el que podríamos morir congelados.

—Está bien. —Hoja entendía que la montaña pusiera nerviosos a los pandas rojos, pero ella se sentía tranquila—. El Dragón quiere que vayamos.

No pasa nada.

—Quiere que tú vayas —masculló Glotona.

—Venga… —dijo la joven panda—. El camino sigue por ahí.

Continuó sin importarle que el viento fuera frío en el risco desprotegido ni que la Montaña del Dragón todavía estuviese muy lejos. Quizá encontraran a Pruna. Incluso era posible que Pruna ya estuviera de regreso de la cueva con buenas noticias.

El sendero descendía del risco para subir por la loma siguiente a través de una franja de arbustos espinosos. Hoja se preguntó qué criaturas habrían hollado aquel sendero por primera vez… Algo debía de recorrerlo a menudo. A lo mejor eran las extrañas cabras grises y de enormes cuernos curvados que habían visto pastando en las laderas.

Mientras guiaba a los demás a través del estrecho espacio entre dos arbustos, Hoja vio algo blanco enganchado en una de las ramas. Era pelo. Corrió hacia allí para olfatear con cuidado alrededor del arbusto… y se le ensanchó el corazón.

«¡Tía Pruna!».

—¡Pruna ha pasado por aquí! —les dijo a los demás.

—Por los nueve banquetes… —suspiró Maguillo—. Gracias al Dragón.

Salieron de entre los arbustos y siguieron por la senda, que zigzagueaba entre unos pinos, hablando sobre la misión de Pruna.

—Estoy segura de que daremos con ella pronto —afirmó Hoja—. Si nosotros…

—¡Tigre!

Hoja enmudeció cuando vio a Errante y a Glotona corriendo hacia ellos por la pendiente. Todos los pandas frenaron en seco, murmurando entre sí.

—El tigre está cerca —anunció Glotona sin aliento—. El olor es cada vez más intenso.

—Nos está siguiendo —añadió Errante.

—¿Estás segura? —le preguntó Hoja.

Errante la miró sombría.

—Conozco ese olor. Esa criatura es muy lista. Lleva siguiéndonos un rato, pero se ha mantenido a distancia para que no pudiéramos detectarla. Hasta que hemos tenido suerte.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Hierba—. ¿Deberíamos echar a correr?

—No deberíamos haber llegado tan lejos —masculló Montero—. Aquí no hay comida, pero sigue habiendo un tigre.

—¿O deberíamos… deberíamos enfrentarnos a él? —dudó Jacinta.

—No podemos permitir que nos siga hasta la Montaña del Dragón —sentenció Sagaz.

—Pero nosotros…

A Rayo lo interrumpió un rugido tan fuerte que varios pandas se tiraron al suelo y se taparon las orejas con las zarpas. El rugido estremeció el aire que los rodeaba y retumbó contra las laderas de las montañas. Fue tal el estruendo que pareció proceder de un animal enorme, tan grande como si fuera la mismísima montaña la que hubiera abierto las fauces para aullar.

—¡El tigre! —chilló Rauda Trepador girando en redondo y echando a correr cuesta abajo.

«Ni siquiera el tigre podría emitir un sonido tan atronador», pensó Hoja.

—¡Corred! —exclamó Hierba, dando media vuelta para seguir a Rauda.

Uno tras otro, los pandas y los pandas rojos fueron presas del pánico y salieron huyendo sin orden. Jacinta agarró a Carrizo por el pescuezo para llevárselo.

—¡No, esperad! ¡Por favor, esperad un momento!

Hoja trató de interponerse en el camino de Errante, pero ésta se le coló entre las patas y se adentró por los arbustos para alcanzar a los demás. Todos abandonaron el sendero y empezaron a correr ladera abajo.

—¡No creo que se trate del tigre! Nos estamos equivocando… ¡El Dragón nos ha mostrado el camino! —les gritó Hoja. Luego se volvió en busca de su mejor amigo—. Rayo, por favor…

—Yo estoy contigo —respondió él, arrimándose a su costado y enroscándole la cola alrededor de sus patas traseras, con las orejas pegadas al cráneo por el miedo—. Pero ¿qué ha sido eso? ¿Qué hacemos?

—¡Hierba! ¡Sagaz, Enebro! ¡Por favor, volved! —bramó Hoja.

Pero los demás pandas no la escuchaban.

Entonces el mundo se retorció bajo las patas de Hoja. Con un nuevo rugido, el suelo se sacudió y comenzó a elevarse levantando a la joven panda y a Rayo, y a todos los arbustos y los árboles también. La tierra crujió y las rocas se hicieron pedazos. Hoja estiró las zarpas para agarrarse al tronco de uno de los pinos más cercanos, mientras el suelo estallaba temblando y destrozándolo todo a su alrededor, partiendo las piedras y provocando nubes de polvo. Uno de los árboles se derrumbó y empezó a rodar por la ladera. Hoja lo vio caer cuesta abajo, en dirección a los demás pandas.

—¡Cuidado! —chilló, aunque apenas pudo oír sus propios gritos por encima del estrépito de la tierra al resquebrajarse.

Un enorme pedazo de roca se desprendió de la pendiente por encima de Hoja y comenzó a deslizarse. Rayo perdió pie y se vio arrastrado lejos de su amiga, arañando el suelo para intentar trepar por la corriente de tierra. La joven panda alargó la pata hacia él, que logró aferrarse a ella, y ambos se quedaron colgando del tembloroso árbol por una sola zarpa.

Hoja miró hacia abajo y vio que los pandas y los pandas rojos estaban desperdigándose para apartarse del camino de la roca, pero resbalaban y tropezaban, intentando en vano agarrarse a arbustos y piedras. Una nube de polvo brotó de una grieta y le ocultó a la mayoría de los pandas, aunque siguió oyendo sus gritos de pánico.

El árbol al que estaban sujetos dio una sacudida espantosa.

—¡Arriba! ¡Tenemos que ir hacia arriba! —le gritó Hoja a Rayo.

Su amigo consiguió trepar por encima de ella agarrándola del pelo, y Hoja pudo soltarse por fin del árbol, justo en el momento en que éste caía al suelo y azotaba el aire con las raíces mientras rodaba cuesta abajo.

La joven hundió las garras en el suelo y ascendió con la cabeza gacha para que no la cegaran el polvo y las piedrecillas. El suelo seguía estremeciéndose y rugiendo como un animal aterrorizado. Hoja ya no oía a los demás pandas, pero, como no había nada más que ella pudiera hacer, siguió ascendiendo. Rayo trepaba a su lado; sus pequeñas patas avanzaban ahora con pasos menos firmes por la espantosa pendiente.

—¡Hoja! —exclamó de pronto.

Ella alzó la vista demasiado tarde: una caña de bambú iba a chocar contra ellos. La joven panda se preparó para el impacto y las hojas la rozaron de forma inofensiva, pero la parte más gruesa de la caña golpeó a Rayo, que se vio enredado en las ramas, perdió pie y comenzó a rodar.

—¡No! —bramó Hoja.

Se volvió en redondo y se soltó. Mientras su amigo caía, ella se lanzó hacia él y le agarró la cola con los dientes. Notó cómo Rayo se sacudía y oyó sus gritos de dolor, y clavó de nuevo las zarpas en el suelo para no seguir resbalando hacia la devastación que los esperaba más abajo. El bambú siguió su descenso por la montaña dando bandazos y dejando atrás a Rayo.

Hoja se giró despacio y arrastró con ella a su amigo. Un poco más allá vio una peña tan grande que apenas se movía, sólo parecía temblar ligeramente. Un punto inmóvil en aquel río de tierra. Fue hacia allí y se acurrucó con Rayo en la superficie dura y sólida…

Y esperaron.

Estaban cerca de la cima de la montaña y por encima de ellos quedaban pocas cosas que pudieran caer. Sin embargo, Hoja veía las otras cumbres: partes de ellas se desmoronaban, árboles y rocas rodaban hasta el fondo de los valles…

Bandadas de aves daban vueltas por el cielo, graznando por el miedo y la confusión.

Al cabo de unos segundos que se les hicieron eternos, el rugido enmudeció y los temblores cesaron. Oyeron un crujido, como si la tierra estuviese soltando un suspiro largo, y luego sólo el silencio.

Hoja se acercó con cautela a la ladera para mirar hacia abajo. El polvo empezaba a asentarse, pero lo único que pudo ver fueron rocas partidas, árboles caídos y montones de tierra desplazada.

No había ni rastro de los pandas de Airosobosque ni de los pandas rojos.

Se sentó en el suelo, con las patas más temblorosas que durante el interminable ascenso.

«Estamos completamente solos…».

15

El viento parecía rugirle a Fantasma a través de la Sima Interminable. Estaba plantado al borde de la grieta, contemplando sus profundidades, y le entraron ganas de rugirle a su vez.

«¿Qué soy?».

El fondo de la sima apenas era visible, una simple línea borrosa donde la nieve se acumulaba entre las rocas grises. Si cayera por ese precipicio, chocaría contra el fondo con tal fuerza que quizá ni siquiera lo notaría: sólo un impacto frío y luego nada.

Eso si no se rompía todos los huesos contra los laterales desiguales de la grieta mientras iba cayendo.

Lo sabía. Sabía cómo sería morir así con tanta claridad que casi ya podía ver la figura blanca despatarrada en la oscuridad que se abría a sus pies.

Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Necesitaba saberlo. ¿Era un leopardo o un oso? ¿Era hijo de Hibernal o no? ¿Dónde estaba su lugar?

—¡Aquí!

Lo gritó al viento con todas sus energías, y el viento se llevó consigo su grito como si fuera la última hoja de un árbol desnudo. Fantasma se derrumbó en la nieve, cabizbajo, temblando mientras intentaba recuperar el aliento.

—Éste es mi hogar —susurró—. Y puedo demostrarlo.

Se obligó a levantar la vista, a clavar la mirada en la columna que se alzaba en el centro de la grieta.

Si lograba saltar al otro lado de la sima, se solucionaría todo para siempre. Podría seguir creyendo que Hibernal era su madre. Podría vivir en las tierras cubiertas de nieve, que era lo único que había conocido.

«Eso es lo que quiero —pensó, hundiendo sus grandes zarpas en la nieve, sintiendo el pinchazo del frío en las almohadillas y la humedad debajo de sus extrañas garras no retráctiles—. Sólo quiero que las cosas vuelvan a la normalidad».

Si lograba saltar, Glacial y sus cachorros tendrían que aceptarlo, y también sus propios hermanos. Más aún: él mismo tendría que aceptarlo.

Y si no lograba llegar al otro lado, entonces sus huesos yacerían para siempre en el fondo de la Sima Interminable y él nunca abandonaría las Montañas de las Cumbres Blancas.

«No quiero morir…».

Se incorporó, se dio una sacudida y se alejó unos pasos de la sima. Notó la fuerza fluyéndole por las extremidades y, al darse la vuelta, mordió la nieve que flotaba junto a él con sus potentes mandíbulas.

«¡Entonces no mueras!».

Echó a correr dando unas ruidosas zancadas y con el corazón en la garganta.

Por un instante, notó que vacilaba. No era demasiado tarde para dar marcha atrás.

Sin embargo, se obligó a aumentar la velocidad y superó el punto de no retorno con un rugido desafiante. Notó el borde de la grieta bajo las patas delanteras y saltó en dirección a la columna.

Se quedó suspendido en el aire mientras la roca iba acercándose…

Pero no lo bastante deprisa.

La gravedad pareció alcanzarlo para arrebatárselo al aire de un mordisco y lo arrastró hacia las sombras. Fantasma aulló de miedo mientras caía hacia la oscuridad. Luego, asombrosamente deprisa, chocó contra algo. Algo que se combó y se inclinó bajo su peso. Fantasma rebuscó con las zarpas y los dientes para conseguir aferrarse, y aunque no lo consiguió al principio, aquello —la rama extendida de un árbol— había interrumpido su caída. Al final logró sujetarse mientras se deslizaba hacia abajo, hasta que aterrizó dolorosamente en una cornisa rocosa.

Fantasma clavó las garras en la blanda madera del tronco y se pegó al muro con los ojos cerrados y resollando de puro pánico. Cuando estuvo seguro de que ya no iba a caerse, abrió los ojos y, despacio y con cuidado, miró alrededor.

El árbol era poco más que una rama sin hojas que sobresalía en la pared de la grieta. Fantasma ni siquiera lo había visto desde arriba.

«Sólo con que hubiera recorrido la mitad del trayecto hasta la columna, habría rebasado el árbol y habría caído en picado. Ahora estaría muerto…».

La repisa sobre la que se encontraba era apenas un poco más ancha que él y quizá el doble de larga. Estaba cubierta de hielo y, cuando Fantasma se soltó del árbol y se volvió para mirar hacia abajo, le resbaló una pata. Gracias

al Felino de las Nieves, la roca se inclinaba levemente hacia la pared, así que tan sólo se había golpeado contra el muro, en vez de caer a las profundidades.

Tanto la pared que tenía por encima como la que tenía por debajo eran casi verticales. Y el fondo aún estaba tan lejos que Fantasma se rompería todos los huesos del cuerpo si caía desde allí.

No había forma de salir de aquella cornisa.

La cabeza le daba vueltas, como la nieve que se arremolinaba en la sima. Se sentía triste, aterrorizado y avergonzado.

Moriría allí, solo, en la oscuridad.

Hibernal y los demás se preguntarían qué le había ocurrido, y probablemente nunca lo averiguarían. Tal vez creerían que se había ido de las montañas. Ojalá fuese así.

Fantasma cerró los ojos y se apretó contra la pared.

«Felino de las Nieves, no les hagas sufrir. Cubre mi cuerpo de nieve para que Hibernal crea que he encontrado otra vida. Una feliz…».

—¡Fantasma! —aulló una voz aterrorizada desde lo alto de la Sima Interminable.

Miró hacia arriba con un sobresalto y las patas le resbalaron de nuevo en la cornisa helada.

Cuatro rostros miraban desde el borde, silueteados contra el cielo nuboso. Astilla, Cellisca, Carámbano e Hibernal.

Era Astilla quien lo había llamado. La pequeña se acercó al borde peligrosamente, tanto que Cellisca tuvo que alargar una zarpa para detenerla.

—Fantasma, ¿estás vivo? ¡Por favor, tienes que estarlo! —exclamó Astilla.

—Lo he visto saltar… —dijo Carámbano con la voz temblorosa—. No he podido llegar a tiempo para detenerlo. ¿Qué hacemos?

—Estoy aquí —respondió Fantasma débilmente—. No… no creo que pueda subir…

«Felino de las Nieves, ¿por qué? Te he pedido que no les hicieras esto…».

—Ya voy, Fantasma —anunció Hibernal—. Te sacaré de ahí. Estarás bien.

A Fantasma le dio un vuelco el corazón al ver a su madre paseándose de un lado a otro en lo alto de la grieta; al final, la leoparda comenzó a bajar por una hendidura diminuta que él ni siquiera había visto. ¿De verdad lo lograría?

«Es Hibernal. Ella puede hacer cualquier cosa…».

Se arrimó a la pared de la sima, incapaz de despegar los ojos de su madre, que, lenta y cuidadosamente, fue descendiendo de repisa en repisa. Sacudía y

tensaba la cola, usándola para mantener el equilibrio en superficies de hielo no más anchas que su zarpa, y tras cada paso hacía una pausa para arañar el hielo y dejaba un rastro blanco a sus espaldas, como las garras del Felino de las Nieves. Se alzó sobre las patas traseras para marcar un saliente y se tambaleó cuando la azotó una ráfaga de viento.

Fantasma estaba aterrorizado, como si el mismísimo Felino de las Nieves le hubiera clavado en el pecho sus helados colmillos.

—No te caigas… —musitó—. Por favor, por favor, mamá, ¡no te caigas!

Si Hibernal lo oyó, no respondió. Se concentró en recuperar el equilibrio y buscar la cornisa siguiente. De pronto estaba ya justo por encima de Fantasma y saltó para reunirse con él con facilidad y elegancia, como si estuvieran practicando en las rocas de entrenamiento, seguros sobre el suelo firme de la llanura.

—¡Mamá!

Fantasma sintió una oleada de amor por Hibernal y avanzó por el saliente para restregar su frente contra la de ella. La leoparda le lamió la coronilla y el rostro helado, y enroscó su larga y gruesa cola alrededor del tembloroso cuerpo de su hijo.

—Mi pequeño… —ronroneó—. Mi pobre y dulce pequeño… Gracias al Felino de las Nieves estás sano y salvo. Pero ¿por qué? ¿Por qué lo has hecho?

Fantasma se apartó para mirarla a los ojos…

Aquellos ojos que le eran tan familiares y estaban tan llenos de amor, pero que en nada se parecían a los de él.

Le pesaba tanto el corazón que temió que la repisa se partiera debajo de ellos y los dos acabaran cayendo. Pero sabía que debía preguntárselo.

—¿Por qué… por qué me dijiste que soy hijo tuyo? —Notó que le temblaba el hocico mientras se obligaba a hablar—. Tú no eres mi verdadera madre. Y yo no soy un leopardo. ¿Por qué has dejado que lo creyera?

—Ay, Fantasma… —A Hibernal se le humedecieron los ojos de la emoción—. Porque te quiero. Te quiero muchísimo. Tú eres mi hijo y siempre lo serás, aunque yo no te haya dado a luz.

Fantasma sabía que eso era cierto, lo sabía desde el encuentro con los osos —quizá desde antes—, pero oírlo de boca de Hibernal era muy distinto. En su corazón se mezclaron el dolor y el alivio, como cuando se sacaba una astilla de hielo de una herida.

—Por favor, cuéntame la verdad —le pidió—. ¿Qué soy? ¿De dónde vengo?

—Te encontré cuando eras un cachorro… —Hibernal suspiró—. Oí unos quejidos en el interior de una cueva, y allí estabas tú. Eras tan pequeñito y tenías tan poco pelo… Estoy segura de que habrías muerto si no te hubiese encontrado… Y yo también habría muerto, porque mientras estábamos dentro de la cueva se produjo una avalancha en el exterior. Tú me salvaste la vida, Fantasma. El Felino de las Nieves te envió a mí.

—¿Y mi… mi madre?

Hibernal sacudió la cabeza con tristeza.

—Jamás llegué a verla. En ese momento, yo no sabía qué eras; nunca había visto una criatura como tú. Pero sabía que tenía que protegerte. Cuando fue seguro, te saqué de la cueva y te crié junto con tus… con mis cachorros.

—Soy un oso —dijo Fantasma abatido.

—Lo sé —susurró la leoparda—. Conforme ibas creciendo, empecé a darme cuenta. Pero no quería que te sintieses…

—¿Diferente? —terminó él con un leve gruñido que enseguida lamentó.

Hibernal hizo una mueca. Pero Fantasma tenía que seguir; tenía que lograr que ella lo entendiera.

—Tú no querías que me sintiese diferente, así que dejaste que me sintiera… un fracasado. Siempre he creído que era un… un leopardo penoso. No puedo saltar, no puedo cazar… Al menos no como los demás. Llevo toda la vida esforzándome por estar a la altura. Para mí habría sido mucho mejor saber que soy diferente.

—Ahora lo veo —admitió Hibernal, agachando la cabeza—. Lo siento muchísimo, cariño.

—Yo no pertenezco a este sitio.

—Me perteneces a mí —replicó ella—. A tu familia. Nosotros…

De repente, el suelo pareció deslizarse bajo las patas de Fantasma, que resbaló y cayó de bruces en la cornisa de hielo. Pero no era la cornisa la que había temblado. La Sima Interminable se sacudía y se estremecía.

Hibernal se encorvó y se pegó a Fantasma mientras unos pequeños aludes caían desde el borde del precipicio. Fantasma hundió las garras en el hielo a la espera de que los temblores cesaran, pero no pararon. Un crujido atronador, tan estruendoso que resultaba inimaginable, resonó a través de la Sima Interminable y los rodeó. Hibernal miró hacia arriba, con los ojos rebosantes de miedo, y Fantasma entendió que le preocupaba que se produjese una avalancha. Si la nieve de las altas cumbres rodaba hasta la sima, barrería a los cachorros de Hibernal y ella y Fantasma acabarían aplastados.

La leoparda se incorporó y le dio un cabezazo a Fantasma mientras la repisa que los sostenía no paraba de sacudirse.

—¡Vete! —aulló Hibernal por encima del fragor—. Sigue las marcas de mis arañazos… y llegarás hasta arriba.

—Yo… no sé si…

—Puedes hacerlo. Escúchame. —Pegó la frente a la de él—. Eres un gran escalador. Eres fuerte. Y eso no tiene nada que ver con ser un leopardo, sino con ser tú mismo. Sé que puedes conseguirlo. ¡Ahora vete! ¡Ya!

Se apoyó en sus hombros y pasó por encima de él, dejándole espacio para que llegara a la siguiente repisa. Fantasma vio las marcas de uñas en el hielo y se estremeció. Él no tenía el equilibrio ni la cola de un leopardo. ¿Cómo iba a culminar un ascenso tan escarpado, incluso aunque no le temblaran las patas?

Pero no tenía elección.

Se alzó sobre las patas traseras, buscando el primer asidero, y logró enganchar las garras a la siguiente cornisa de piedra. Las zarpas le temblaron de un modo casi doloroso, pero se aferró bien y se izó.

«Uno menos».

Intentó volverse hacia Hibernal, pero era imposible con aquellas sacudidas.

—No mires abajo —le dijo la voz de la leoparda a sus espaldas—. Yo estoy aquí mismo. Tú sigue adelante.

Fantasma trató de respirar hondo. Miró hacia arriba y vio las siluetas de sus tres hermanos, que lo observaban desde el borde de la sima. Luego clavó los ojos en la siguiente marca. Estaba tan sólo a unos pasos de distancia, pero la cornisa era diminuta. Se arrastró hacia allí y comprendió lo que quería Hibernal: debía engancharse a ella sólo para auparse, usarla como pasadero hacia la siguiente repisa, más ancha.

Mientras encontraba un asidero en la siguiente grieta y en la siguiente, el corazón le martilleaba en el pecho llevado por el pánico, pero también por algo más.

«Puedo hacerlo. Hibernal tenía razón…».

Se detuvo a recuperar el aliento en una cornisa más grande, lo suficiente para posar las cuatro zarpas a la vez. Ya no estaba muy lejos de la cima.

«Podría haber muerto ahí abajo sin saber siquiera que podía salir escalando. Pero ahora incluso viviré de verdad.

»¡Y yo quiero vivir!».

El rugido de otro temblor recorrió el suelo, y Fantasma oyó gritar a Astilla:

—¡Ten cuidado!

El oso se volvió a tiempo de ver cómo un peñasco, que se había desprendido de lo alto por los temblores, descendía hacia su cornisa. Saltó a la siguiente, aunque las patas traseras le resbalaron en la roca helada. Una de las delanteras se le salió, y él se aferró con la otra con todas sus fuerzas. El peñasco chocó contra la repisa y la partió en dos. Fantasma se quedó colgando un instante, arañando el muro rocoso con las patas traseras hasta que, por fin, logró izarse al siguiente asidero. Se pegó a la pared y se estremeció al mirar hacia la cornisa rota.

«Eso me habría matado…». Se sintió mareado por esa idea y por el salto, y cerró los ojos un segundo, aunque sabía que no podía parar.

—Ya casi has llegado, Fantasma —le dijo Cellisca; aunque se podía palpar el miedo en su voz, intentaba hablar con calma, pero, de repente, su hermana sonó como Hibernal—: Tan sólo tienes que seguir subiendo.

—¡Deprisa, mamá! —chilló Carámbano—. ¡Puedes hacerlo!

A Fantasma sólo le faltaban unos pocos pasos. Estaba extenuado, pero sabía que podía conseguirlo. Hibernal se lo había demostrado.

Tensó todos los músculos del lomo mientras ascendía más y más, siguiendo una marca tras otra… y luego, por fin, tocó la nieve con la zarpa y notó que sus hermanos lo agarraban del pescuezo con los dientes.

Tiraron de él hacia arriba, hasta la llanura nevada.

—¡Bien hecho, Fantasma! —exclamó Hibernal desde abajo.

Aunque deseaba quedarse tumbado en el suelo, que seguía temblando, y no volver a moverse, se obligó a levantarse para asomarse por el borde de la Sima Interminable.

Hibernal continuaba ascendiendo tras él, a sólo unos cuantos asideros de distancia. Llegó a la repisa que la roca había partido y la palpó con una zarpa.

—¡Ten cuidado, mamá! —gritó Astilla.

—Tranquila —le respondió la leoparda—. Creo que aguantará…

Sin embargo, antes de que pudiera pisar la piedra, hubo un ruido estridente de roca contra roca, y la cornisa sobre la que ella se encontraba dio una sacudida, se separó de la pared y, con una lentitud devastadora, comenzó a caer por la sima. A Hibernal le resbalaron las zarpas en el hielo y, desesperada, intentó saltar a la repisa rota. Logró aferrarse al hielo con las garras delanteras y permaneció colgada unos instantes.

Luego, el hielo agrietado se desprendió por completo de la roca, y, con un alarido, Hibernal cayó.

Los gritos de los cuatro cachorros atravesaron el aire, ya lleno con el rugido de las rocas que caían, mientras su madre se precipitaba hacia la oscuridad. La leoparda se retorció y, durante un segundo angustioso y esperanzado, Fantasma pensó que podría salvarse, que sería capaz de aterrizar de pie y salir de nuevo escalando…

Pero, en su descenso, Hibernal chocó contra una roca y, cuando su cuerpo aterrizó en la tenue línea nevada del fondo, lo hizo con un sonido apagado y definitivo.

—¡Mamá! —bramaron de nuevo los cachorros.

Fantasma rugió con tanta fuerza que el retumbo de la tierra casi pareció suavizarse. Luego cayó de bruces en la nieve. Habían perdido a Hibernal, engullida para siempre por la Sima Interminable.

16

—¡Ajá!

Lluvia saltó sobre un tierno brote de bambú, lo arrancó con cuidado y lo dejó con los otros. Era perfecto para Arce. El pequeño osezno seguía recuperándose del tiempo que había pasado solo —y de la espantosa experiencia con los monos—, y Lluvia se alegraba de poder llevarle su comida preferida. Le caía bastante bien aquella bolita de pelo. Además, estaba decidida a vigilarlo, aunque los monos no habían vuelto y Ocaso no había mostrado más interés por él. Fuera lo que fuese lo que el portavoz estaba buscando, parecía haber llegado a la conclusión de que ese algo no era Arce.

Lo cual era bueno, pero también un poco irritante.

«Negociar con monos por un bambú especial que no hace nada… ordenarles que acosen a un osezno sin ninguna razón… ¿Qué pretendes, Ocaso Bosqueprofundo?».

Lluvia se llevó el montoncito de brotes de bambú al lugar en el que dormía Peonía, que en esos momentos estaba sentada con Aurora, Arce, Anuro y Piña. Luego entrechocó la nariz con los pequeños y volvió a bajar la ladera.

Iba en busca de más brotes, pero también de algún rastro de los monos. Si pudiera averiguar qué tramaba exactamente Tibias Potentes…

—Lluvia.

La joven panda se quedó helada, pero luego se giró con una sonrisa hacia Ocaso, que la miraba desde un risco por encima de su cabeza. Aunque sabía que él no podía leerle el pensamiento, Lluvia se avergonzó porque justo iba pensando en pillarlo.

—Hola, portavoz —lo saludó.

Le costaba mirarlo a los ojos ahora que sabía lo embustero que era. Una parte de ella ansiaba evitar su atención, pero otra deseaba mirar fijamente a aquel adulto de semblante amistoso, de aspecto dulce y sabio, hasta descubrir dónde escondía sus mentiras.

Ocaso descendió por la cuesta en su dirección, y Lluvia se obligó de nuevo a sonreír manifestando alegría.

—¿Cómo va la búsqueda? —le preguntó Ocaso.

—Me temo que no mucho mejor —empezó a decir ella—. Creo que tal vez serviría un punto cerca del gran gingko, del lado del alba de Lomapróspera, pero necesito comparar el nivel del agua en distintos momentos del día para ver si desde allí sería posible cruzar el río y…

—Lluvia, ¿puedo hacerte una pregunta? —la interrumpió él.

Ella plantó las orejas, sorprendida.

—Por supuesto que sí, portavoz del Dragón.

—¿Por qué me mientes?

Lluvia sintió como si la hubieran metido de golpe en una poza helada. Por un segundo pareció que todos los sonidos del bosque hubieran enmudecido. La escasa sensación de control que había conseguido siendo sarcástica para sus adentros se esfumó como la bruma en la Luz Larga.

Ocaso le sostuvo la mirada sin vacilar, y Lluvia comprendió que ya había titubeado demasiado, que su silencio equivalía a una confesión. El problema era que no se le ocurría ninguna excusa. No era el momento oportuno para enfrentarse a él y echarle en cara sus mentiras. ¿Qué otra razón podría haber tenido para no obedecer sus órdenes?

—¿Cómo lo has descubierto? —masculló, tratando de ganar tiempo mientras hundía las garras en el suelo.

—Guijarro me ha contado que ni siquiera te has acercado al río —respondió Ocaso con calma.

Lluvia se sulfuró y sus dudas se desvanecieron.

—Caramba, pues sí que has logrado ponerlo en mi contra, ¿eh? —le espetó.

Se arrepintió de inmediato. «Eso no ha sido muy inteligente, Lluvia; no ha sido nada inteligente…».

Sin embargo, el portavoz negó con la cabeza, como si la acusación sólo lo hubiera entristecido un poco.

—Lamento que pienses eso… —dijo preocupado—. Pero me gustaría saber por qué no has hecho lo que te pedí. ¿Porque no te apetecía, y ya está? Guijarro dice que podrías estar… actuando por tus propios motivos.

«Egoísta —pensó Lluvia—. Eso es lo que me llamó Guijarro… Y se equivoca. Si fuera egoísta, me daría igual que el portavoz estuviera mintiendo; seguiría con mi vida, como todos los demás».

—Te prometo —continuó Ocaso— que lo único que quiero es cuidar del Reino del Bambú. ¿Vienes conmigo al río? —añadió—. Me gustaría enseñarte una cosa. Quizá te ayude a cambiar de opinión.

Una parte de Lluvia se preguntó cómo reaccionaría el portavoz si le dijera simplemente que no. Pero, por otro lado, ¿qué quería enseñarle? Si estaba a punto de revelarle, sin saberlo, una nueva pista sobre su extraño comportamiento, entonces valdría la pena la molestia de caminar con él.

—De acuerdo.

No pensaba que hubiese mucho más que decir. Ocaso dio media vuelta y, mirando por encima del hombro, encabezó la marcha hacia la orilla del río.

Mientras caminaban, Lluvia se reprendió: si fuese tan lista como creía, habría ido a nadar para que pareciera que estaba haciendo lo que el portavoz le había pedido.

—La cuestión es que no he buscado una forma de cruzar porque… porque no la hay —improvisó, mientras bajaban entre los árboles—. Llevo toda la vida nadando en este río. Lo conozco muy bien. Las corrientes que hay en el centro del cauce son letales por mucho que te alejes. Y… bueno, lo cierto es que no quería contarte la verdad; pensaba que te sentirías decepcionado. Parecía algo muy importante para ti.

—De modo que has tenido en cuenta mis sentimientos. Eso es muy amable por tu parte, pero, por favor, no te sientas en la obligación de hacerlo de nuevo. Prefiero que me cuentes la verdad.

«Seguro que sí», se dijo Lluvia.

—Bueno… ¿y por qué estás tan desesperado por llegar al otro lado? Si lo entendiese, quizá lo intentaría con más ahínco.

—Reunir a nuestras familias y a nuestros amigos desaparecidos es lo más importante que podemos hacer, ¿no te parece? Pero, dejando eso de lado, ¿qué pasaría si el Gran Dragón me enviara la visión de un accidente espantoso en el Bosque del Norte y no hubiera pandas allí que transmitieran el mensaje? Las criaturas de esa zona estarían condenadas sin pandas que les comunicaran el aviso del Dragón.

Lluvia asintió, pensativa, pero, cuantas más vueltas le daba a aquella explicación, menos sentido le veía.

«Entonces, ¿en qué quedamos? Estás seguro de que encontraremos pandas al otro lado del río, pero, en cambio, ¿crees que no podrían ir a sus lugares sagrados, o donde sea, para recibir tus mensajes, igual que hacían antes de la inundación? —pensó—. A menos que, en realidad, no tengas visiones. A

menos que sepas que no tienes manera de avisar a los pandas que viven cruzando el río».

Una parte de ella deseaba detenerse y enfrentarse a él de forma abierta. La ofendía que Ocaso pensara que era tan crédula como los demás. Pero volvió a decirse que aún era demasiado pronto. Tendría que seguir fingiendo para que el portavoz recuperara la confianza en ella de algún modo.

Además, ¿qué quería enseñarle? Deseaba averiguarlo, aunque se sentía incómoda, como si le hubieran alborotado el pelaje a contrapelo, desde la cola hasta la nariz, y no pudiera alisárselo.

Por fin llegaron al río, a una roca plana que descendía con suavidad hasta los bajíos. En la superficie se reflejaban las sombras moteadas de los árboles, que dibujaban formas relucientes en el lecho rocoso. Cuando se acercaron, una rana saltó croando de la roca y aterrizó en el agua, emitiendo un suave chapoteo.

Lluvia se animó un poco. Justo allí había aprendido a nadar. La delicada pendiente de la roca era perfecta para que las patas pequeñitas se acostumbraran al agua. Se había reunido muchas veces allí con Guijarro cuando eran cachorros. Él solía tener tanto miedo del río que ni siquiera bebía de su agua, pero Lluvia le enseñó que podía tocarla, e incluso nadar en ella, sin que sucediera nada espantoso. Ese recuerdo la reconfortó, rebosaba amor…

Pero, de pronto, recordó que quien estaba ahora a su lado era Ocaso, no Guijarro, y no pudo evitar estremecerse. No le gustaba que el portavoz estuviese allí, aunque él no podía saber lo importante que era ese lugar para ella.

Ocaso dio unos pasos en el agua y le hizo una señal para que se uniera a él.

A Lluvia se le tensaron todos los músculos del cuerpo. De repente, fue consciente de lo grande que era el portavoz. Se comportaba como un oso mayor y amable, pero era un adulto corpulento y sus viajes por el reino parecían haberlo vuelto muy fuerte.

Pero Lluvia no tenía opción. Entró en el agua. El fresco río le lamió las patas hasta la barriga. En cualquier otro momento, eso le habría resultado tranquilizador y familiar.

—Mira el agua —le dijo Ocaso.

La joven panda se volvió hacia él, que la animó con un gesto, y ella bajó la vista.

La roca que pisaba era lisa y negra, y el agua que discurría por encima, transparente.

—Fíjate —susurró Ocaso, y a continuación habló con un tono tan profundo, como un sabio, que reverberó en su pecho—: Contempla la visión que me ha enviado el Gran Dragón. Mira el agua. Te verás a mi lado. El Gran Dragón tiene planes para nosotros dos, para que los llevemos a cabo juntos. Quiere que seas mi mano derecha, Lluvia.

La joven miró el agua con más atención. La superficie estaba lisa y en ella pudo ver su reflejo y el de Ocaso a su lado.

Y no pudo evitarlo. Se echó a reír a carcajadas.

—¿Acaso crees que soy idiota?

—¿Qué? —Ocaso recuperó su tono de voz habitual y la miró boquiabierto.

—¿En serio? ¿De verdad creías que esto iba a funcionar? —Lluvia pisó su reflejo, que se desvaneció y volvió a recomponerse de inmediato—. ¡Nos vemos juntos porque estamos el uno al lado del otro! Tienes a los demás bien entrenados para que se crean cualquier cosa, ¿eh?

—¿Cómo te atreves…? —le espetó Ocaso con frialdad, con el dejo de un gruñido—. ¡Deberías mostrar más respeto a tu portavoz del Dragón!

—Lo haría si estuviese aquí —contestó ella.

La expresión de Ocaso fue impagable, pero entonces Lluvia sintió que la risa daba paso a una furia que le llenó el corazón. ¿Cómo se atrevía aquel panda a intentar engañarla de esa forma?

Y su ira se volvió aún más intensa al darse cuenta de que había hecho justo lo que estaba decidida a no hacer: lo había acusado de ser un fraude. «Eso tampoco ha sido muy inteligente… Pero me da igual».

Ya no había vuelta atrás.

—Eres un embustero y un farsante, Ocaso Bosqueprofundo. Sé que tienes un trato con los monos. Sé que eres tú quien les dijo que acosaran a Arce. Y sé que no eres el portavoz del Dragón.

Él no contestó. Temblaba de rabia y empezó a mostrar los dientes poco a poco mientras Lluvia hablaba. La joven dio un paso atrás, chapoteando en el agua para alejarse de él.

—He esperado demasiado tiempo para contarles a los demás lo que sé —continuó—, pero ahora creo que debería ir y explicárselo todo. Ya veremos qué dicen y…

Ocaso saltó hacia ella.

Lluvia sintió una oleada de pánico mientras lo esquivaba.

«¡No será capaz…!».

Y entonces el enorme panda se irguió sobre las patas traseras y rugió. Al desprenderse de cualquier apariencia de amabilidad, de repente pareció gigantesco delante de Lluvia; arañó el aire con sus largas garras, que pasaron junto a la nariz de la joven a un pelo de distancia.

¿Por qué había creído que no iba a ser capaz de hacerle daño?

«¡Huye!», se dijo.

Intentó dar media vuelta. Ella era más pequeña, pero también la mejor nadadora de Lomaprόspera. Si pudiera alcanzar la orilla…

De pronto, unas pesadas zarpas se abatieron sobre sus hombros y las patas se le doblaron y resbalaron en la piedra mojada. Intentó respirar hondo, pero lo único que logró fue tragar una bocanada de agua mientras Ocaso la sumergía. La joven panda trató de agarrarle una pata para derribarlo, pero, por mucho que pataleaba, no conseguía aferrarse al lecho rocoso del río. Ocaso era demasiado fuerte. A Lluvia empezaron a arderle los pulmones mientras el pánico la cegaba. Se esforzó por pelear… No dejaría que la ahogara de ese modo. No permitiría que aquel traidor la ahogase… Pero, mientras pataleaba, el mundo fue apagándose poco a poco. Ocaso le sujetaba la cabeza con fuerza debajo del agua. Lluvia oía el latido de su propio corazón como un lento trueno entre las orejas, notaba cómo se ralentizaba en su garganta a la vez que la mente le daba vueltas y le gritaba a su cuerpo que peleara, que nadara, que se resistiera…

Entonces sus zarpas tocaron algo de una textura desconocida. ¿Qué era? No podía verlo, no podía pensar… Parecía elástico como la carne, semejante a un pez, pero largo y ondulante como un alga. Se enroscó alrededor de las patas delanteras de la osa y, de pronto, tiró de ella hacia delante y hacia abajo, alejándola de las garras de Ocaso.

A Lluvia le pareció que caía de una gran altura y, al verse liberada, soltó la última burbuja de aire que estaba aguantando.

Era libre, pero sabía que se ahogaba. Aquella cosa enrollada en las patas la arrastraba hacia el fondo, hacia la corriente mortal del centro del río crecido.

17

—¡Jacinta! —aulló Hoja—. ¡Sagaz!

Su grito resonó contra las laderas de las montañas, y la joven panda se detuvo. Se tambaleó sobre un montón de piedras, aguzando el oído para captar cualquier señal de respuesta: una palabra, un gemido, incluso un crujido de ramas. Pero no oyó nada.

—¡Errante! ¡Montero! —gritó Rayo corriendo hasta el extremo de la rama de un árbol, para asomarse al barranco que había debajo—. ¿Hay alguien ahí?

Hoja contuvo la respiración.

Captó un sonido… un entrechocar de piedras. Los dos amigos se miraron y luego corrieron hacia allí, pero Hoja ya sabía que probablemente no era nada. Un panda vivo habría oído la llamada y habría respondido. Seguro que se trataba de otro montón de rocas desprendidas asentándose en su nueva posición.

La tierra había rugido durante mucho rato, pero por fin se había quedado quieta. El polvo se había disipado y ahora la ladera parecía muy distinta. La mayoría de los arbustos estaban arrancados. Por toda la cuesta había árboles caídos y cañas de bambú troceadas.

Pero ni rastro de los pandas ni de los pandas rojos.

—Si estuvieran muertos, ya los habríamos encontrado —dijo Rayo por tercera vez.

Y tenía razón. Pero eso los aliviaba mínimamente. Habían ido hasta el pie de la montaña, donde habían visto rodar a sus amigos y familiares hasta desaparecer en nubes de polvo. Por lo menos, como Hoja se había temido, no había un montón de cadáveres.

Pero, aparte de unos cuantos mechones de pelo arrancado, tampoco había el menor indicio de que los demás hubieran estado allí.

Simplemente habían desaparecido.

—Deben de haber hallado la forma de escapar del peligro —susurró Hoja, dándole la razón a Rayo—. Parece como si hubieran logrado mantenerse juntos.

—Pero… ¿qué hacemos ahora? —Rayo se sentó en una roca inestable y se limpió de tierra la parte posterior de las orejas—. No tenemos ni idea de adónde han ido, así que ¿qué dirección debemos seguir para encontrarlos?

Hoja se incorporó y se sacudió.

—Tenemos que ir hacia arriba —contestó, y Rayo se volvió a mirarla—. Si intentamos ir tras ellos y escogemos el camino equivocado, nos perderemos. Lo único que podemos hacer es seguir adelante… hacia la Montaña del Dragón. Hay que encontrar a la tía Pruna. Los demás saben adónde nos dirigimos; si siguen tratando de llegar hasta allí, acabaremos encontrándonos.

—Supongo que tienes razón —respondió su amigo con un hilo de voz; luego se animó un poco—: Al menos ahora ya no percibo olor a tigre por ninguna parte.

—Comamos un poco —propuso Hoja—. Hay muchísimo bambú roto; no deberíamos desperdiciarlo. Ya seguiremos luego.

Rayo asintió y corrió a buscar algo sabroso para él entre las plantas desperdigadas, mientras Hoja se paseaba con cuidado, arrancando las hojas y los brotes del bambú caído. Volvieron a subir a lo alto del risco para comer y se sentaron a contemplar el Reino del Bambú. Hoja no pudo evitar aguzar el oído en busca de susurros o voces familiares, pero el reino al completo parecía haberse sumido en un silencio conmocionado y exhausto. Cuando abrió la boca para recitar la bendición, su voz sonó temblorosa y débil.

—En el Banquete de…

«Oh, no. ¡Ni siquiera estoy segura de qué banquete es!», pensó.

Levantó la vista hacia el cielo despejado. ¿Estaban en la Luz Larga? Habían esperado a que la tierra dejara de rugir durante lo que le había parecido una eternidad. ¿O estaban más cerca del Descenso del Sol?

—Gran Dragón, en el Banquete del Descenso del Sol, tu humilde panda se inclina ante ti. Gracias por el regalo del bambú y por la claridad que nos concedes.

«Necesito toda la claridad posible», pensó.

El banquete le proporcionó un poco más de energía, pero el ascenso a las Montañas de las Cumbres Blancas era duro. Hoja sintió como si una gruesa enredadera la atara a los demás pandas, dondequiera que estuviesen, y tirara de ella mientras ponía una pata delante de otra. Trató de quitarse de encima esa sensación y de concentrarse en el trayecto que tenían ante ellos.

El aire se volvió más frío, pero el esfuerzo del ascenso la mantuvo caliente un rato, hasta que se detuvo para mirar el camino que habían

recorrido. De repente, se dio cuenta de lo lejos que estaban de Airosobosque y del río. El escaso bambú y los altos y frondosos árboles de su antiguo hogar se le antojaban un paraíso exuberante y lleno de vida si lo comparaba con la cima en la que se encontraban, que era rocosa y estaba pelada y cubierta de nieve.

Habían llegado al pie de las Cumbres Blancas.

Poco después de reanudar la marcha, Hoja empezó a notar que el frío se le iba colando por debajo del pelo, por mucho que intentara caminar más deprisa para librarse de él. Rayo comenzó a temblar y se pegó la gruesa cola al cuerpo para protegerse de una brisa que arrastraba las primeras gotas de una lluvia fría como el hielo.

Atravesaron un valle pequeño y oscuro entre dos altos peñascos, y se vieron avanzando con dificultad entre ventisqueros, formados quizá con la nieve desprendida de lo alto tras los temblores de tierra. Rayo apenas podía andar con sus patitas, y aunque Hoja estaba cada vez más cansada, dejó que su amigo se le subiera al lomo hasta que lograron salir de las sombras y empezaron a ascender por las rocas.

La lluvia se tornó más dura y fría, y se convirtió en una violenta ventisca de aguanieve que se posaba en el pelo de Hoja y se fundía al cabo de un segundo. Ahora que habían ascendido más y más, en el suelo había hielo y la joven panda pensó que prefería los ventisqueros, por muy difícil que hubiera sido atravesarlos. Procuraba vigilar dónde ponía las patas, pero el aguanieve se le metía en los ojos y le bajaba por el pelo. Resbaló, cayó de bruces y soltó un alarido con una mueca de dolor.

—¡Hoja! —gritó Rayo por encima de los aullidos del viento—. ¿Estás bien?

—Sí —masculló ella.

Se le había clavado una piedra en las costillas, estaba completamente empapada y también helada. Se encontraban en una zona de piedras rotas y hielo que ascendía con suavidad hasta un muro rocoso que parecía estar formado por peñas enormes una encima de otra.

—Podríamos subir por ahí —le dijo a Rayo señalando el muro— y tomar un atajo. Pero con este tiempo…

—Tenemos que encontrar algún sitio donde resguardarnos del viento. —El panda rojo se pegó más a su amiga.

«¿Me estás usando como refugio?», pensó Hoja, pero no lo regañó… En realidad, no podía culparlo. Ella habría agradecido cualquier cosa que se

hubiera interpuesto entre su cuerpo y aquel tiempo infernal, que cada vez iba a peor.

—Hay que seguir por aquí. Quizá encontremos una cueva en el muro.

Rayo gruñó y Hoja se inclinó a lamerle el pelo empapado de la cara, para que no se le metiera tanta agua en los ojos.

La joven sabía que con eso no conseguiría demasiado, aunque él se pegó a su costado mientras avanzaban. No tardaron mucho en estar completamente calados, y se movían con torpeza sobre las rocas porque apenas sentían las patas. A Hoja le parecía que estaba más mojada que cuando se metía en el río.

Estaban alcanzando el final de la ladera. La extensión rocosa llegaba a su fin y el escarpado muro les quedaba cada vez más cerca. Hoja ya había empezado a pensar que, después de todo, quizá se verían obligados a trepar por las rocas resbaladizas, bajo el viento y el aguanieve, cuando vio algo más adelante. Un círculo de rocas altas que sobresalían del suelo como las garras de una zarpa o una boca rugiente y llena de colmillos. Aquélla era una visión inhóspita y un tanto aterradora contra el cielo nublado, pero parecía que las rocas formaran una especie de semicueva. Una de ellas era tan ancha y estaba tan inclinada que al menos los resguardaría un poco de los elementos.

—¡Es perfecto! —exclamó Rayo, y echó a correr.

—¡Ten cuidado!

Justo después del aviso de Hoja, Rayo resbaló en una placa de hielo y cayó, pero volvió a levantarse de inmediato.

—¡Estoy bien! ¡Venga, vamos a cobijarnos!

Su amigo apretó el paso hacia las altas rocas, con un poco más de cautela esta vez.

Cuanto más se acercaban, mejor podía ver Hoja lo grande que era en realidad la formación. Sería maravilloso protegerse del viento y dejar atrás aquel paisaje desolador… Pero había algo que no le gustaba de aquel sitio… Hacía un frío que nada tenía que ver con el suelo congelado que pisaban.

Rayo se detuvo al llegar al hueco entre las rocas y miró por encima del hombro, parpadeando contra la ventisca mientras Hoja se reunía con él.

—Es un poco… escalofriante, ¿no?

—Sí.

Hoja metió la nariz por el hueco y olfateó. El olor era tan nuevo y tan raro para ella como los de toda la montaña: olía a hielo, a roca y al extraño rastro de criaturas de paso. Cruzó el umbral hasta el espacio protegido, tratando de dejar atrás la sensación de estar adentrándose en la boca de una bestia gigantesca. Rayo la siguió.

El área resguardada era lo bastante grande para que los dos se irguieran y pudieran moverse sin chocar, y en realidad fue un alivio escapar del viento, aunque el aguanieve se colaba por los espacios entre las piedras.

Rayo se sentó y comenzó a frotarse la cara y las orejas para retirarse parte del agua, pero Hoja no lograba sentirse cómoda. Rodeó el espacio olisqueando las rocas.

—Hay algo…

No pudo terminar la frase; no sabía qué era lo que percibía.

Miró a Rayo. Él seguía frotándose las orejas, aunque ya las tenía limpias, y entonces se estremeció.

—Yo también lo noto —confesó—. ¿Crees que es mejor que nos vayamos?

—Quizá… —Hoja se giró hacia el hueco entre las rocas.

Pero en el hueco había algo que les bloqueaba la salida. Por un momento, bajo aquella luz menguante, la joven panda no pudo verlo con claridad.

Luego soltó un aullido de terror y saltó hacia atrás, pero tropezó con sus propias patas y cayó de espaldas. Rayo se volvió en redondo para mirar, chilló y se encogió en el suelo mientras el tigre se acercaba a ellos despacio.

Era enorme, más grande que el más grande de los pandas. Mantenía la cabeza bien alta y sus brillantes ojos amarillos se clavaban en Hoja. Frunció el hocico al olfatear en su dirección, y la joven panda se estremeció y fue retrocediendo con torpeza, hasta que chocó contra la pared rocosa con una de sus patas traseras.

«El viento. El aguanieve… No podía olerlo y no me he dado cuenta de que venía».

Ahora sí que lo olía a la perfección. El hedor a carne desgarrada del depredador invadió sus fosas nasales, y su corazón se desbocó cuando el enorme felino puso una pata delante de la otra, y luego otra…

Su pelaje rayado se ondulaba en los hombros, lustrosos pero potentes.

No podían huir. El cuerpo del tigre se lo impedía.

«Esto terminará enseguida…».

A los pies de la joven, Rayo se pegó a la piedra con el pelo erizado, y de sus dientes brotó un agudo gruñido de pánico. A Hoja le hubiera gustado ser capaz de mantener el tipo como él… y parecer temible hasta el final. ¡Era una osa panda! Tenía grandes dientes y grandes garras, y…

Y nunca se había visto envuelta en una pelea, jamás. Ni siquiera le gustaba jugar a peleas cuando era pequeña.

«Vamos a morir…».

El tigre olfateó de nuevo, y Hoja dio un salto y gimoteó.

No sabía luchar. Pero intentaría ganar algo de tiempo para Rayo. Así su amigo tal vez pudiera escapar por alguno de los huecos entre las rocas más altas.

«Oh, Gran Dragón, ¿por qué? ¿Por qué nos has traído hasta aquí? ¿Por qué… por qué este tigre no nos ha atacado todavía?».

El tigre se limitaba a observarlos. Cuando por fin abrió la boca y dejó entrever unos colmillos afilados, en vez de hundirlos en el cuello de Hoja, el felino habló con una voz profunda que resonó desde su pecho y pareció llenar el espacio.

—Tú… —dijo clavando la vista en ella, con sus oscuras pupilas dilatadas bajo la tenue luz—. Tú eres la panda con una almohadilla blanca.

Durante unos segundos, Hoja fue incapaz de responder. ¿Cómo iba a mantener una conversación con una criatura que podía estar a punto de comérsela? Pero al final asimiló las palabras del tigre y, de forma casi involuntaria, levantó una pata para mirársela. Allí estaban las almohadillas de los dedos, todas negras excepto la del pulgar, la más grande, que era blanca.

El tigre movió las orejas al verla. Hoja se encogió, preparándose para el salto y la dentellada… pero, en vez de eso, el felino se sentó.

—Llevo mucho tiempo buscándote —anunció.

—¡¿Por qué?! —chilló Rayo, que seguía con el pelo erizado y pegado al costado de su amiga—. ¿Para qué quieres a Hoja?

—He venido a cumplir la promesa que le hice a otra panda durante la gran inundación. No tienes por qué temblar, pequeño oso-zorro —añadió—. No te comeré si esta panda… si Hoja… me pide que no lo haga.

—Por favor… —respondió ella con la voz quebrada, e intentó aclararse la garganta—. Rayo es mi amigo. No puedo confiar en ti a menos que me prometas que no nos harás daño a ninguno de los dos.

—Un tigre no hace promesas a la ligera, pero siempre las cumple —le dijo el felino. Hizo una pausa, y luego alzó una zarpa para limpiarse los bigotes en un gesto que a Hoja le recordó extrañamente a Rayo—. Hoja la panda. Rayo el oso-zorro. Yo me llamo Cazasombras, y prometo que no os haré daño a ninguno de los dos.

Hoja seguía sintiéndose muy poco segura, a pesar de las garantías del tigre, y estaba convencida de que Rayo pensaba en ese momento en el pobre Garrudo. Pero no tenía elección.

Se obligó a sentarse. En el exterior, el viento no había parado de aullar y el aguanieve golpeteaba contra las rocas erguidas.

—Bueno, ya me has encontrado —le dijo al tigre—. ¿Qué promesa hiciste durante la inundación?

—Prometí encontrarte cuando llegara el momento y contarte quién eres. Eso es lo que le prometí a tu madre.

Hoja, que había estado a punto de soltarle que ella ya sabía quién era, gracias, se quedó petrificada y boquiabierta.

—Orquídea Altoárbol escogió mi cueva para refugiarse durante la tormenta, mientras la inundación rugía más abajo. Dio a luz en mi guarida. Yo estaba allí cuando naciste tú… tú y tus dos hermanos.

«¿Mis qué? ¿Qué quieres decir con eso de mis dos hermanos? ¿Ya nos conocíamos? ¿A qué te refieres con eso de contarme quién soy yo?».

Hoja intentó hablar, pero tenía tantas preguntas que todas parecieron atascársele en la garganta y la dejaron muda. Lo único que podía hacer era mirar fijamente a Cazasombras. Nada de aquello tenía el menor sentido. ¡Aquello no podía estar sucediendo!

Y, sin embargo, la aterradora presencia del tigre parecía variar y cambiar con cada una de sus palabras. Aquel felino había conocido a su madre. Y la había conocido a ella también, cuando era una recién nacida diminuta. Cazasombras no había retrocedido ni un solo paso, pero a medida que transcurrían los minutos y no los atacaba parecía menos monstruoso.

—No. Hoja sólo tiene un gemelo —susurró Rayo—. Eso lo sabemos… ¿verdad? Es lo que siempre ha dicho Pruna. Si eran tres hermanos, ¿qué le ocurrió al otro? ¿Le hiciste algo? ¿Te lo comiste, como a mi tío Garrudo? —añadió con un gruñido.

Cazasombras se levantó y gruñó a su vez, mostrando unos colmillos afilados y tan largos como el cráneo de Rayo.

—¡Yo jamás haría daño a los trillizos! —bufó—. Le prometí a Orquídea que los protegería a todos costara lo que costase.

—Y entonces, ¿dónde están? —preguntó Hoja, que por fin había recuperado la voz—. ¿Dónde están mis dos hermanos? Y mi madre, ¿dónde está mi madre?

Cazasombras dejó de gruñir. Se sentó de nuevo y se relamió con una lengua rosada tan ancha como las dos zarpas delanteras de la joven panda.

—Tú eres la primera a la que encuentro. Hubo que separaros al nacer por vuestra propia seguridad. Había que esconderos y había que esconder vuestro destino, incluso de vosotros mismos. Si otras criaturas hubieran descubierto lo que sois, algunas habrían intentado utilizaros… o mataros. Pero por fin ha llegado el momento…

Los ojos del tigre centellearon en la oscuridad y, durante unos segundos, se quedaron mirando un punto por encima de la cabeza de Hoja, como si pudieran ver algo que ella no veía.

—El Gran Dragón camina entre nosotros —continuó con voz profunda—. Tenemos su aliento en la espalda.

Hoja se estremeció. Recordó la visión que había tenido en la ladera… La sinuosa serpiente negra entre la vegetación y la cálida brisa que le había acariciado el pelo…

—El destino ya ha llegado y os ha elegido a vosotros: a vosotros tres. Los trillizos hijos de Orquídea sois los nuevos portavoces del Dragón.

18

Fantasma estaba donde había caído, a unos pocos pasos del borde de la Sima Interminable. Nevaba copiosamente, pero no se movió para sacudirse la nieve de encima; en vez de eso, dejó que le cubriera la nariz y las zarpas.

Hibernal estaba muerta.

La única madre que había conocido o que conocería jamás.

«¿Le he dicho que la quería? Yo sólo deseaba quedarme aquí, con ella. ¿Hibernal lo sabía?».

No lograba recordarlo. Rebuscó en su mente, pero sólo encontró un abismo de oscuridad donde debería haber guardado su última conversación. Sabía que le había gritado… Había sido duro con ella, de eso estaba seguro, aunque Hibernal intentaba explicarle que había hecho las cosas lo mejor que sabía. Pero Fantasma no se acordaba de las palabras concretas.

El sonido de la repisa partiéndose, la visión de Hibernal cayendo… Eso sí que lo veía claro y nítido en su memoria, y no podía dejar de recordarlo. Era como un rayo restallando en el cielo una y otra vez. Daba igual si tenía los ojos abiertos o cerrados: hiciera lo que hiciese, seguía viendo caer a su madre.

—Mamá… —no dejaba de repetir Astilla, tumbada en la nieve con la barbilla en el borde de la sima, mirando hacia abajo y gimoteando como si no pudiera parar—. Mamá, por favor, vuelve. Mamá, por favor…

Carámbano y Cellisca estaban a poca distancia, apretujados el uno contra el otro. Sufrían en silencio, como la montaña después de que la tierra hubiera dejado de temblar. Intercambiaban algunas palabras entre dientes, con la voz angustiada.

«Me perteneces a mí», le había dicho Hibernal.

Eso era cierto. Él le pertenecía… Pero ella ahora estaba en el fondo de la Sima Interminable.

«Hibernal ha dado su vida para salvarme… y debería haberme dejado ahí. Todos deberían haberme dejado ahí».

—Astilla —dijo Cellisca—, basta ya.

Fantasma se giró. Cellisca había agarrado a su hermana pequeña por el pescuezo para alejarla en volandas del borde de la grieta.

—Mamá se ha ido. Tienes que parar.

Tras depositar a su hermana pequeña en la nieve, se volvió hacia Fantasma.

Ni la nieve ni la oscuridad de la Sima Interminable eran tan frías como la mirada de su hermana. Ella y Carámbano se colocaron el uno junto al otro para observarlo. Carámbano tenía las orejas hacia atrás. Su tristeza hacía que respirara entre resuellos temblorosos. A su lado, Cellisca estaba completamente inmóvil, como si estuviera esculpida con la roca de la montaña. Cuando por fin habló, lo hizo en voz baja y ronca.

—Esto es culpa tuya. Mamá está muerta. Y es culpa tuya. Si ella no hubiera tenido que ir a salvarte por tu estúpida rabieta, todavía estaría aquí.

Esas palabras atravesaron a Fantasma como fragmentos de piedra cayendo desde lo más alto. Se incorporó.

—Lo sé —susurró.

Por un momento, los cuatro se vieron envueltos en un silencio desdichado que los rodeó como la nieve que caía.

—Eres… Ha sido una estupidez —le espetó Carámbano con la voz temblorosa—. Siempre intentas hacer cosas que sabes que no puedes hacer. Sabías que no podrías saltar la sima. Deberías haber muerto. No sé qué imaginabas que iba a pasar.

—Mamá te quería muchísimo —añadió Cellisca, todavía en voz baja y con una tranquilidad escalofriante—. Siempre te quiso a ti más que a ninguno. Siempre se preocupaba por ti, nunca por nosotros. Debería haber cuidado de Astilla, pero tú siempre eras más importante. Eres un inútil en todo, pero nunca dejabas de intentarlo para tratar de estar a la altura. Mamá creía que eras especial. Pero no lo eres. No eres uno de nosotros. Sólo eres… un oso. Y has matado a nuestra madre.

Fantasma cerró los ojos y dejó que aquellas palabras lo golpearan. Cellisca tenía razón. Toda la culpa era de él. Él…

—¡¿Me estás escuchando, bicho raro?! —aulló la joven leoparda, y entonces se le quebró la voz.

Fantasma abrió los ojos a tiempo de ver cómo se plantaba sobre las patas traseras, mostrando los colmillos y con las garras desenvainadas, lista para propinarle un zarpazo en la cara.

—¡Has matado a mi madre!

Cellisca tensó los músculos, preparada para saltar. Fantasma no se movió. Esperó el impacto, pero no llegó. Un bultito de pelo moteado apareció de pronto y embistió a Cellisca, haciendo que perdiera el equilibrio.

Astilla le había dado un cabezazo a su hermana en la barbilla, no muy fuerte, pero con una ferocidad que sorprendió a Fantasma.

—¡No te atrevas a hacerle daño! —chilló la pequeña—. ¡Fantasma es nuestro hermano! ¡No es culpa suya que el suelo haya rugido! ¡No es culpa suya si es un oso!

—¡Sí que lo es! —replicó Cellisca, abandonando su postura agresiva y sacudiendo la cabeza sin parar mientras amasaba el suelo; Fantasma sintió un hormigueo de tristeza—. Tiene que ser culpa suya, o… ¿Qué vamos a hacer ahora?

Se tiró al suelo, alzó la vista y soltó un aullido de pesar. Carámbano retrocedió; daba la impresión de que él también iba a perder el control en cualquier momento.

Fantasma no podía soportarlo. Era mejor cuando querían hacerle daño.

—Tienes razón. —Se puso en pie para sacudirse la nieve del pelo—. Cellisca, escucha. Es culpa mía. Soy un bicho raro, un… un oso. Justo como dijeron los osos malayos.

Astilla y Carámbano lo miraron atónitos, con una mezcla de confusión y tristeza.

—¿Cómo? —gimoteó Carámbano.

—Sigues siendo nuestro hermano —dijo Astilla en voz baja y temblorosa.

—No lo soy —le espetó Fantasma un tanto brusco; la pequeña tenía que asimilar la verdad—. Mamá me ha contado lo que ocurrió. Me encontró en una cueva. No sé de dónde vengo, pero se supone que no tengo que estar aquí. No pertenezco a las montañas. Así que yo…

Respiró hondo mirando a Cellisca, que se había tranquilizado un poco, aunque parecía que aún no podía hablar. Ella le sostuvo la mirada con los ojos dilatados y húmedos.

—Yo… tengo que irme —anunció Fantasma—. Me iré lejos, para siempre, así no tendréis que volver a verme.

No se permitió dudar ni un solo instante. No esperaría a que los cachorros de Hibernal accedieran… o a que le pidiesen que se quedara. Si iba a estar solo, la elección era únicamente suya.

Giró en redondo y dio los primeros pasos que lo alejarían de su familia.

—No, Fantasma… —protestó Astilla.

Pero él la ignoró. Echó a andar, trastabillando con las primeras zancadas, pero obligándose a seguir adelante. No iba a mirar atrás. No lanzaría una última mirada a los cachorros de Hibernal ni a la sima que había engullido a la leoparda.

Se concentró en lo que tenía delante: una larga llanura cubierta de nieve y las distantes sombras de los bosques. Fijó la mirada en una roca y luego en un árbol, mientras iba pensando: «Puedo llegar hasta allí. Mis patas pueden llevarme tan lejos como quiera».

Descendió por una serie de pendientes rocosas, alejándose de la llanura nevada y dirigiéndose hacia la sombra de una arboleda. Sólo se detuvo cuando tuvo la certeza de que, si se giraba, no vería a los cachorros a sus espaldas. Entonces volvió la vista atrás y sólo vio las rocas por las que había bajado.

Se sentó de golpe, se apoyó en el tronco de un árbol y cerró los ojos con fuerza. Quería aullar y rugir, pero no dejaría que los demás supieran cómo se sentía.

«Felino de las Nieves…», pensó, y entonces se detuvo.

¿Por qué iba a preocuparse por él el Felino de las Nieves si ni siquiera era un felino?

Sin embargo, lo había ayudado. Le había indicado el camino hasta el ciervo… Eso había sucedido y estaba tan seguro de eso en aquel momento como lo había estado siempre.

—¿Por qué lo hiciste? —gruñó en voz alta—. No lo entiendo. ¿Por qué me ayudaste entonces pero has dejado morir a Hibernal? No sé qué hacer, Felino de las Nieves… Nunca he salido de las montañas, no sé adónde voy ni qué haré cuando llegue…

Tuvo que parar porque la angustia estaba ahogándolo. Poco después, se secó la nariz y añadió:

—Felino de las Nieves, por favor, deja tus huellas para mí ahora. Las necesito más que nunca.

No hubo ningún aliento cálido como respuesta, ningún cambio en la escasa luz.

Fantasma tenía que seguir solo.

Jamás se había encontrado en una situación así. No estaba cazando ni dando un paseo con sus hermanos antes de regresar a la cueva. No tenía ningún destino en mente. Se limitaba a descender todo el rato. Si una ladera era lo bastante llana para caminar por ella, lo hacía. Era más fácil que trepar,

pero, al cabo de un rato, empezaron a flaquearle las rodillas y tuvo que detenerse a descansar al borde de un precipicio.

El día llegaba a su fin. Fantasma miró las cimas ondulantes de las montañas tratando de ver lo que había más abajo, pero no logró distinguir nada más allá de la siguiente montaña. Unas cortinas de lluvia azotaban las pendientes a sus pies, y una ventisca helada volvía las rocas resbaladizas. Fantasma necesitaba encontrar un sitio donde guarecerse durante la noche y, lo que era peor, el estómago había empezado a rugirle.

No había comido en todo el día, y él siempre acusaba el hambre de forma más aguda que sus hermanos.

«Quizá los osos no coman igual que los leopardos… Es evidente que nosotros no podemos cazar como ellos… Pero, entonces, ¿cómo lo hacemos?».

No tenía ni idea. No sabía cómo ser un leopardo, pero ¿cómo iba a aprender a ser un oso? Con un suspiro, se puso en pie para continuar. Eso era lo único que podía hacer. Quizá se tropezase con una criatura moribunda o con los restos de la caza de otro animal. Incluso algunas bellotas o bayas lo mantendrían vivo un poco más, si es que podía encontrar algunas en la tierra pelada y rocosa de las laderas inferiores de las Cumbres Blancas.

Avanzó a lo largo del borde del precipicio, en busca de la mejor manera de bajarlo. Luego se detuvo. Percibió que algo se movía. Algo detrás de él…

—¡Fantasma!

Cuando se volvió, se quedó mirando una figura blanca y moteada que descendía corriendo entre los árboles.

Era Astilla.

—¡Te he encontrado! —exclamó la cachorrita—. ¡Estás aquí!

Frenó en seco y se sentó, respirando de forma entrecortada y moviendo la cola con alegría.

Al verla, una oleada de calidez le inundó el corazón. Hacía muy poco que se había marchado, pero pensaba que no volvería a verla. Su rostro familiar hizo que Fantasma se sintiera, durante unos segundos, como si estuviera de nuevo en casa.

Como si todo volviera a estar bien.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó—. Deberías estar con los otros.

—No. —La pequeña negó con la cabeza—. Me voy contigo. Tú eres mi hermano; no importa de dónde vengas ni… ni lo que ha sucedido.

Fantasma tragó saliva.

—Astilla… ¿y qué pasa con Cellisca y Carámbano? ¿Y con las montañas?

—No se han quedado muy contentos… —admitió bajando la cabeza, y frunció el ceño un instante, como si eso la entristeciera, aunque su expresión decidida volvió enseguida a su rostro y miró de nuevo a Fantasma—. Pero sé que esto es lo correcto. Yo… yo tampoco lograré saltar la Sima Interminable —añadió, y al ver que Fantasma abría la boca para protestar, lo fulminó con la mirada—. Sabes de sobra que es así. Soy demasiado pequeña y demasiado débil. Tal vez ninguno de los dos pertenezcamos a este lugar, independientemente de la procedencia de nuestros padres. Lo que importa es que tú y yo somos hermanos, y no voy a dejar que te marches solo.

Fantasma soltó un profundo suspiro y corrió a apoyar la cabeza en la de Astilla, que le devolvió el gesto cerrando los ojos.

—Mamá no querría que estuvieras solo —susurró.

Fantasma se estremeció mientras permanecían así, el uno junto al otro, recordando a Hibernal.

Luego se apartó y le dio un fuerte y afectuoso lametón en la coronilla.

—Pues venga, vámonos. Juntos.

Astilla ronroneó y le dio un cabezazo en el hombro, y juntos siguieron adelante, el uno al lado del otro.

Encontraron el lecho de un arroyo poco profundo que atravesaba la quebrada y descendieron por él, chapoteando y resbalando sobre las piedras mojadas. Astilla señaló una arboleda justo al pie de la pendiente, y se encaminaron hacia ella. Fantasma esperaba que les proporcionara algo de cobijo, quizá incluso el suficiente para pasar la noche… La calidez que le había envuelto el corazón por tener a su hermana a su lado no había desaparecido, pero tampoco iba a servirle de mucho para evitar que el frío viento le helara la nariz.

Por desgracia, llegaron a los árboles al mismo tiempo que una potente y gélida ráfaga de ventisca. Los troncos estaban demasiado separados y lo único que hicieron fue rociar a Fantasma y Astilla con agujas de pino congeladas y hielo semifundido. Los dos hermanos continuaron andando; preferían seguir adelante, bajo aquel tiempo tan horroroso, a dormir fatal en un sitio desprotegido.

Se hizo de noche y no parecía que aquella ventisca fuera a aflojar, pero ellos no sabían qué hacer aparte de continuar avanzando. Fantasma reparó en que las laderas inferiores de las Cumbres Blancas mostraban cada vez más los estragos producidos por el terremoto que había condenado a la muerte a Hibernal: grietas en el suelo, árboles caídos y arbustos que podrían haber sido un refugio frío pero aceptable arrancados y desperdigados por la pendiente…

Avanzaron en medio de la oscuridad, olfateando y buscando su camino a tientas a lo largo de las rocas. La ventisca seguía aullando a su alrededor, y unas nubes densas tapaban la luna.

De repente, Fantasma notó que Astilla se detenía. Miró alrededor, pero el único movimiento que captó fue el de su hermana al plantar las orejas.

—¿Qué ocurre?

—Creo que veo algo.

Astilla dio media vuelta y se alejó deprisa, y Fantasma corrió tras ella, ansioso por no perder de vista la forma difusa de su cola.

—¡Sí, Fantasma! ¡Mira! ¡Es una cueva!

Él entornó los ojos y entonces, en la oscuridad, distinguió algo en una pared rocosa: no cabía duda, había un espacio abierto y negro. Fantasma soltó un bufido de alivio. Esa noche pasarían hambre, pero, gracias a Astilla, al menos podrían descansar resguardados de la tormenta. Se sacudió, y los dos entraron juntos en la gruta.

El interior estaba seco, incluso en la entrada, y parecía profundo. ¡Más al fondo se estaría incluso calentito! Fantasma dio unos pasos adelante con el corazón tan rebosante de alegría por estar al abrigo del mal tiempo que sólo cuando ya estaban dentro se le ocurrió olfatear el aire.

Allí olía a algo, a otra criatura. La cueva estaba ocupada.

Fantasma se puso tenso. Luego oyó un roce de garras en el suelo, y algo gruñó.

Se colocó delante de Astilla cuando aquella cosa se abalanzó hacia ellos en la oscuridad. Era más grande que él y era… rara. Como si estuviera compuesto por un montón de partes inconexas. Una zarpa blanca, media cara blanca, parte delantera blanca y patas traseras negras, dientes que mordían el aire. Se movía como una sola criatura, pero parecía aterradoramente desarticulada. Fantasma rugió de miedo y dio un fuerte manotazo delante de él. Sus garras impactaron en pelo y carne… y los desgarraron.

La criatura soltó un alarido de dolor espantoso. Pasó junto a Astilla y Fantasma, y éste se volvió en redondo para seguirla, por si intentaba atacar a su hermana. Pero aquel animal los rebasó corriendo y salió a la fría noche.

Fantasma lo persiguió gruñendo hasta la boca de la cueva. ¡Ahora la cueva era suya! ¡Y aquella cosa monstruosa debía irse bien lejos!

Sin embargo, cuando la criatura salió de la oscuridad absoluta a la débil luz de la luna, Fantasma entendió por fin lo que había estado viendo: no era un compuesto de partes blancas y negras, sino un animal blanco, pero con manchas negras en la cara y a lo ancho del lomo.

Era un oso. Como él, pero más grande y más pesado, con unas franjas de pelo negro donde él era blanco.

El oso desapareció en la penumbra, trastabillando y gimiendo de dolor.

—¡Gracias, Fantasma! —exclamó la pequeña Astilla pegando su cuerpo tembloroso al de él—. ¡Esa cosa era muy rara! ¡Podría haberme comido!

Fantasma le dio un lametón en la coronilla. Su hermana tenía razón: había hecho lo correcto. Había protegido a su familia.

Pero al sentarse se miró la zarpa y vio que de sus garras goteaba la sangre del otro oso y que manchaba el suelo de un rojo oscuro… El mismo color que habría brotado del cuerpo de Hibernal y habría teñido la nieve del fondo de la Sima Interminable.

Una lenta oleada de horror se fue colando en su corazón.

«¿Es que siempre tendré sangre en las zarpas?».

19

Lluvia iba a la deriva en medio de una niebla verde, y a su alrededor giraban piedras, peces y algas que pasaban por su lado lanzando destellos dorados y plateados, azules y blancos. Pensó que estaba hundiéndose cada vez más y más hondo en el río, hasta el mismísimo corazón del Reino del Bambú. Su pulso era un golpeteo lento y persistente en los oídos.

La cosa que se había enroscado en su pata seguía allí. Notaba cómo la sujetaba, firme y sólida, por muy resbaladizo que se le hubiera vuelto el pelo o por muy deprisa que tirara de ella a través de la corriente.

Lluvia sabía que iba a ahogarse, pero el corazón le dio un vuelco duro y doloroso al pensar en el ataque de Ocaso y en sus mentiras. La joven panda sintió un último estallido de ira por lo injusto que era aquello…

Luego se vio arrastrada hacia arriba y su cabeza emergió a la superficie. Se llenó los pulmones de aire mientras el agua se le metía en la nariz y en los ojos. Por encima del río había una nebulosa de nubes blancas y ramas verdes, y junto a ella flotaba una madera astillada. Pero, en cuanto tomó aire y escupió el agua que había tragado, notó que la cosa se le enroscaba con más fuerza alrededor de la pata para tirar de nuevo hacia abajo. En esta ocasión Lluvia ya estaba casi preparada para eso, y soltó un resoplido al cerrar los ojos mientras el río volvía a cerrarse por encima de su cabeza.

No podía luchar contra aquello que la arrastraba… De hecho, ni siquiera podía verlo. De pronto iba volando por el agua, más y más rápido, pero en realidad parecía como si estuviera flotando por el cielo, por encima de un paisaje de valles profundos y árboles ondulantes. Podía ver con claridad el lecho del río.

Allí abajo había algo que no era piedra y tampoco madera. Eran muchas cosas de color blanco, como una línea blanca que atravesara el reino. Llenaban el canal que debía de haber sido el fondo del río original antes de que la inundación le diera su nuevo y monstruoso tamaño.

Eran huesos. Vio cráneos, grandes y pequeños, dientes y garras, largos huesos de patas y minúsculos huesos de dedos, espinazos y costillas…

«Son los ahogados —pensó Lluvia por encima del retumbante ritmo de su corazón—. Están aquí, todos. Pandas, monos, aves, ratas y lagartos, todos mezclados. El Reino del Bambú unido en la muerte…».

Al final, la vista se le empezó a nublar. Los huesos parecían discurrir como un arroyo líquido de un blanco pálido. Su visión periférica se oscureció y luego se volvió negra. El mundo fue estrechándose hasta convertirse en un círculo de luz cada vez más pequeño.

Y algo cruzó el círculo; la sombra de una criatura caminando. El mundo de Lluvia cambió. Ya no estaba en el agua. Estaba en el interior de una cueva oscura, aunque no podía notar la superficie de piedra bajo las patas. Estaba seca y caliente, a pesar de la lluvia que oía repicando en el suelo del exterior.

Un movimiento la hizo mirar hacia la izquierda. Allí había una osa panda. Mostraba los colmillos en un gruñido asustado. No parecía ver a Lluvia; sólo veía a la criatura que se encontraba en la boca de la cueva.

La criatura entró, y Lluvia vio que se trataba de un felino enorme, más grande incluso que un leopardo, con el pelo del color del fuego y con rayas negras.

El felino miraba fijamente a la panda, con un profundo gruñido gutural. Y luego, durante sólo un instante, desvió la vista y sus brillantes ojos amarillos se clavaron en Lluvia.

Ella notó que algo tiraba de nuevo de su pata —aquella fuerza sinuosa que seguía allí, aunque ya no estaba en el río—, y le pareció caer a través del suelo de la cueva, a través de la roca, hasta otro mundo. De pronto estaba en lo alto de una montaña, con nieve hasta la barriga, avanzando a lo largo de un risco serpenteante en dirección a una cumbre envuelta en nubes. Lluvia miró hacia abajo y vio el Reino del Bambú con total nitidez, con todas las colinas y todos los árboles, el río centelleante que lo cruzaba y los frondosos bosques de bambú en las laderas.

Otros dos pandas avanzaban por la montaña con ella. Podía verlos, pero, cuando trató de observarlos más de cerca, fue incapaz de distinguir sus rostros.

Volvió a centrar su atención en la cumbre que tenía delante. Sabía lo que era, aunque no la había visto jamás: la Montaña del Dragón.

Las nubes del aliento del Dragón giraban cada vez más deprisa alrededor de la cima, y de repente se separaron de las rocas y descendieron vertiginosamente hacia Lluvia, como un alud o un maremoto. La niebla la golpeó con fuerza, y, por un momento, no sintió más que calidez. Luego

recibió un impacto que le sacudió el cuerpo de arriba abajo y le hizo abrir los ojos.

Estaba flotando en la superficie del veloz río, y una nueva ola la golpeó y le dio la vuelta.

Ahora ya estaba despierta, despierta de verdad. La cosa que se había enroscado en su pata había desaparecido y Lluvia estaba sola, atrapada en las corrientes letales de aquel río imposible de cruzar. Respiró hondo varias veces y pataleó, tratando con desesperación de enderezarse. Lo hizo justo a tiempo para ver una roca dentada que sobresalía del agua delante de ella; logró impulsarse a un lado para que no la golpeara en la cabeza o las costillas, y dando vueltas y chapoteando, mantuvo la cabeza fuera del agua mientras a su alrededor giraban más rocas, olas y desechos que se dirigían hacia ella.

«¡Los rápidos!».

Lluvia sabía que no había forma alguna de nadar contra los rápidos, no cuando el río se dividía continuamente en cientos de corrientes distintas cada vez más veloces y potentes. Lo único que podía hacer era resistir, esquivar las rocas y no verse arrastrada de nuevo hacia abajo…

«Vamos, Lluvia —pensó—. El traidor no te ha matado, ¡así que no te matará tu propio río! Sigues con vida. ¡Mantenla!».

De pronto, vio algo grande y marrón flotando a poca distancia. El tronco de un árbol, con unas ramas enormes y retorcidas que sobresalían del agua como cabezas de serpientes.

«Igual que lo que viste en la poza…».

Apartó ese pensamiento de su mente. Eso podría esperar hasta que hubiera conseguido no ahogarse. Se dio impulso con una roca justo al mismo tiempo que el tronco rebotaba contra otra, y logró clavar las garras en la corteza mojada. Se izó, gruñendo y aullando por el esfuerzo, hasta que pudo abrazarse a la madera con el torso fuera del agua. La corriente pasaba a toda prisa junto con ramas y rocas, y algunas tropezaban con el tronco y lo hacían girar y girar en el agua, pero ella aguantó gruñendo, desafiando al río a que intentara ahogarla una vez más. Cuando el árbol pasó por encima de una roca, cayó a una zona más baja del río, y luego, casi de repente, la corriente se volvió más lenta y tranquila.

La joven panda siguió aferrada al tronco un buen rato, intentando recuperar el aliento y esperando su momento. Finalmente, el árbol entró en un meandro y Lluvia vio una ribera de guijarros que se prolongaba hacia el agua mucho más que las otras orillas, así que tomó una gran bocanada de aire, se

separó del tronco y nadó con todas sus fuerzas, aunque tenía todos los músculos entumecidos y estaba tan agotada que casi no podía respirar.

Sus zarpas tocaron piedras por fin, y luego guijarros, y por último se hundieron en la tierra blanda de la orilla. Trató de ponerse en pie, pero tenía las patas demasiado débiles, así que reptó para acabar de salir del río. Tosió, y de su garganta salió un torrente que escupió en el suelo.

Luego se derrumbó de costado, con el agua lamiéndole la punta de las patas traseras. Se volvió a mirar el tronco al que se había sujetado, esperando ver cómo se alejaba flotando…

Pero, en vez de eso, vio algo oscuro que terminaba en tres ramas retorcidas, que se transformó en bruma y se volatilizó en el aire.

«Sigo soñando… —pensó—. ¡Puede que al final sí que me haya ahogado!».

Pero una parte de ella sabía que eso no era cierto.

¿Y si lo de aquel día en la poza no había sido fruto de su imaginación?

¿Y si había visto al Gran Dragón?

¿Y si esa cosa que la había agarrado para alejarla de Ocaso era…?

Lluvia no fue capaz de seguir manteniendo la cabeza erguida y la dejó caer sobre la playa con un crujido. No podía pensar en nada de todo eso… Era algo demasiado grande y ella estaba demasiado cansada. Sabía que debía levantarse, alejarse del río para no verse de nuevo arrastrada. No sabía dónde estaba o quién podría encontrarla si no se movía.

Cerró los ojos con fuerza, tratando de encontrar la energía necesaria para ponerse en pie, pero fue incapaz de volver a abrirlos. La oscuridad la invadió, y ella se sintió reconfortada…

Pero luego ya no sintió nada.

20

Hoja se sentó, dejando que el sol de la mañana le caldeara el pelo, aunque allí arriba, en la montaña, incluso el sol más radiante tenía que luchar contra el frío. Por lo menos se le estaban calentando las orejas y la zona negra del lomo.

Entre las zarpas sujetaba con delicadeza el mechón de pelo de Pruna. Con la ayuda de Cazasombras, habían logrado encontrar el camino de vuelta al lugar en el que se habían separado de los demás pandas y pandas rojos, y Hoja había localizado de nuevo el mechón enganchado que había visto en uno de los arbustos espinosos.

No podía creer que estuviera viajando con un depredador, y mucho menos con un tigre. El enorme felino no resultaba tan aterrador a la luz del día, aunque haberse quedado dormida a su lado y haber despertado ilesa la tranquilizaba.

A Rayo, sin embargo, aquello no lo tranquilizaba lo más mínimo, y había dormido apretujado entre Hoja y el muro de piedra. Al fin y al cabo, aquel tigre había devorado a su tío.

A poca distancia, debajo de un árbol, Cazasombras bostezó desplegando y enrollando su enorme lengua entre sus gigantescos colmillos. Luego estiró las zarpas para arañar el tronco.

Hoja trató de hacer como si nada y olisqueó el mechón de pelo de Pruna. Su olor ya había desaparecido casi por completo tras la lluvia de la noche y el polvo que había levantado el temblor de tierra, pero aún logró distinguir el cálido y familiar aroma de su tía. Sintió una punzada en el corazón.

—Estuvo aquí. Y si no tomó el mismo camino que nosotros ayer… quizá bajó por el otro lado y subió por la montaña siguiente…

Rayo suspiró.

—El tigre dice que en esa ladera no captó más olor de panda que el tuyo.

Hoja lo miró comprensiva. Desde que se había despertado y había visto a Cazasombras roncando suavemente y bloqueando la salida de la cueva, Rayo iba con las orejas hacia atrás, como si las tuviera pegadas a la cabeza.

—Venga —le dijo a su amigo—. Es la hora del Banquete de la Luz Dorada. Vamos a buscar algo de comer.

Todavía quedaba un poco de bambú esparcido por la ladera… No estaría muy sabroso, pero tendría que servir. No habían podido comer nada en el Banquete del Descenso de la Luna, y Hoja había tenido que pedirle al Gran Dragón que los bendijera, a pesar de que no había ni un solo brote de bambú por el que dar las gracias.

Su amigo encontró un árbol caído lleno de insectos y comenzó a recogerlos y a comérselos mientras Hoja le agradecía al Gran Dragón su fuerza. La joven panda sospechaba que ese día la necesitaría. Después de comer, Rayo parecía un poco más contento, aunque se mantuvo varios pasos por detrás de su amiga cuando ella se dirigió hacia donde se encontraba Cazasombras.

El tigre se había tumbado y estaba lavándose el hueco entre las almohadillas.

—Mira esas garras, Hoja —masculló Rayo—. ¿Qué será de nosotros cuando decida que tiene hambre? No creo que se sienta satisfecho con hojas e insectos. Deberíamos permanecer cerca de los árboles para poder trepar y ponernos fuera de su alcance si al final decide ir a por nosotros.

«Probablemente pueda subir a cualquier árbol al que nosotros trepemos», pensó Hoja, pero sabía que no le haría bien a nadie que lo dijera en voz alta.

—La verdad es que no creo que vaya a incumplir su promesa —murmuró en cambio—. No se habría tomado tantas molestias para encontrarnos, y para contarme lo que me contó, sólo para comernos ahora.

Rayo asintió, aunque no parecía muy convencido.

Cazasombras los vio acercarse y se puso en pie, estirando su largo lomo rayado y sacudiendo su fuerte cola.

—¿Estás lista, portavoz del Dragón? —preguntó.

Hoja titubeó.

«¿Lista para que me llamen así? Desde luego que no».

Jamás había conocido a un portavoz del Dragón, pero los pandas de Airosobosque le habían contado historias sobre la gran sabiduría y la amabilidad de Ocaso Bosqueprofundo y sus predecesores. Ellos habían salvado el Reino del Bambú una y otra vez desde que existían los pandas y el Gran Dragón. Cuidaban por igual de todas las criaturas. Siempre tenían una respuesta para cualquier problema y, si no la tenían, no descansaban hasta conseguirla.

¿Cómo podía Hoja ser una de ellos? ¿Y cómo podían sus hermanos ser también portavoces del Dragón? Nunca había oído que hubiese más de uno a la vez. Por otro lado, tampoco había oído que una osa panda tuviera trillizos. A lo mejor el tigre estaba equivocado. O le estaba mintiendo o, sencillamente, se había confundido.

—Tengo que encontrar a mi tía —dijo al cabo, sosteniendo el mechón de pelo delante de Cazasombras—. Creo que a ti se te dará mejor que a mí seguir su rastro. ¿Puedes usar este olor para localizarla?

Cuando el felino olfateó el mechón, casi lo levantó al aspirar de la palma de Hoja.

—Haré todo lo que pueda —respondió con su profunda voz; luego fue hasta el arbusto donde Pruna había perdido el mechón y allí volvió a olfatear. Finalmente, miró por encima del hombro antes de añadir—: El rastro es débil. Deberíamos darnos prisa.

A Hoja le dio un vuelco el corazón. ¡Por fin iban a encontrar a su tía! Luego echó a correr tras el tigre, que se había puesto en marcha a buen ritmo y ya casi había llegado a lo alto de la loma.

Rayo corrió junto a su amiga, siguiendo la ondulante cola de Cazasombras ladera arriba y ladera abajo hasta el pequeño valle del otro lado. Luego continuaron por la siguiente loma, bordeando una columna de roca partida que sobresalía del suelo como una garra que apuntara hacia el cielo. En cuanto Hoja llegó a lo alto del risco, vio que aquella ruta era mejor para alcanzar la Montaña del Dragón: por allí la impracticable pared rocosa con la que se habían topado la noche anterior quedaba a sus pies.

A medida que ascendían estaban más desprotegidos; la capa de nieve sólo se veía interrumpida por los bordes de rocas afiladas o pequeñas matas de vegetación sin apenas hojas. La joven no dejaba de buscar rastros, pero la nieve debía de ser nueva, porque no vio nada aparte de las grandes huellas de Cazasombras.

—Creo que serías una buena portavoz del Dragón —le dijo Rayo de repente, mientras subían por una complicada cuesta cubierta de nieve y pizarra suelta—. No sé si el tigre está contándonos la verdad, pero creo que lo harías muy bien.

Hoja negó con la cabeza.

—No lo sé. Sólo soy… ¡Es que soy de lo más normal! Me gusta el bambú, trepar a los árboles y pasar el rato contigo. No soy una líder. Pruna sería mucho mejor portavoz; es ella quien tomó la decisión de ir a la Montaña del Dragón para averiguar qué estaba sucediendo.

—Sí, pero es a ti a quien el Dragón le mostró el camino cuando estaba oscuro y nos habíamos perdido —replicó Rayo—. Ningún panda rojo ha tenido jamás una visión como ésa, ¡y las visiones son indiscutibles! Además, si quieres una muestra de liderazgo, míranos a nosotros dos ahora mismo. Me tienes siguiendo a un tigre montaña arriba. No hay muchos pandas por los que yo haría algo así.

—Rayo, yo…

Hoja lo miró sorprendida y notó que se le henchía el corazón, pero no logró encontrar las palabras adecuadas. En vez de eso, se inclinó para lamerle la coronilla a su amigo.

—Venga —dijo Rayo, dándole un cabezazo afectuoso en una pata—. O perderemos al tigre y, desde luego, un tigre al que puedes ver es muchísimo mejor que uno al que no ves.

Se apresuraron tras Cazasombras y la nieve crujió bajo sus pasos.

Ya estaban en la Salida del Sol, pero Hoja decidió no interrumpir la marcha por el banquete. No sabía si ese comportamiento constituía un ejemplo de buen liderazgo para una portavoz del Dragón, pero recitó la bendición para sus adentros para agradecerle al Dragón el regalo de la sinceridad.

«Sería poco sincero no admitir que, ahora mismo, es más importante encontrar a Pruna que celebrar el banquete», pensó, esperando que el Dragón lo entendiera.

—Hoja —gruñó Cazasombras de pronto—. Aquí hay algo.

La joven panda echó a correr por la pendiente nevada hasta una mata de helechos. El tigre olisqueaba el suelo con atención. Un poco más arriba, hacia la derecha, había una pared rocosa con algunas grietas oscuras que podrían ser entradas de cuevas. ¿Estaría Pruna en alguna de ellas?

Hoja llegó junto a Cazasombras.

—¿Qué has encontrado? —le preguntó—. ¿Un rastro nuevo?

—Sangre.

A la joven panda se le cayó el alma a los pies cuando bajó la mirada y vio unas gotas rojas en la nieve.

—¿Es…? ¿Huele a…?

—Pruna ha estado aquí.

Cazasombras comenzó a pasearse arriba y abajo a toda prisa, salvando anchos espacios en pocas zancadas y subiendo y bajando la pendiente. Se detenía y olfateaba, y volvía y olfateaba otra vez. Hoja lo observaba con el corazón en un puño. Quería salir corriendo y entrar en todas las cuevas, su tía

podía estar en cualquiera de ellas herida, moribunda… Pero se obligó a confiar en su extraño nuevo aliado.

La espera fue corta pero angustiosa. Cuando el tigre regresó al lugar en el que ella se había quedado paralizada, anunció:

—Pruna salió de las cuevas sangrando. Se fue por ahí.

Señaló con el hocico a través de los helechos, hacia un grupo de árboles sin hojas que crecían en un lado de la montaña.

Hoja se volvió hacia allí y salió corriendo de las matas de helechos, con la mirada clavada en el suelo para no caerse. Vio más salpicaduras mientras se acercaba a los árboles. Rayo la adelantó a toda velocidad.

—¡Pruna! —rugió la joven panda, y su grito resonó en la montaña—. Pruna, ¿estás ahí?

Rayo desapareció tras una roca enorme, entre los árboles. Y, de pronto, gritó:

—¡Hoja, ven, deprisa! ¡Está aquí!

Corrió lo más rápido que pudo, atravesó otra zona de helechos, rodeó la roca y se encontró con lo que había estado temiendo: la tía Pruna tendida en el suelo, con sangre en el rostro. De repente, Hoja sintió que sus patas eran de nieve y se fundían bajo el sol, y cayó de bruces con un lamento de dolor.

Entonces, Pruna gimió y miró hacia ella.

—¿Hoja…? ¿Eres tú…?

—¡Tía Pruna! —La joven se levantó de un salto y corrió a su lado—. ¡Estás viva!

—Sí… —respondió ella débilmente—. Estoy viva, estoy viva, sí… y Hoja está aquí. Al final… Todo está bien…

—¡Esto no es el final! Estoy aquí, tía. Y voy a ayudarte —replicó.

Comenzó a lamerle la herida de la cara, pero, al notar el sabor de la sangre, se estremeció. Sabía mal, como algo muerto que hubieran dejado al sol.

—Estaba siguiendo… —empezó Pruna con un hilo de voz—. Estaba siguiendo a mi corazón, siguiendo al Dragón… Llegué hasta la cueva… Llegué y esperé. Iba a recibir una señal. Pero entonces, en la oscuridad… el monstruo. El monstruo blanco. Músculos y colmillos, blanco como la muerte, como un oso… Lo vi con los ojos de la muerte.

—Está desorientada —dijo Cazasombras detrás de Hoja.

El tigre se había subido a la roca y se había tumbado allí, mirándolas con auténtica tristeza. Pruna se volvió hacia el felino, pero no pareció distinguirlo bien.

—Puede que aguante otro día, pero fallecerá pronto —continuó el tigre—. Deberías despedirte de ella, Hoja, ahora que todavía te reconoce.

—No —gimió la joven panda.

—No —dijo Rayo al mismo tiempo, con tono serio y resuelto. Luego se acercó a olfatear la herida de Pruna.

—¿Rayo? —Hoja tragó saliva a duras penas—. Por favor, ¿hay algo que puedas hacer?

—Yo… yo soy un Trepador, no un Sanador. Pero he visto que Perspicaz les da hojas moradas a los pandas rojos cuando se ponen así. Es una especie de bambú… —Negó con la cabeza y gimió levemente, y Hoja, que por un instante había albergado esperanzas, notó que el alma se le caía de nuevo a los pies—. Pero sólo crece junto al río. No hay tiempo de regresar a Airosobosque y traérselo a Pruna antes de…

«Antes de que muera». Esas palabras se quedaron flotando en el aire. Hoja soltó otro lamento y lamió la oreja de su tía con suavidad.

—No hace falta que regreséis a Airosobosque —intervino Cazasombras.

Hoja lo miró.

—¿Qué?

El tigre se levantó y olfateó el aire.

—No es lo que queda más cerca del río. Estamos muy lejos de Airosobosque, pero el río atraviesa todo el territorio. Recorrí estas montañas durante un tiempo mientras te buscaba, y la ribera más próxima está… —Se giró para mirar el lugar del que venían y luego ladera abajo, a derecha e izquierda… Finalmente movió las orejas para señalar una pendiente muy empinada en dirección al alba—. Por allí. Corre, portavoz del Dragón; corre y sigue la senda que desciende entre los valles, allí encontrarás agua antes de que se ponga el sol.

Hoja ya se había incorporado.

—Gracias, Cazasombras. ¿Tú te quedas con Pruna? ¿Te asegurarás de que el monstruo no vuelva?

—Por supuesto.

El tigre bajó de la roca y se sentó junto a Pruna, enroscando la cola alrededor de su cuerpo. Le lamió la herida con su gigantesca y áspera lengua, y la osa dio un respingo al reconocerlo por fin, con espanto y confusión en los ojos.

—¿Qué… qué eres…?

—Soy un siervo del Dragón —respondió él—. No te muevas.

—Volveré enseguida, tía —farfulló Hoja—. Volveré y nos encargaremos de que te pongas bien, ¡te lo prometo!

—El Dragón está con nosotros… —suspiró Pruna, cerrando los ojos.

Hoja dio media vuelta y echó a correr, con Rayo pisándole los talones.

El primer descenso fue el más aterrador. Hoja patinaba sobre la nieve y las rocas, y más de una vez cayó rodando por el suelo, pero se levantó y volvió a correr. Se asustó y se vio casi incapaz de seguir, pero entonces pensó en Pruna. Si no regresaban a tiempo, su tía moriría, y ella no le había dicho nada de lo que quería decirle: que la quería, que tenía dos hermanos, que el Dragón le había mostrado el camino…

Ni siquiera se había despedido.

Esa idea la ayudaba a ponerse en pie cada vez que se caía. Le insuflaba la fuerza necesaria para olvidarse de las magulladuras, del dolor en los pulmones, de los cortes en las almohadillas.

La ladera se volvió por fin menos escarpada, y el suelo pasó a ser más cálido y más de tierra que de roca. Corrieron entre quebradas y valles, a veces viéndose obligados a abrirse camino entre árboles y peñas que se habían desprendido de las pendientes más altas por los temblores de tierra. Chapotearon entre la gélida nieve que se había fundido y que fluía montaña abajo para unirse al río, y rodearon unas columnas de piedra enormes que parecían ser los últimos restos que quedaban de una cima antigua.

Pasó el Sol Alto, y Hoja farfulló la bendición entre dientes sin dejar de correr. Para cuando llegó la Luz Larga, estaba muerta de hambre y se sentía débil. Intentó seguir a pesar de todo, pero Rayo se plantó ante ella, que no tuvo la energía suficiente para esquivar a su pequeño amigo. Hoja cayó de bruces al suelo, y Rayo salió disparado a por un tallo de bambú para su amiga. Ella recitó la bendición en voz alta para agradecerle al Dragón el regalo de la resistencia, aunque casi se derrumbó entre sollozos de tristeza al pronunciar esas palabras. Sin embargo, luego comieron y, cuando terminaron, Hoja pudo incorporarse sobre sus doloridas patas. Poco después llegaron a un recodo y se encontraron con un valle que descendía hacia una ladera boscosa y exuberante, y más allá de las oscilantes ramas entrevieron un destello del río.

La mera visión del agua devolvió la esperanza al corazón de la joven panda.

El trayecto entre los árboles fue más lento. Hoja estaba agotada y apenas sentía ya las piernas mientras bordeaba troncos, subía rocas y bajaba pendientes resbaladizas y cubiertas de musgo. Pero, finalmente, poco antes

del Descenso del Sol, los dos amigos irrumpieron en una amplia ribera rocosa que se inclinaba con suavidad hacia el borde del agua.

Hoja se detuvo trastabillando y esparciendo guijarros aquí y allá. Miró alrededor, buscando hojas moradas y, con un alivio tan intenso que hizo que se mareara, vio que entre dos rocas crecía una mata inconfundible de bambú morado.

Pero vio algo más. En la orilla, empapada e inmóvil, había una figura de pelo negro y blanco.

Corrió hacia allí.

Era una osa panda, una osezna más o menos de su misma edad. Estaba tumbada boca arriba en el agua de la rivera, desmadejada, con el pecho subiéndole y bajándole muy despacio. Seguía vivía, pero estaba inconsciente y el río le lamía las patas traseras y le llegaba casi a la barbilla.

—Tenemos que sacarla del agua —dijo Hoja, inclinándose para agarrarla del pescuezo y poder tirar de ella.

Pero al hacerlo vio algo en una de sus zarpas.

Tenía todas las almohadillas negras, excepto una.

La almohadilla del pulgar era tan blanca como la nieve de las montañas. Tan blanca como la de la propia Hoja.

—No. No puede ser…

«Pero lo es. Cazasombras nos ha enviado aquí. Cazasombras es siervo del Dragón, y el Gran Dragón me ha traído hasta este lugar justo a tiempo…».

No había otra explicación y, desde luego, no había tiempo para buscarla. Hoja agarró a la panda y la sacó a rastras del río. Mientras lo hacía, la osa gimió y tosió. Al cabo de unos pocos pasos, se retorció para soltarse y se derrumbó bocabajo.

—¡Eh! Déjame…

Hoja retrocedió mientras la panda escupía agua en el suelo. Luego se incorporó a trompicones, y, tras dos intentos, por fin logró mantenerse erguida sobre sus cuatro patas temblorosas. Tenía el pelo apelmazado y chorreando, y miró a Hoja y a Rayo con una expresión confundida y furiosa.

—¿Qué es…? ¿Quiénes sois? ¿Dónde estoy? ¿Esto es Lomaprόspera? No os conozco, ¿no? ¿Dónde está Ocaso? Necesito… Él es…

Enmudeció mientras trataba de recuperar el aliento. Luego parpadeó y movió la cabeza de un lado a otro y, cuando volvió a mirar a Hoja, sus ojos parecían ver con más claridad.

—Ah, ya me acuerdo… —Se sentó sobre las patas traseras—. ¿Dónde estoy? ¿Quiénes sois?

—No… no vas a creer lo que voy a decirte.

A pesar de la actitud irritada de la panda, de la situación desesperada de Pruna y de las magulladuras y el dolor de su propio cuerpo, Hoja notó que el corazón se le llenaba de un tipo de alegría que jamás había sentido.

Miró a los ojos a la otra panda, y entonces se acercó a ella de un salto y restregó el hocico contra su mejilla.

—Me llamo Hoja. ¡Y soy tu hermana!

21

Fantasma se sobresaltó cuando, por encima de su cabeza, un ave dorada echó a volar desde una rama con un graznido ruidoso. Las hojas de lo alto susurraron cuando el pájaro pasó entre ellas y desapareció de su vista. El joven oso intentó seguirlo con la mirada, pero había demasiadas ramas y demasiadas hojas, y el pájaro se esfumó casi al mismo tiempo que se puso en movimiento.

En las montañas había aves y muchas otras criaturas, pero todas parecían mantenerse alejadas unas de otras, también de los leopardos. Allí abajo, en cambio, en aquella tierra verde y dorada, había animales dondequiera que mirase: escarabajos, pájaros, pequeños roedores… Incluso entrevió un mono en una colina lejana balanceándose en la rama de un árbol.

El bosque que se extendía más allá de las montañas era cálido y húmedo. Sobre las rocas había musgo… Ni siquiera parecía necesitar tierra para crecer. El suelo era blando y algunas partes estaban mojadas y se le pegaban a las zarpas y al pelo. En vez de hielo sobre el que resbalar, allí había un barro profundo que parecía querer succionarlo y retenerlo para siempre.

Las colinas eran igual de escarpadas, aunque no tan altas, y había muchísimos árboles. Incluso cuando miraba desde lugares elevados, la mitad de las veces no podía ver el horizonte debido a la cantidad de hojas que había.

No estaba mal del todo, pero Fantasma no tenía muy claro si aquello le gustaba. Se sentía asfixiado en un espacio que no era lo bastante grande para él.

—Echo de menos la nieve —comentó Astilla, que se sacudió y se limpió el hocico con una zarpa—. Aquí todo es pegajoso.

—Nos acostumbraremos —repuso él—. Además, hay muchas presas. O eso parece. Sólo tenemos que averiguar cómo cazarlas.

«Y de todas formas no podemos regresar», pensó.

—¿Qué estarán haciendo Cellisca y Carámbano? —se preguntó la pequeña en voz baja.

Fantasma intentaba no pensar en ello. Cada vez que imaginaba qué estarían haciendo sus hermanos, si continuarían llorando a Hibernal o habrían seguido adelante con sus vidas, se ponía triste.

—Probablemente estarán cazando —respondió, un tanto tenso—. Y nosotros deberíamos hacer lo mismo. La verdad es que no quiero comer insectos otra vez, por mucho que sean fáciles de atrapar.

—¡Ni yo! —coincidió Astilla—. Quizá tendríamos que separarnos. Así duplicaremos las posibilidades de encontrar otras cosas.

Fantasma se desanimó, pero luego se sacudió para despejarse. Era inútil entristecerse por eso; él no era un leopardo, y a Astilla le iría mejor si cazaba sola, por mucho que tuviera que detenerse a cada rato para recuperar el aliento.

—Buena idea —contestó, y luego añadió, casi para sí—: Así tal vez logre descubrir cómo se supone que caza un oso.

—¡Genial! —exclamó la pequeña muy contenta, relamiéndose sólo de pensarlo—. Yo iré por allí, tú ve por ahí. Volveremos a encontrarnos aquí para compartir lo que cacemos. Saldrá bien. Pero ¡no te pierdas!

Fantasma asintió. Miró alrededor mientras su hermana se alejaba entre los arbustos e intentó examinar la zona en la que se encontraba. Pero todo le parecía igual: árboles y rocas, y luego más árboles… Supuso que tendría que seguir su propio rastro durante el camino de vuelta para localizar a Astilla. Eso podía hacerlo, por mucho que hubiese un sinfín de sonidos y olores desconocidos en aquel extraño lugar.

Echó a andar, avanzando despacio y olfateando el aire. Al contrario de lo que solía ocurrir en las laderas desnudas de las Cumbres Blancas, enseguida captó el olor de una presa y luego de otra, y de otra, y de otra más que podría ser la misma o alguna muy similar. Se entrecruzaban sobre el suelo forestal en una maraña tan confusa que Fantasma se sentó para rascarse la nariz un momento.

Intentó recordar todo lo que le había explicado Hibernal sobre la caza. Le dolió pensar en ella, pero tenía que encontrar algo que comer. Se acordó de que una vez le había dicho que, si olía a presas, pero no había presas, significaba que volverían. Lo único que un leopardo tenía que hacer era esconderse y esperar.

Fantasma se animó. Eso era difícil de hacer en las peladas laderas de las montañas, pero en aquel bosque abarrotado había muchos sitios donde ocultarse. Se arrastró bajo una mata de helechos que le quedaba cerca y se dispuso a esperar.

Sin embargo, cuanto más tiempo pasaba allí escondido, más incómodo se sentía. El pelo de la barriga se le estaba embarrando, y los escarabajos se le subían por las patas y luego por el lomo. Una mosca pasó zumbando alrededor de su nariz y, aunque intentó ahuyentarla, volvía una y otra vez. Después trató de no hacerle caso, pero, cuanto más esperaba, más ruidoso le parecía el zumbido, hasta que perdió los nervios por completo.

—¡Lárgate! —rugió, levantándose y dando manotazos.

La mosca se marchó volando, como el pájaro que acababa de posarse en un árbol cercano y que salió disparado con un graznido estridente.

Fantasma se quedó sentado entre los helechos y suspiró. Ya no tenía ningún sentido permanecer allí ahora que había alertado de su presencia a todas las presas de alrededor. Salió de la mata con torpeza y se alejó cabizbajo. Si ésa era la manera en que se suponía que cazaban los osos, entonces no era mejor como oso de lo que había sido como leopardo.

Mientras caminaba, oyó un ruido extraño. Sonaba como el chapoteo de la nieve al fundirse en verano y fluir entre las rocas. Pero no veía agua cerca. Desconcertado y contento de tener algo con lo que distraerse de sus pretensiones de cazar, decidió seguir el sonido.

A medida que descendía por la pendiente entre las rocas cubiertas de musgo, el borboteo se oía con más fuerza. El suelo se volvió más húmedo aún y, al rodear el tronco de un árbol enorme, Fantasma vio algo que lo hizo frenar en seco. Entre los árboles de más adelante distinguió un arroyo igual que los que se formaban en las montañas…

Pero aquél era gigantesco.

Se acercó hasta el borde del agua pisando con cuidado, porque no quería caerse en aquel arroyo monstruoso. En la orilla opuesta había otro bosque, con más rocas y árboles, pero el arroyo parecía prolongarse sin fin a derecha e izquierda. La cantidad de agua que contenía era enorme. ¿Cuánta podría haber? ¿Y hasta dónde discurría? Si caminaba a lo largo de la ribera, ¿acabaría desapareciendo entre las piedras, como hacían los arroyos, o seguiría sin parar?

Con cautela, metió una zarpa en el agua. No estaba tan fría como la nieve derretida, pero era agradable. De repente, sintió más sed de la que había sentido nunca y agachó con cuidado la cabeza para beber. El agua tenía un maravilloso sabor a limpio. Fantasma bebió y bebió, dejando que le salpicara la cara hasta que tuvo el pelo mojado y la barriga casi llena.

—Vaya, sí que tenías sed, sí… —dijo una voz a lo lejos—. Seguro que has recorrido un camino muy largo para estar tan sediento.

Fantasma se giró de golpe, lanzando una rociada de gotitas por el aire. Miró a lo largo de la orilla para ver quién había hablado, pero allí no parecía haber nadie.

—¡Aquí, amigo! —exclamó la voz.

Fantasma se dio cuenta de que procedía del otro lado de aquel monstruoso arroyo. Miró hacia allí, entornando los ojos, y vio una figura sentada en una roca que sobresalía del agua. Era una criatura grande y redondeada, y la reconoció de inmediato.

Era otro oso.

Por un momento fue incapaz de hablar mientras la emoción, el miedo y la culpabilidad combatían entre sí en su mente. Era como el oso que había encontrado en la cueva. A la luz del día, pudo ver con claridad su pelaje y descubrió que tenía unos círculos grandes y negros alrededor de los ojos y una franja también negra en el lomo y las patas delanteras.

«¿Conocerá al oso de la cueva? ¿Sabrá que le hice daño?».

Aunque Fantasma llevaba caminando todo el día y ahora estaba muy lejos de la cueva… Además, ¿cómo podría ese oso haber cruzado aquella inmensa extensión de agua?

Sintió que la emoción comenzaba a abrirse paso entre el miedo.

—¡Me llamo Fantasma! —exclamó.

—Por el Gran Dragón… —contestó el otro oso, rascándose detrás de la oreja—. ¡Creo que eres un panda! Un panda musculoso y fornido, desde luego, y completamente blanco.

—¿Qué… qué es un panda? —preguntó Fantasma.

—¡¿Cómo?! ¡Lo que somos nosotros!

Fantasma se quedó mirándolo y luego se observó a sí mismo. Él no tenía las marcas negras y era mucho más musculoso en zonas en las que el otro era más redondeado, pero, cuanto más miraba, más semejanzas encontraba. Sus orejas compartían forma; su hocico, longitud…

—Soy un panda… —susurró. Luego lo repitió más alto, hasta que acabó rugiendo en medio del agua y chapoteando en el río—. ¡Un panda! ¡Soy un panda!

—¿Acaso no lo sabías? ¿Por eso parecías tan triste cuando has bajado a la orilla?

La alegría de Fantasma se apagó un poco y se sentó con pesadez sobre las patas traseras. Se sentía abrumado por todo aquello: el agua, los árboles… y ahora aquel panda —aquel otro panda— que le hablaba con tanta amabilidad. Como si valiera la pena dirigirse a él.

—Vengo de muy lejos —le explicó Fantasma—. Perdí a mi madre. Tuve que dejar a mis hermanos… que en realidad no eran mis hermanos… y mi madre está muerta, y ellos tenían razón, porque no pertenezco a las montañas, no soy un leopardo, y…

Enmudeció, avergonzado; sus palabras no debían de tener ningún sentido para el amable panda de la otra orilla.

—Vengo de muy lejos —repitió.

—Eso suena muy duro. Pero ¡me alegro de que nos hayamos encontrado! El Gran Dragón debe de haberte traído hasta aquí. Y puede que hayas perdido tu hogar, pero acabas de hacer un nuevo amigo. Fantasma el panda, yo me llamo Ocaso Bosqueprofundo.

EPÍLOGO

«Ocaso Bosqueprofundo es un traidor…».

Cazasombras sacudía la cola nervioso, barriendo de un lado a otro la pinocha del suelo mientras daba vueltas entre los árboles, a poca distancia del claro donde estaban las dos cachorritas de panda y el oso-zorro, junto a la llamada Pruna.

«Ocaso Bosqueprofundo está vivo, pero se ha vuelto malo…».

Aquello no tenía sentido.

El tigre no dudaba de la palabra de la segunda componente de los trillizos. Era evidente que el Gran Dragón la había enviado hasta ellos a través de aquel río imposible de cruzar para que se reuniera de nuevo con su hermana y le transmitiera esa noticia… Pero había demasiadas cosas que seguían sin tener sentido, sobre todo con lo que había ocurrido tras la inundación.

«¿Dónde estaba el tercer trillizo? ¿Y por qué la profecía tardaba tanto en cumplirse?».

Deseaba rugir de frustración, gruñirle a la Montaña del Dragón en busca de respuestas, pero se contuvo. Eso sólo serviría para asustar a los pandas, que iban a tener que fiarse de él.

Cazasombras regresó al claro. Pruna, que seguía muy débil, se estaba incorporando con la ayuda de su sobrina, que le iba dando las hojas moradas para que se las comiera.

La recién llegada se había sentado cerca de ellas.

—Me alegra poder ayudar… —les dijo—. Pero mi madre se llama Peonía, no Orquídea, y está viva, al otro lado del río. Nada de esto tiene sentido, eso lo veis, ¿verdad? ¿Por qué creéis que el hecho de tener una almohadilla del mismo color significa que somos hermanas?

—¿Alguna vez has conocido a otro panda con una almohadilla igual? —le soltó Hoja, desafiante—. ¡Porque yo no!

—Bueno… quiero decir que… No, claro… —admitió Lluvia—. No he conocido a ninguno. Pero eso tampoco significa que vaya a creerme que soy portavoz del Dragón…

—Serás portavoz del Dragón —la interrumpió Cazasombras.

Lluvia dirigió la mirada hacia el felino, que vio en sus ojos el miedo y la determinación mientras se levantaba para encararse con él, como si estuviera convencida de que, llegado el caso, podía luchar contra un tigre.

—Tanto si lo crees como si no —añadió Cazasombras.

Entonces vio un destello de reconocimiento y miedo en los ojos de Pruna, cuya fiebre comenzaba a remitir, e inclinó la cabeza en un gesto de aceptación. Oyó un gruñido a sus pies, y al mirar hacia abajo se encontró con la cara de Rayo y notó que los bigotes se le curvaban un poco en una sonrisa involuntaria. El oso-zorro era diminuto y, sin embargo, allí estaba, gruñéndole a una criatura que sabía que podría haberlo devorado si se hubieran conocido en otras circunstancias.

«Es estupendo que cuenten con un amigo tan valiente y leal —pensó Cazasombras—, por muy pequeño que sea. Todos van a necesitar una buena dosis de valentía antes de que esto termine».

No era fácil dejarlos solos en la montaña, pero sabía que no tenía elección.

—Portavoz Hoja, debo marcharme —anunció.

Ella levantó la vista hacia él.

—¿Adónde? ¿Vas a buscar a nuestro trillizo?

—… entre otras cosas. Si estáis en peligro, dirigíos al Cerro del Colmillo. Y que el Gran Dragón cuide de vosotros.

Cuando dio media vuelta para irse, oyó que Rayo y Lluvia suspiraban aliviados.

—¡Cazasombras! —lo llamó Hoja—. Que el Gran Dragón cuide de ti también.

El tigre asintió con satisfacción, mientras se alejaba saltando con agilidad de roca en roca entre los retorcidos árboles.

«Portavoz Hoja está aprendiendo».

Había una razón por la que el Gran Dragón había elegido a los tigres, las criaturas más feroces de todo el Reino del Bambú, para que fueran sus vigilantes. Los tigres velaban por los portavoces, se aseguraban de que llegaran a la edad adulta y al final los guiaban al hogar del Dragón, donde adquirirían todos sus poderes. La sucesión siempre se había llevado a cabo de forma rápida y sencilla, durante incontables generaciones…

Hasta ahora.

«El Gran Dragón debe de confiar mucho en mí —pensó Cazasombras con ironía—. De no ser así no me habría encargado llevar a su hogar a tres

portavoces a la vez, y no los habría dispersado a lo largo del reino… ¿O son cuatro?».

¿Qué le habría ocurrido a Ocaso Bosqueprofundo para convertirse en un embustero e intentar ahogar a su sucesora?

Parecía que hubiese transcurrido mucho más de un año desde la noche anterior a la inundación, cuando Ocaso y él se encontraron junto al río. Ocaso era incapaz de dejar de pasearse orilla arriba y orilla abajo, y emanaba tales oleadas de preocupación que el tigre no podía parar de arrugar el hocico. El portavoz le había contado que estaba a punto de morir. Cazasombras no quería creérselo, pero Ocaso estaba demasiado inquieto por lo que sucedería tras su fallecimiento como para aceptar la compasión o la pena del felino. Le contó toda la profecía, la de los trillizos que llegarían después de él, y casi le suplicó al tigre que los protegiera.

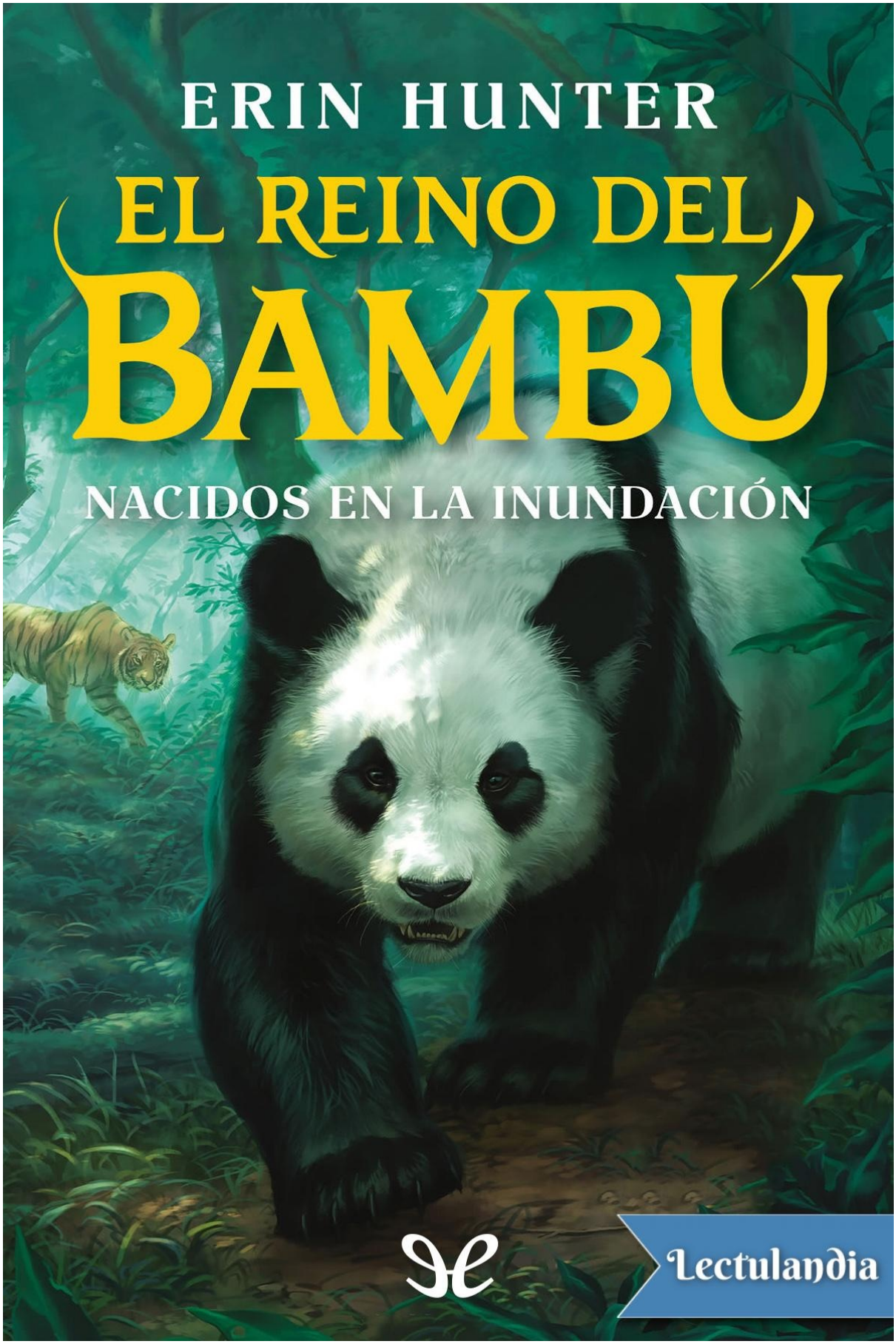
—No importa lo que ocurra, mi viejo amigo —le había dicho—. Prométeme que los cuidarás a costa de tu propia vida.

Daba la impresión de que, de pronto, Ocaso tenía otros planes. Sin embargo, Cazasombras le había hecho esa promesa y pensaba cumplirla.

«Ningún vigilante le ha fallado jamás a su portavoz, y yo no seré el primero».

Descubriría el motivo del comportamiento de Ocaso y conduciría a los trillizos hasta el Dragón para que se enfrentaran a su destino.

Pero primero debía ir de caza. Levantó el hocico hacia el cielo, donde titilaban las estrellas, y olfateó el aire. Entonces saltó de su atalaya y se alejó deprisa hacia el corazón del Reino del Bambú.


ERIN HUNTER
EL REINO DEL BAMBÚ
NACIDOS EN LA INUNDACIÓN
Lectulandia